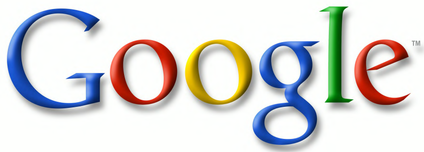


SEVERO AMADOR

BOCETOS PROVINCIANOS



MEXICO-1908

SEVERO AMADOR

Bocetos Provincianos



MEXICO
CASTILLO Y COMP. PUENTE QUEBRADO 19.
1907.

Al distinguido escritor don Ricardo Contreras, Director de "El Diario de Centro América" y á sus inteligentes colaboradores.

Genero Amador.

México. Mixcoac. D.F. Campana 9.

Sept. de 1908.

México, Mayo de 1907.

Sr. Lic. D. Jōsé Pebn del Valle.

Presente.

Mi buen hermano y distinguidísimo poeta:

Son muchos los qüe nos escarnecen y pocos los que nos alientan. Ud. ha sido para mí uno de estos últimos, y por lo mismo no echo en saco roto el inefable alivio que su espontánea fraternidad trajo á mi alma desde la aparición de mi primer libro, ni olvido que Ud., doblemente rico no vaciló en llamarme hermano, á mí, doblemente pobre. En ésto veo un símbolo de concordia. Si la humanidad de arriba tendiera una mano de paz y de amor á la humanidad de abajo, Dios estaría satisfecho como debe estarlo al consolidar la pura y desinteresada amistad que á Ud. y á mí nos ligan.

Así pues, le dedico á Ud. esta sencilla obra como un ferviente homenaje á su gran talento y á su gran corazón. Acéptela, que se la envía con toda el alma su leal hermano y devotísimo admirador.

SEVERO AMADOR.

AL LECTOR

Después de publicar mi primer libro "Confesión," que fué recibido con benevolencia tanta, reuní la pequeña colección de cuentos que forman el presente volúmen cuyo título, "Bocetos provincianos," á las claras indica la ligereza con que los tales fueron trazados.

Mis personajes, observados fielmente en el natural, llevan dos clases de andrajos: los suyos propios y los que por mala suerte les diera mi humilde pluma. No se ha menester gran poder de penetración, para deducir que soy un amigo sincero de ellos, es decir, de los pobres, de los lisiados del alma, de los oprimidos, y en general, de los que sufren. *Yo mismo, tengo la riqueza de ser pobre*, con lo que dicho se está que muy de cerca he podido estudiar sus miserias, aunque éstas hayan tenido por intérprete y defensor un tan mezquino caletre.

No tengo la pretensión de ser un reformador, pero ni siquiera un literato. No marco sendas literarias como algún inteligente crítico dijo: sencillamente escribo creyendo defender causas nobles. Mi obra tiende en general á fustigar el Mal y á mejorar un poco la suerte de esos infelices que carecen de alimentos para sus cuerpos y sus almas. Despertando la simpatía y la piedad hacia ellos, cumplo con mi deber, secundando la concordia que debe existir

entre todos los corazones de los hombres, pretendiendo borrar las fronteras que por desgracia los dividen y difundiendo la libertad, y el amor á todo lo bello y lo bueno. Pido lo que es humanamente justo. No soy un socialista en el sentido más riguroso de la palabra. Me simpatiza demasiado el credo bien entendido de los socialistas, pero al par comprendo que sus ambiciones, hoy por hoy, y acaso durante muchos siglos, serán de todo punto irrealizables, pues mientras haya orgullo en el corazón humano, el hombre intentará sobreponerse al hombre. La igualdad completa no puede todavía existir en la tierra. Para que exista, se necesitaría que todos los hombres fueran otros tantos Cristos. Sin embargo, el alma se irá perfeccionando de tal modo, que día llegará en que tan estupendo fenómeno se realice del todo.

Creo también que la formidable obra de redención que hoy pesa directamente sobre unos cuantos elegidos, deberá ser llevada á efecto por cada individualidad. Claro es que si uno por uno de nosotros nos dedicamos á defender la Verdad, que es el Bien, palabra mágica que encierra todas las doctrinas habidas y por haber, ese anhelado día llegará más presto.

Así, los doce cuentos que tengo el gusto de ofrecer á mis lectores, son modestos granos de arena arrojados á la gran montaña que para su propia salvación va construyendo el pensamiento.

Buscando esa Verdad, yo exhibo mis tipos en toda su desnudez; sin remilgos de beato, los hago pensar ó hablar como ellos hablan y piensan, pues creo que si la gran maestra es la Naturaleza, un escritor que respete su arte, no debe permitirse reformar lo que por esencia nació deforme. Precisa que la pluma sea brutal en lo brutal, poética en lo poético, sucia en lo sucio, noble en lo noble, que precisamente de estos contrastes está hecha la esencia de

los séres y de las cosas. Lo moral, lo bello, lo malo ó lo monstruoso, por sí solos surgen de un estudio literario que ha sido escrito conforme á la realidad. Para mí, tan interesante es la monstruosidad como la belleza, y no creo que Dios, el Dios que yo llevo en mi cerebro y que no es ninguno de los que adoran las religiones, haya creado la purulenta llaga junto al sano tejido, por el simple capricho de crearla, ni haya puesto la abyección en la oruga y el perfume en la rosa, la ferocidad en el tigre y la fidelidad en el perro, la libertad en el ala y la bajeza en la escama, la repugnancia en el excremento y la excelsitud en la estrella, el Bien y el Mal, para deleite, sino para un fin perfecto de cuyos medios podemos aprovecharnos aplicando á nuestra conciencia los ejemplos que los séres y las cosas nos ofrecen diariamente. La conciencia tranquila da la felicidad. Se me dirá que todo es inútil puesto que todo acaba en la muerte. Sí...... todo acaba en ella y todo empieza. Precisamente á causa de esta verdad científica, no debemos temerla y sí esperarla como fin y principio de otra vida. ¿Quién sabe qué hay más allá de la tumba? Ningún muerto ha hablado para que podamos afirmar ó negar la inmortalidad del alma. Yo creo en lo increíble. Creo que seremos felices, sino aquí, más allá de la Muerte.

Sed pues caritativos y buenos para todos y para vosotros mismos, en nombre de estos séres que analizo y cada uno de los cuales representa una virtud ó un vicio humano.

Severo Amador.

SENOR PEDRO

"Ser más duro que el hierro: he aquí el secreto de la virtud."

***

Bocetos provincianos

SEÑOR PEDRO

Son las once de la noche, de una noche excesivamente fría. Sopla un viento norte que ha congelado el agua regada en las calles. El barrio está triste, desierto y obscuro; apenas si en el cuchitril donde el señor Pedro tiene su mugriento banco y sus viejas y mohosas herramientas de carpintería, parpadea como un ojo de lechuza moribunda la rojiza flama de su vela de sebo que traza sobre el húmedo empedrado un tembloroso trapecio de luz espectral.

De intento he apagado la de mi lámpara, y á través de los helados cristales de mi ventana, espío lo que á tales horas puede hacer el pobre anciano. Me interesa en demasía ese hombre que desde el amanecer ya está aserrando, clavando, acepillando, envuelto siempre en su gruesa bufanda, con sus anteojos verdes que le dan aspecto extravagante.

Asombra la constancia de ese tipo del obrero incansable, luchador, firme en la diaria brega. Lo admiro y lo quiero. Cuando él pasa renqueando á mi lado, con sus piés deformados por enormes juanetes, alto y venerable, se descubre respetuosamente y me dirige un cariñoso saludo:

—Buenos días le dé Dios á su *mercé*.

—Buenos días, señor Pedro, ¿cómo está de males?

—Peor, niño, peor. Este dolor de espalda que no me deja ni resollar.....

—Pues no trabaje Ud. tanto, señor Pedro: ya es tiempo de que descanse.

—¡Esa sí! Pero entonces que traga la criatura? Cuando uno es pobre hay que darle duro y duro al trabajo. ¿Me voy á estar cruzado de brazos sin hacer nada? No, niño. ¡Para eso me ha dado Dios estos brazos. Así como me ve de enfermo, todavía puedo coger los fierros. *Pos* qué quería! Que mi hija se eche á la perdición para mantenerme! No señer, ni *ora* ni nunca! Honrado nací y honrada ha de ser la muchachona. No faltaba más, que ella me mantuviera como á tantos *sinvergüenzas* que conozco: mi compadre Manuel, sin ir más lejos.... No le arde la cara al *curtido*......

Muge en su pecho una sincera indignación y se aleja tosiendo, cargando con visible esfuerzo alguna obra concluida que lleva á entregar.

Existe un estrecho lazo que liga nuestras almas. Mientras mi pluma garabatea y mi cerebro trabaja por ideales de redención, la sierra del estóico carpintero canta las triunfales estrofas del Trabajo bendecido. Nos comprendemos. Debemos marchar unidos hacia el glorificador mañana. Somos hermanos.

Ahora lo veo ahí todavia empuñando con sus dedos engarabitados y rugosos, semejantes á tronchos de sarmiento, la ruda escofina que muerde el almo madero como la envidia al talento. ¡Sólo que hoy me parece más demacrado, más grave. Tose de continuo con tos prolongada, ríspida y seca, como si vaciaran un costal de huesos, asfixiándose, respirando con ruido parecido al siniestro aleteo de un zopilote que emprende el vuelo.

Desde esta mañana está ahí, calenturiento, cadavérico,

de cada vez más enfermo, pero tenazmente encorvado sobre aquel tosco palo que sus manos temblorosas y débiles no pueden pulir ya. ¡Qué energía la suya! Dos veces ha llegado la bella Teresa á llevarle tazas de un hierbajo caliente que él se ha bebido á fuerza, refunfuñando.

—Ya no trabajes, abuelito, mira qué malo estás...... Ven á acostarte; si no vienes ya no te quiero....

—Voy, voy,—gruñe el viejo con voz sórdida que silba lúgubremente.

La afligida niña quiere quedarse en el taller, pero señor Pedro se opone; aquella pócima le calmará el agudísimo dolor que le apuñalea los pulmones. El, un hombre, ceder al dolor, ¡nunca! El doctor que le recetó, es un imbécil; no sabe nada: por sacarle el peso de la visita, dijo que era necesario hacer cama.... Estos *curros* todo lo exageran. Como ellos están tan flacuchos y podridos, ya quieren que él también lo esté...

—Vete, vete á echar. No tengo nada.... es cualquier cosa ¡vete! ¿Para qué *girimiqueas?*

Ella se va, y él únicamente abandona su pesada labor para expectorar cuando lo acomete el implacable acceso arrojando esputos de color de café claro. Entonces congestiónase su desencajado rostro de pergamino, y de amarillento se cambia en cárdeno, luego rojizo, inyectado, como si á reventársele fueran las venas de su frente aureolada por inviolado armiño. Se lleva las manos al pecho, se lo desgarra desesperadamente, arañando con sus largas uñas negras las nudosidades condro-esternales; vacilan sus arqueadas piernas, tambaléase y por fin cae sobre el ocrizo aserrín y las encarrujadas acepilladuras que alfombran el artucho. Pero pasa la tremenda crisis y ¡cosa increíble!: indomable viejo se yergue dificultosamente, mascusa un o, se signa con devoción, cálase las gafas ya rotas, y emnde otra vez la interrumpida tarea. ¡El veterano!....

Y entretanto el cierzo invernal aúlla como un fatídico perro que olfateaba la gangrena de la Muerte...

Mas por qué se empeña, grave como está, en terminar su labor? ¡Ah! es que señor Pedro es muy cumplido. Prometió entregarla mañana y la entregará: jamás ha faltado á su palabra. En ese honrado taller santificado por el Trabajo y la Virtud, nunca se han ocultado los demonios del alcohol y de la mentira. La entregará aún cuando en ello le vaya la vida. He aquí por qué mientras en la paz de la noche todos duermen, él, el obrero heróico é infatigable, prosigue limando, limando.

Allá en la esquina, bajo el foco de luz incandescente, tirita el gendarme, acurrucado cerca de su linterna.

De vez en cuando escúchase el sonoro taconeo de algún trasnochador y el toque lento de los relojes públicos. Resoplan las locomotoras allá lejos, llenando el espacio con sus rugidos estruendosos, con sus maullidos de gatos apocalípticos y negros. Y el pobre anciano tose, tose hasta crispar mis nervios......

No puedo sufrirlo más: me retiro, y ya voy á recogerme cuando escucho un grito, uno sólo, rápido, desgarrador, de cuerda que se revienta, de león herido mortalmente, crujido de encina que abate el omnipotente rayo...... ¿Qué ha sido? Oigo pasos precipitados que se acercan; abro: es el guardián que llega al taller:

—¡Señor Pedro! ¡señor Pedro!

Nada!

Miro: ahí yace el infeliz anciano, muerto, retorcido como el tronco de un correoso manzanillo, caído sobre la ocriza alfombra de aserrín y encarrujadas acepilladuras que tapiza su santuario, arrojando coágulos de sangre negruzca por entre los labios lívidos, fulminado al pie de su trunco mueble como un artillero al pie del cañón, empuñando todavía el instrumento que sostenía á su nietecita,

la pelirubia parlera de ojos color de fe que desde ahora quedará sola para siempre, y que profundamente dormida, sueña en lo que el malvado carrocero de la esquina le propuso......

Y entretanto el cierzo invernal aúlla como un fatídico perro que olfatea la gangrena de la Muerte.

EL
Corpus de Maximino

"Las gentes se revuelven, trabajan.... viven.
Y luego ¡nada! mueren. ¿Qué significa eso?"

Máximo Gorki.

El Corpus de Maximino

Juan y Maximino, dos morenos granujas de seis y cuatro años respectivamente, jugaban con sus canicas de barro en la desierta callejuela, frente á la puerta ahumada de la miserable casuca donde la pobre tortillera Nemesia, la viuda de Don *Chente* el viejo remendón que había muerto tres años antes de congestión alcohólica, terminaba su ruda faena junto al fogón que chisporroteaba llenando el cuartucho de humo espeso y asfixiante.

La flacucha y amarillenta mujer, que por lo amarillenta y flacucha semejaba un cadáver, inclinada dolorosamente sobre el grosero *metate*, molía, molía sin cesar y lloraba, no porque la densa humareda desprendida de los leños verdes y resinosos que se retorcían gimiendo bajo el *comal* le arrancara lágrimas, sino porque desde la ignominiosa muerte de su hombre veíase condenada á trabajar como una bestia en aquella cruel labor que le abrumaba sus débiles pulmones. Pero había que alimentar á sus hijos y la infeliz sacrificaba su vida por ellos como toda buena madre. La miseria no admite protestas. Un día perdido significa un aumento de privaciones. Nemesia debía pues ignarse á su amarga existencia de esclava ó á dejar que an y Maximino se muriesen de hambre. ¡Ah! si ya fuen grandes y pudieran ayudarla en el sostenimiento mú-

tuo, acaso vivirían un poco mejor. Ella los aconsejaría para que no fueran á darse á la bebida como su malvado padre y haría de los dos aviesos un par de obreros honrados, útiles, trabajadores, instruidos, que le endulzarían los monótonos días de su vejez. Sintiéndose ya cansada y enferma después de cruentos años de trabajos, desvelos y sufrimientos, comprendía que muy pronto iba á carecer de fuerzas suficientes para proseguir la heróica lucha.

Ahora,—pensaba,—con aquellas malditas máquinas de Judas que los ricachones habían instalado para sumir en la desgracia á tantas familias, la competencia era imposible, disminuían los entregos, escaseaba el trabajo y todas las familias le daban con la puerta en la nariz prefiriendo consumir las tortillas de la fábrica; y todo por perjudicar á los pobres, porque unos cuantes ambiciosos se enriquecieran. Qué, no eran todos hermanos para ayudarse desinteresadamente? En mala hora los *yankees* habían inventado sus maquinotas de donde salían las tortillas apestosas al puro aceite, sucias, que no se podían comer. ¡Como si sus dichosos inventos beneficiaran á los obreros! Si realmente querían hacer un bien, ¿por qué no repartían algo de los millones que ganaban con sus inventos del diablo, entre la gente necesitada? Todo era puro egoísmo, y ella y sus compañeras debían aceptar su forzoso papel de víctimas, siempre de víctimas martirizadas, olvidadas y vejadas por los avaros burgueses. En ésto no pensaban los que arrebataban el sustento á los desgraciados, y si lo pensaban, poco les importaban las penas de millares de indigentes con tal que sus arcas estuvieran bien repletas de oro y billetes. ¿Cómo no había de llorar y de poderle aquello si desde que *amanecía Dios* ya estaba ella preparando el *nejayote*, triturando, amasando el maíz, aquellos dos almudes diarios, para ganar únicamente dos reales y medio? ¿Cómo con tan mezquino salario no habían de sentir hambre ella

y sus hijos? Además, los propietarios de fincas, otros buenos esquilmadores del prójimo, habían aumentado la renta poniéndola por las nubes. ¡Virgen santísima! aquello no era justo: ¿de dónde se sacaba dinero para tanto?.... Bien se veía el afán de dañarlos; todos los ricos y hasta los gobernantes eran unos desalmados que sólo veían su propio bienestar y que no tenían temor á Dios. Ciertamente que Juan el mayorcito hacía mandados, barría patios, daba *bola* á los zapatos de los *amos*, y las buenas personas lo socorrían ya con el *medio*, ya con la *cuartilla;* pero la criatura era muy antojadiza y todo se lo tragaba de golosinas sin convidarle siquiera un bocado al más *chipilingue*. Después de todo, el barrigudo tenía razón: era mucha, mucha la necesidad que tenían......

En verdad, Miguel, el revoltoso y harapiento estudiante de leyes que vivía al lado, le había acibarado la vida. Antes, Nemesia era una analfabeta, pero ahora con los frecuentes sermones que á diario espetaba el socialista Miguel por todo el arrabal, ella vivía en un mundo nuevo, sintiendo que algo muy amargo se le subía al cerebro, y á pesar de su ignorancia, comprendía que mucho de lo que afirmaba el alegre y entusiasta leguleyo, era cierto. Sus vibrantes palabras se le habían grabado profundamente. ¡Sí! El día de los pobres llegaría, el día bendito que éstos se instruyeran lo suficiente para comprender, proclamar y defender sus derechos. Por eso enviaba á sus muchachos á la escuela, para que no salieran unos burros...... ¡Sí! El día de los pobres llegaría. Todos eran iguales, ricos y pobres, todos eran hermanos. Don Miguelito se lo había repetido muchas veces:

—"Nemesia, —la decía, —todos hemos de ser *verdaderamente* libres y gozar como los potentados. Paciencia, paciencia. Instrúyanse ustedes, manden á sus hijos á las escuelas laicas, despachen al demonio á los frailes que las

están embruteciendo y entonces todo el pueblo será fuerte y libre, libre!"

Y ella quería al estudiante con ese amor esclavo que sienten los desheredados por los hombres superiores. Pensaba: "Sí, sí! algún día seremos nosotros los vencedores. Don Miguelito me lo dijo muy emocionado cuando por seis tortillas me dió ese retrato de Don Forke...... de Don Jorki...... ¡sabe cómo se llama! Un señor muy *léido* que dizque ha predicado lo mismo que Don Miguelito allá en su tierra, *Prusia*......

Así pensando, la deventurada mujer enjugóse el llanto con su manga desgarrada, cubrió la caliente mercancía con una sucia servilleta, cargó el canasto y persignándose frente á un empolvado cromo de Nuestro Señor del Encino, salió como de costumbre.

Era el día de Corpus-Cristi. Repicaban alegremente las campanas, resplandecía el sol en un cielo profundamente azul, y pasaban los criados de las casas ricas, llevando sobre sus cabezas los canastos atestados de sabrosas y bien olientes frutas.

—¡*Eita* Juan!...... ¡tú *Masimino*!.... Cuiden la casa mientras vengo, no sea que nos vayan á *jurtar* los *triques*......

Se fué de prisa, arrastrando su cuerpo endeble y encorvado, pisando los guijarros con sus desnudos piés agrietados y abotagados, mirando de reojo y con tristeza aquellos magníficos frutos que ella no podía comprar.

—¡Adiós! *siñá* Nemesia! ¿A dónde va tan de carrera?—exclamó Cruz, la criadita del cura.

—Al entrego, *mialma*. Ya sabe que nosotras somos esclavas del trabajo.

—*Rete* caro el *máiz*, no?

—Sí, chula, carísimo; y esas máquinas de mis pecados que cómo nos están haciendo *malobra*. Pero ya llegará el

día de los pobres, ya llegará.... ¿No ha visto á Don Miguelito?

—No, ni se ha parado por aquí, Ya sabe que el *siñor* cura no lo puede ver ni *pintao*, dice que es un hereje.

—Chocheces del padrecito, si á los padres oirles su misa y dejarlos.

—¡Ah que *usté!*

—Enfin, ya nos veremos, eh?

—Bueno, bueno, que Dios Nuestro Señor la ayude y la acompañe.

Cuando los chiquillos la vieron alejarse hacia el centro de la ciudad, sintieron también deseos de ir allá, á vagar por los mercados donde encontrarían tantas cortezas tiradas......

—Oye, *Mino*, ¿vamos á comer cáscaras?

—No, Juan,—contestó el niño asustado. Nos pega mi *mámá*.

—¡Anda no seas *joto*! Ya verás que *güenas* están.

Y sin reflexionarlo más, con la inocencia propia de su corta edad, recogieron las canicas, entornaron la puerta desvencijada de la casuca, y cogidos de la mano se fueron brincando gozosos allá lejos, donde abundaban las barracas, hormigueaban los compradores y voceaban hasta desgañitarse los fruteros. Como inmensas alas blancas brillaban al sol las velas de los puestos ambulantes bajo las cuales circulaba la multitud alegre y bulliciosa, entre la atmósfera impregnada con el olor de las fritangas, de las frescas legumbres y de los melones maduros que hacinados por doquiera semejaban estriados y enormes huevos de oro.

Maximino caminaba atontado, pisoteado por los atolondrados mozos, aturdido por tanto vocerío. No recordaba haber visto tanta gente reunida, y aquellos montones

de codiciadas frutas multicolores le parecían las encantadas que viera Aladino en el jardín maravilloso.

Era la primera vez que lo llebavan al centro y temeroso colgábase de los calzones de Juan que más listo, recogía aquí y allá las terrosas cortezas de sandía, las ciruelas verdes, los mangos negruzcos y podridos que cubrían el suelo; sin darse punto de reposo, mordía, embaulaba y y arrebañaba que era un contento.

—Convídame, Juan, no seas malo, —gritaba el pequeño corriendo tras de su hermano que se escurría como ágil anguila entre la abigarrada muchedumbre. Y éste le arrojaba desperdicios que el niño devoraba con fruición. ¡Qué hartazgo de ciruelas, zapotes, chavacanos y mangos verdes se había dado! Estaba contentísimo y mientras batía palmas pensaba: "*¡Ujule!* Adrián no sabe lo que es *canela!*...

Adrián era su amigo: un chiquillo flacucho y cojo que tenía un mechón blanco en el pelo. Hijo de Prisciliano el cohetero, le robaba á éste toda clase de *salta-pericos*, petardos, *palomas y chicharras* que después la cambiaba á Maximino por *patoles* ó le daba en pago de dos *cargadas*, desde la cohetería hasta la esquina y vuelta.

El feliz paseante prometíase contarle todo lo que había visto á Adrián. Pero á poco se fué poniendo triste, se sintió incómodo del estómago, comenzó á quejarse y un agudo cólico lo hizo prorrumpir en ayes lastimeros. No soportando aquel calambre, de pié, sentóse en el quicio de una puerta apretándose el vientre, chillando como un marrano pequeño.

—Juanito, Juan....vámonos.

Y éste al verlo tan pálido, con aquellos gestos que los retortijones le producían, tuvo miedo.

—Ya lo ves. Te lo dije. Vámonos.

—No, no, no puedo pararme......¡ay! ¡ay!......

Estaba pálido, verdoso, y un abundante sudor frío le

hacía temblar. Entonces Juan le untó saliva en el hinchado vientre y cargándolo después sobre sus débiles espaldas echó á andar trabajosamente, aturdido por los gritos que vibraban en sus tímpanos.

—No seas bruto, hombre. Cállate. Ya te curaré.

Cuando llegaron á su casa, el pobre niño estaba peor; sus grandes ojos negros se contraían espantosamente entre las manchas violáceas que los circundaban y se dejó caer exhausto en la asquerosa estera que les servía de lecho, revolcándose á las veces con desesperación.

—¡Ay!....¡ay!......me muero......

¿Qué hacer? La desgraciada criatura se moría efectivamente. Lágrimas abundantes empapaban su camisita rota. Pero Juan concibió un atrevido proyecto para salvarlo.

El había visto en el hospital, una vez que fuera á llevarle cigarros á su padre herido en una riña de taberna, que los médicos abrían el vientre de una muchacha (intoxicada con cianuro de potacio,) cuyos ojos estaban tan feos y saltados como los de su hermano y que como éste, mostraba la faz verdosa, la lengua salida y se quejaba angustiosamente. Era indudable que también ella había comido muchas cáscaras y pepitas de chavacanos, porque se acordaba el cándido muchacho que la sala de operaciones olía á almendras amargas.

¿Porqué no había de intentar él esta operación tan sencilla para curar á su hermanito mientras regresaba su madre?

Candorosamente, con la firme convicción de salvarlo, cogió de un baúl viejo la filosa cuchilla que en otros tiempos usara Don *Chente* para cortar cuero y que ahora servía para raspar las *gordas* quemadas, y dijo victorioso:

—A ver, *Mino*, ya no llores; te voy za yá abrir la pan

ya verás cómo te alivias. Yo soy *dotor*. Te lavo después el estómago, te coso la herida y listo!

Pero Maximino se resistía.

—Y si me matas?

—No, hombre, si de eso no se muere la gente. Aquella muchachona que yo *vide* se alivió.

Le explicaba lo que había visto en el hospital, trataba de convencerlo, y Maximino moribundo, ansiando que lo curaran de aquel terrible dolor, balbutió por fin levantándose él mismo la harapienta camisita:

—Sí, sí......¡ay! *helmanito*! ¡ay! Aquí......*mila*...aquí....

Le señalaba el epigastrio con su dedo tembloroso, y el improvisado cirujano, satisfecho de su buena acción, no esperó más: de un tajo magistral le rajó el vientre de arriba á abajo interesándole mortalmente la vejiga.

Lanzó un tremendo grito el inocente y la sangre brotó á borbotones por la espantosa herida. Aterrorizado de su obra, el inconsciente fratricida se arrojó sollozando sobre su hermano que se debatía con las ansias de la muerte.

—*¡Mino! ¡Mino!* ¡Háblame! ¡no me acuses!......¡no te mueras!......¡Qué feo roncas! ¡Hermanito no te mueras!...

Y pegado á sus labios amoratados lo besaba llorando desesperadamente.

—¡Mino! ¡Mino!......¡contéstame......¡no me acuses!.... ¡no quiero que te mueras, hermanito!......¿Me perdonas? ¡hermanito, no te mueras!......

Cuando la buena mujer entró llevando alimentos y dos centavos de ciruelas maduras para sus queridos hijos, ya la pobre víctima había espirado y un perro callejero, hambriento y roñoso, lamía la sangre coagulada.

Cantó un gallo en el corral vecino.

Y un vendedor pasó gritando:

—¡La frutaaaa......!

La anémica

"Cuando el hombre quiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida."

[Kempis, lib. I, cap. XXII.]

LA ANEMICA.

—Niña, retírate de esa ventana. Te va á hacer daño la humedad.

—Déjame, mamá, estoy tan á gusto.....

—Sí, pero ese frío de los cristales te puede perjudicar.

—Mejor, mamá, me moriré más pronto.

—¡Ah, qué niña tan tonta! ¡Siempre pensando en morir!

—....................

—Ya tomaste tu cucharada de Ozomulsión?

Consuelo contestó afirmativamente con un ligero movimiento de cabeza y Doña Andrea se alejó balanceando la suya con aire descontento.

De la mañana á la noche, Consuelo se la pasaba sentada junto á la ventana, alisando el lomo de su enteco gatito legañoso, siguiendo el vuelo de las golondrinas, leyendo novelones de capa y espada ó biografías de músicos célebres, bordando con sedas de colores para luego abandonar el trabajo porque sentía vértigos si fijaba mucho la vista en él, bostezando con soberano hastío, tiritando y retorciendo las borlas de su abrigo de lana roja, ó mirando sfilar á los pocos transeuntes que discurrían por la pla ela en cuyo centro se elevaba un pequeño jardín de alfresnos, saúcos enanos y floridos laureles-rosa, con sus

bancas desvencijadas, su fuente circular de cantera recubierta de lama y sus cuatro prados siempre húmedos, alfombrados de verde zacate inglés entre el cual crecían raquíticas violetas, oloresos rosales y unas cuantas matas de geranios, mastuerzos y claveles.

En torno de la fuente que constantemente lanzaba al aire su alegre chorro de agua cristalina, chaceteaban las mozas del barrio con los aguadores; dirigiánle pullas al socarrón gendarme, un muchacho taimado, fuerte, medio jorobado, de rostro renegrido, ralo bigote y mirada oblicua y picaresca; reñían entre sí propinándose empellones, tirándose de las trenzas negras y relucientes como la obsidiana, injuriándose con palabrotas que no son para escritas y bromeando con Nacho, el pobre idiota conocido por su raro mutismo en todo el barrio.

Este inofensivo bien aventurado era un hombre trabajador como pocos, tonto de remate, sufrido y bueno: una verdadera bestia de carga. Sin hablar jamás, con su eterna sonrisa cándida, llenaba sus botes y alejábase con paso rítmico, mirando siempre al suelo, sin hacer el menor aprecio de las sátiras que todas y especialmente Doña Andrea le dirigían:

—Nacho, ¿quieres casarte con mi niña? Está enamorada de tí: mírala que triste está......

E Ignacio sonreía estúpidamente, escurriéndole la baba por las comisuras de su boca gruesa y torcida por extraña mueca.

Rara vez, cuando escaseaba el agua, era de ver la tremolina que armaban aguadores, mozas, criados y viejas. Enmedio á un barullo infernal oíase el ronco ruido de las escudillas que raspaban ansiosamente el fondo verde y glutinoso del tazón, las protestas del gendarme enfurruñado deveras, las carcajadas de los curiosos pilluelos que, camino de la escuela se detenían á ver aquello y á cazar

torcaces con sus *resortiras*; y el todo acompañado por las melodiosas y variadas músicas de los tordos que anidaban entre los brotes perfumados y nuevos. De pronto brotaba el chorro límpido, irisado, diáfano como una cascada de luz, y un aplauso general resonaba largamente. Chocaban entonces los cántaros; á las veces rompíanse con estrépito; de una á otra parte se cruzaban las injurias como un fuego graneado; había pisotones, empujones, pellizcos, atropellos, exhibiciones......

—¡Eh, tú, Nicasia, no te empines tanto que se te ven las piernas chorreadas!

Una risotada fresca, sonora y bestial acogía la frase haciendo poner roja como un madroño á la interpelada. Y estas escenas que diariamente y á ciertas horas se repetían, esparcían un poderoso aliento de vida en la plazuela inundada de sol, y lograban arrancar una leve sonrisa á los labios cárdenos de Consuelo.

Por las noches, cuando la luna bañaba con su luz misteriosa el murmurador follaje y la blanquecina torre de la iglesia que se erguía esbelta al lado oriente de la plazoleta, algunas parejes de enamorados se besaban y cuchicheaban á favor de la penumbra. Consuelo desde su escondite, los veía acariciarse, estrecharse las manos, soñar en la paz inefable de la noche tibia y poética; pero permanecía indiferente, inmóvil como una estatua, pensando tal vez con suprema amargura en la imposibilidad de realizar ensueños amorosos semejantes á los que se presentaban ante sus ojos como invitándola á amar la vida. Hondos suspiros exhalaba su pecho y un secreto rencor le roía las entrañas, rencor que se manifestaba en la nerviosidad de sus largos dedos empotrados en las palmas, y en la torva fijeza de sus pupilas que parecían llamear entre la sombra como dos fuegos fátuos.

Consuelo era una morena de veinte años, de regular es-

tatrua, enteca y degenerada por una feroz anemia que la conducía lentamente hacia la tumba. Su alto peinado rematado por un correcto moño de raso negro, circundaba una frente estrecha bajo la cual languidecían sus hermosos ojazos negros, algo saltones, pero bellísimos, tristes, rodeados de grandes pestañas que les prestaban indefinible encanto. Su nariz de líneas irreprochables, era delicada, pero la boca, aquella boca igual á la de Doña Andrea, que al reír mostraba una desigual y sucia dentadura engastada en sus encías sanguinolentas, hinchadas, enfermas, absurdas, como si escurrieran lacre rojo y que despedían un hedor insoportable, lo echaba á perder todo. Su cútis, aunque constantemente cubierto de espinillas y erupciones ella lo hacía aparecer terso y blanco á fuerza de afeites y de polvo. Cuando no reía, y ésto era lo más frecuente, interesaba su rostro agraciado y melancólico, pálido como una aurora de invierno. Acaso ella comprendía la ventaja de no hacerlo y de aquí en parte aquella hosca severidad, aquella *apkatia* helénica que imprimía al óvalo perfecto de su cara un aire de frialdad apática y adusta, una resignación forzosa parecida á la que se advierte en los condenados al cadalso. Por lo demás, su cuerpo no carecía de cierta eleganeia, y fuera por el contingente del traje bien cortado y si se quiere opulento, ó por flexibilidad natural, movíase airosamente al andar, con rítmica dessnvoltura, sin la rigidez propia de un cuerpo anémico. Ciertamente la plasticidad de sus formas era casi nula siendo Consuelo delgada en extremo, con unos senos raquíticos de hembra estéril, con unas caderas estrechas que revelaban su infecundidad, sin esas morbideces encantadoras de la mujer sana y robusta, normal resistente, nacida para desempeñar su único papel: dar miembros bellos, inteligentes y fuertes á la humanidad. Conocedora en el difícil arte de engañarse á sí mis-

ma y por la innata egolatría de su sexo, sabía acolchonar, modela y rellenar con mallas de algodón lo que carecía de panículo adiposo. La crema, el carmín y el carbón eran sus cómplices para enmendar los defectos,—castigos misteriosos,—de la Naturaleza. No era precisamente una coqueta sino una desheredada. Estos pecadillos eran disculpables si se atiende á lo cruel que anduvo el espíritu de la especie al darla en defectos físicos y morales lo que la quitó de sangre y de inteligencia. Sus piés eran pequeños, bonitos, ricamente calzados con choclos de charol, pero en cambio sus manos flacuchas, amarillentas, tendidosas, exangües como las de un antropomorfo, cubiertas con mitones calados, parecían dos guantes viejos á medio inflar. La fealdad de ellas y sobre todo la monstruosidad de su boca fétida, constituían el peor martirio de su vida morbosa y solitaria.

Bien comprendía que tales defectos alejábanla del sexo contrario. Así, desde que tuvo uso de razón fué adquiriendo una tristeza incurable. Los años transcurrían monótonamente para ella. Siempre las mismas caricias y cuidados de sus padres que procuraban darla gusto en todo; siempre las mismas costumbres, diversiones y paseos que no variaban, que iban sumiendo su espíritu en una paz de cementerio. Y además, aquella constante vigilancia á que se veía sujeta, convertía su obediencia de hija buena, en deseo de libertad. La enferma hubiera querido mayor campo para su alma. Muchas veces se rebelaba contra aquella dulce esclavitud que el exagerado amor de sus progenitores le imponía. "¿No me he de casar nunca?"—pensaba con profunda desesperanza.

—El día que te cases me matarás,—la advertía frecuentemente la egoísta Doña Andrea.

Tal advertencia resultaba inútil: en los cinco ó seis años que Consuelo contaba de pubertad, un sólo pretendiente la

había hablado de amor, un jovencito acicalado como una señorita, enclenque, elegantemente vestido, nervioso, rubio, que vendía sedas y telas en un almacén de ultramarinos. Pero aquella criatura frágil y vana como una pompa de jabón, no era un partido serio. Habíase acercado tímidamente á su reja y con frases comunes, atildadas y torpes expuso su pasión. Ella le hubiese correspondido; sentía anhelos de proclamar en el colegio que ya tenía un novio, y humillar á las compañeras que se burlaban de su fealdad, mas á poco notó un gesto de asco en el afeminado rostro de su galán y éste se despidió vivamente, groseramente, sin darla una explicación de su extraña conducta......¡Ay! Ella la había encontrado perfectamente en la repugnancia que le causara su aliento....

Y empezó el calvario; la indiscreción funesta de su pretendiente; las sátiras de sus malas condiscípulas; el aislamiento al que la condenaban; el secreteo de los jóvenes cuando la veían pasar, ese murmullo, en fin, que como fatídico cerco rodea á los leprosos. Entonces vino la reacción contra una agresión injusta: primero tuvo tres días de secreta angustia y de contínuo lloro; después se propuso despreciar á todos los que la despreciaban, y por último su corazón se envenenó con un odio sórdido contra sí misma y contra el mundo, pasión mal velada por un cariz hipócrita de felicidad aparente y que sólo se adivinaba en su torvo mutismo y en los relampagueos nerviosos de sus grandes ojos. Dióse con más ahinco á leer poesías románticas y cuentos tristes. Se dedicó á soñar en lo imposible mientras sus manos repasaban melancólicos impromtus de Schubert; y en las bellas artes, mal cultivadas y peor sentidas halló siquiera consoladores guías para su noche implacable......

—Hija, no toques tanto; te vas á poner mala de los nervios, exclamaba ásperamente Don Ramón.

—¡Ay! papasito, es tan triste la música de Schubert......

Don Ramón, su padre, era un hombrecillo nerviosísimo, raro y altanero; unos de esos agrios séres hechos de nervios y de orgullo que se creen nacidos para mandar y ser obedecidos incondicionalmente. Con valor hubiera sido un gran coronel, pero poseyéndolo en pequeña dósis, habíase dedicado mejor al comercio obedeciendo sin duda á su idiosincracia. Por cada uno de sus poros parecía manar la bilis y la pedantería. Su tez verdosa, color de membrillo semi-maduro, revelaba á las claras su temperamento linfático. Sus ojos notablemente saltones, bovinos, desprovistos de pestañas, de una movilidad extraordinaria, giraban bruscamente apareciendo como los de un toro que otea y olfatea sangre humana. Sus bigotes erizos, ralos, tiezos como púas, denunciaban su espíritu tiránico y le daban un aspecto repulsivo. Sus miembros se movian espasmódicamente como si los tocasen con una corriente eléctrica. Hablaba, y su voz era ríspida, cortante, golpeando las palabras que sonaban como secos martillazos. Sorbía, escupía, alargaba y contraía el corto cuello con movimientos voltáicos, raspaba el piso con sus piés torcidos y llenos de callosidades, de talón firmemente apoyado hacia el lado postero externo, indicio según mis observaciones, de fatuidad.

—¡Caray! ¡caray!

Era su exclamacion favorita, la que mezclaba eternamente á sus pláticas larguísimas interrumpidas por breves intervalos, como los fraseos telegráficos. Espíritu retrógrado hasta el más refinado fanatismo, impregnado de ridícula suficiencia, enemigo acérrimo de toda innovación y réplica, metódico, envidioso, tenaz y avaro, Don Ramón soportaba á pesar suyo el empuje de las ideas nuevas que lo arrastraban hacia la futura Verdad. Reducíase su círculo á tres ó cuatro amigos analfabetas elegidos con

jesuítica meticulosidad entre los babiecas creyentes adheridos á su estacionario credo religioso. Educado por su tío, un matemático modesto y talentoso, llegó á adquirir los conocimientos suficientes para vivir dando clases de teneduría, materia en la cual no pasó nunca de ser una obscura medianía. A cada fracaso suyo y á cada nuevo triunfo de su tío, la envidia le roía el alma, y la impotencia lo iba sumiendo en las tenebrosidades del desengaño y de la misantropía. Dada su necedad, todo lo atribuía á la maldad de las gentes y de aquí su desdén por ellas, desdén que era correspondido con creces.

Ya casado con aquella mujercita ambiciosa de cara astuta y aguda como la de un zorro y cuyo carácter corría parejas con el de él por lo hipócrita y egoista, vió nacer y crecer como un raquítico beleño á Consuelo, niña adorada que heredara las pasiones de ambos y á quien amó y mimó á su modo, con las bruscas impetuosidades y caricias propias de su carácter. Desde un principio adivinó en ella á un sér desheredado; quizá comprendió con su clarividencia de padre el nebuloso porvenir que la esperaba y apresúrose á darla una educación brillante; pero la muchacha, enfermiza y tonta, con mil dificultades llegó á aprender algo, muy poco de piano, inglés, contabilidad y dibujo. El arte y la ciencia se resistían á penetrar en aquel cerebro pobre y frívolo, envenenado por una doble envidia hereditaria, lleno solamente de ideas locas y románticas.

Así, estudiando un mes para exagerar su enfermedad durante los once restantes del año, mimada hasta el fastidio por sus padres que quieras ó no toleraban su holgazanería, llegó antojadiza, voluntariosa y altanera, hasta la edad de veinte años sin haber amado lealmente á nadie, sin creencia fija, incapaz de abrigar en su corazón frío é insensible como un granizo que cae, esa santa pasión que

es el dorado sueño de las jóvenes casaderas, de los séres normales, fuertes y sanos que para la perpetuación de la especie, se someten de buena voluntad á los inmutables yugos impuestos por la madre Naturaleza.

Y ahí permanecía ahora soñando detrás de la ventana, en el cuartito donde se podía ver un piano con su funda verde, el caballete con un retrato esbozado de Schubert, el canastillo de costura olvidado y polvoso, unos cuantos muebles de bejuco, los estudios de dibujo, libros viejos y sobre la máquina de coser que jamás cosía, el indispensable frasco de Ozomulsión, vida y sostén de aquella sietemesina, soñadora por *pose*, admiradora de los artistas, por imitación, y refractaria al matrimonio, por despecho.

Sonaron las campanas aturdiendo con su repique ladino y sonoro. Consuelo bostezó, tapóse los oídos; después, cuando las últimas ondas se perdieron, arreglóse el listón azul que ceñía su flacucho cuello, destapó el frasco y se bebió la cucharada de la asquerosa pero benéfica medicina; hizo un gesto de disgusto y sentóse frente al caballete sonriendo melancólicamente y suspirando:

—¡Ay!....

Se puso á trabajar con brío.

De todas sus labores aquella del dibujo era la que más le agradaba. Desde que su profesor, un hombrecillo joven y meloso, la había permitido emprender un retrato cualquiera, ella eligió el de Schubert dando muestras de visible satisfacción al empezarlo, y ni se acordó ya de sus males imaginarios ó efectivos entusiasmada como estuvo al concluir la efigie del gran artista. Quiso trabajar otra que resultó un poco mejor y luego una pequeña que desapareció. Era la más acabada.

—¿Qué le hiciste?,—preguntó una noche Doña Andrea.

—La regalé, mamá.

A partir de aquellos días comenzó á cambiar de humor. Tornóse un poco más comunicativa con las dos ó tres amigas que á diario la visitaban; salía con ellas á dar un paseo por las afueras de la población; sonreía frecuentemente y se notaba en fin que algo de extraordinario ocurría en su alma huraña y paria.

Devoró todas las obras de Flamarión, algunas de Poe, de Allan Kardec, de Delanne y la "Defensa del espiritismo" por Rusell Wallace; tomó afición á las experiencias hipnóticas, y tras prolongados períodos de éxtasis, hablaba de transmigraciones, metempsícosis y avatares defendiendo con calor las teorías metafísicas, entusiasmándose con su novela favorita: la "Estela" del gran soñador astrónomo.

—Qué cambiada estás, Consuelo: apostamos que ya te enamoraste de tu maestro......

No contestaba á sus condiscípulas, pero se reía con nerviosidad histérica y misteriosa.

—Anda, anda, dínos entonces quien es tu prometido, no seas tonta. Si al cabo no lo vamos á contar......

—¡Nadie, vaya, qué ocurrencia!

—Sí, sí, estás enamorada, no lo niegues, —afirmaban aquellas con esa clarividencia innata en la mujer para presentir y adivinar los secretos de las otras.

Consuelo callaba y de pronto se entristecía sin motivo aparente. Su atormentado cerebro formulaba esta pregunta: —"¿Volverán los muertos?......"

Una vez Doña Andrea la sorpendió silbando, *silbando*, así como suena, y naturalmente aquel acto insólito al que no estaba acostumbrada, le llamó poderosamente la atención. Entre la garrulería que formaba el agudísimo y vibrante gorjear de sus canarios favoritos, llamó á las criadas.

—Muchachas, muchachas, vengan acá, la niña está silbando.

Juana la cocinera dejó caer el plato donde batía albúminas de huevo, y Matilde, la chata picada de viruelas que estaba ahí en calidad de *depositada*, se quedó con la boca abierta. Aquello era inconcebible. O la niña se había vuelto loca ó Don *Clamarión* como ellas decían, la estaba curando á ojos vistos. Ninguna pudo saber empero, qué trozo había silbado Consuelo.

Por la noche, cuando le refirieron el caso estupendo á Don Ramón que llegó como siempre expectorando ruidosamente y quejándose de catarro, ("coriza agudo" según su castizo léxico) la anémica se negó á decirle qué pieza había sido aquella tan comentada, y él se quedó como los presentes: estupefacto.

Otra vez, el muchacho que llevaba la correspondencia de Don Ramón, la había sorprendido también, llorando al tocar un *impromtu* que le agradaba mucho al joven pintor. La sensible intérprete se había ruborizado á travéz de la espesa capa de albayalde, y desde entonces le tenía ojeriza al indiscreto y burlón escribiente.

Y aquella mañana de Junio, cuando volvió á entrar Doña Andrea, la encontré bailando, saltando de zoca en colodra á la vez que tarareaba el "impromtu" mencionado. ¿Era posible? Aquello pasaba ya de la raya, y con justicia Doña Andrea se alarmó.

—Tú me ocultas algo, niña,—dijo con voz quejumbrosa y pusilánime.

—No mamá, ¿qué quieres que te oculte? Siento gusto y nada más; ¿para qué te alarmas?

Fué y abrió la ventana por donde penetró el sol á torrentes saneando la atmósfera viciada que ahí se respiraba. Oíase el jubiloso piar de las nuevas crías de tordos y el aturdidor de los canarios que se bañaban alegremente.

prisioneros en la enorme pajarera. Algunos aguadores sacaban agua de la fuente. El corcovado sacristán, un imbécil de edad indefinible, se calentaba al sol y componía uno de sus viejísimos zapatos, enredado en correas, torcido, sin tacón, impregnado de olor á cera, moho é incienso. La viejecita de la esquina, cubierta con un ancho sombrero de *petate*, ahuyentaba á las tercas moscas que se comían los polvorientos dulces de su mesa sucia y perniquebrada:

—¡Moscas de mis pecados!......

Las espantaba con una cola de cerdas blancas, amarrada á un cabo de madera.

Consuelo contempló el paisaje, quedóse un momento pensativa y después abrazó intempestivamente á su madre dándola un sonoro beso en la frente ya surcada de arrugas.

Aunque Doña Andrea estaba acostumbrada á sus melosas caricias de gata consentida, no dejó de afirmarse más en su creencia dado al fuego desusado del ósculo filial. Y mientras Consuelo curioseaba por la ventana, la señora repitió sus palabras de siempre.

—Niña, retírate de esa humedad.

Caldeaba el sol, chillaban las golondrinas y un vendedor gritaba:

—¿Toman helaooooos?....¡Los helaos!

A pesar de todo, ella obedeció, y cuando su mamá hubo traspuesto el umbral, yendo como solía, á platicar con sus canarios, Consuelo sacó de entre sus senos infecundos y marchitos un retrato que besó largamente, apasionadamente......

***

Esta mañana, después de cinco años, he sabido la tris-

te muerte de Consuelo. Falleció de anemia. Dicen que estaba transparente y enjuta como una caña de cristal.

—¡Pobre muchacha! Amó mucho al pintor aquel, ¿recuerda usted? Y él no lo supo......

—¡Quiá!—exclama carcajeándose mi amigo el burlón escribiente. Amó en espíritu á un hombre más feo. Al levantarla de su lecho para colocarla en el ataúd, rodó por la alfombra el retrato de......

—¿De su maestro?

—No señor, de Schubert!

BEDA

"Los azahares de esta vida no son dignas de las almas buenas.

[illegible]

BEDA.

Beda se siente enferma. ¿Qué tendrá? El doctor ha dicho que no es cosa de cuidado. Sin embargo, esta mañana no ha podido levantarse; le zumban los oídos, le duele todo el cuerpo, está calenturienta y se queja de un fuerte dolor de cabeza. Sus mejillas aparecen encendidas por la fiebre, y sus ojos azules y claros, puros y tranquilos como los de la Bella del Bosque Durmiente, muéstranse inyectados y opacos, moviéndose pesadamente entre las ojeras amoratadas que los circundan. Sus labios ya no ostentan la frescura de antes: pálidos y secos, apenas se entreabren para aspirar jadeantes al aire fresco y aromado que penetra por la ventana abierta, aire impregnado de sabroso olor á tierra mojada y de salvaje perfume de higueras y tomillo.

Todavía ayer, Beda estaba sana y alegre; pudo bajar al salón de la escuela y juguetear jovialmente con sus numerosas compañeras en la huerta humedecida por las primeras lluvias del Otoño; saltar gozosa entre las lechugas y alcachofas, á la hora del recreo, como de costumbre, bajo los perales y manzanos que fructifican al sol, amparada por la agradable sombra de los granados salpicados de centelleantes flores, y entre las rozagantes parras que serpean por los troncos retorcidos colgando sus raquíticos

pámpanos que semejan racimos de ópalos verdes y mates.

Todavía ayer fué á visitar su nido de pajarracos oculto en el rincón más intrincado de la huerta, ahí donde los membrillos, las zarzas, los *gigantes* y las hiedras son más tupidos. Ni su misma prima, Estela, tenía noticia del hallazgo. Cuando nadie la espiaba, íbase calladita hacia el boscoso paraje, apartaba con cuidado ramas que ya ella conocía, y su mayor placer consistía en alimentar con migas de pan previamente remojadas, á los voraces polluelos que, en cuanto oían ruido, poníanse á piar abriendo sus picazos sonrosados y moviendo torpemente las enormes cabezas calvas y los nacientes remos desprovistos de plumas, cubiertos apenas por un leve pelillo color de azufre. Y eran de oír las contagiosas carcajadas que Beda lanzaba á más y mejor al contemplar las ridículas figuras de sus ahijados. Los padres de éstos parecían conocerla ya, y sin temor, volaban para ir á posarse sobre el cercano pretil erizado de fragmentos de vidrios y fondos de botellas mientras duraba la breve y caritativa visita diaria de su protectora; y como agradecidos, entonaban para ésta lo mejor de su repertorio.. .

Pero cuando repiqueteó la campanilla y terminó el asueto, la buena muchacha regresó atontada, fláxida, quejándose de vértigos; no pudo contestar á las preguntas de su maestra, y ésta al verla enrojecida y febril la obligó á salir para la enfermería. Ella no quería ir. A pesar de que sentía una terrible opresión en las sienes y un doloroso quebranto en todo el mórbido cuerpo como si la hubiesen dejado caer desde una gran altura, la repugnaba encerrarse en aquel salón desierto y frío, oliente á ácido fénico, con sus lechos alineados como las camas de un hospital, con sus paredes limpísimas, bruñidas, blancas, parecidas á las simétricas de una tumba de hielo ..... ¡No! ¡no! pre-

fería quedarse; aquello no era nada: ya pasaría. Ella, tan robusta, tan llena de vida, tan bulliciosa, necesitaba sol como las rosas, aire puro como los pájaros, alegría como la primavera: era la primavera misma; donde ella estaba huía la sañuda tristeza. ¿Cómo querían aprisionarla entre aquellos desnudos muros que semejaban tabiques de nieve?

—Por Dios, señorita, no me mande usted; si no tengo nada. No sea usted mala......si es un dolorcillo cualquiera. Mire: ya estoy aliviadita. ¿Verdad?......

La besaba y hacía esfuerzos por reírse, pero su risa resultaba á las claras triste y enferma.

—No, Beda, no,—replicaba la maestra, apartándola con dulzura. Es necesario que se vaya á curar. Tal vez su indisposición sea el principio de una enfermedad infecciosa y las otras niñas se contagiarían. Eso no está bien hecho, Beda. Debe usted obedecerme y recogerse mientras la Directora envía por el médico del colegio. Muéstreme su lengua; á ver....¡um!....si: está sucia. Y su pulso?......¿lo ve usted?......alterado. Vamos, usted ha sido siempre la más buena y obediente. Es preciso guardar cama......

Y Beda, sollozando, contra su voluntad se instaló en la enfermería viendo pasar con tristeza los densos nubarrones que el viento impulsaba hacia allá, hacia el ocaso donde muere la luz solar en el atardecer de un crepúsculo clorótico y sombrío.

Ahí yace ahora dominada por la fiebre que aumenta de una manera alarmante, escuchando los torpes sonidos que las niñas arrancan al piano en el salón de estudio, los ladinos coros de las pequeñuelas que danzan alegremente jugando á la *gallina ciega* en la plazoleta de la huerta ya bañada por la espléndida luz de la luna que brilla en un cielo diáfano, de una limpieza admirable. Las nubes, ba-

rridas por el fresco ábrego, han despejado la atmósfera en la cual vacía la Noche su inmenso cofre de pedrerías que cintilan con maravillosos cambiantes. Y Beda, la hermosa pupila de ojos puros, azules y tranquilos como los de la Bella del Bosque Durmiente, con angustia indecible las contempla, recordando aquellas noches apacibles de su pueblo natal. ¡Oh! en él era feliz, enteramente feliz! ¿Por qué fué á ocurrírsele á sus padres enviarla á este Colegío de internas donde se pasará un año, ¡todo un año! sin verles, sin ver á su....

Enmedio á su febril estado se ruboriza al pronunciar un nombre: Marcos, el de su prometido. Entonces vienen á su memoria entorpecida todos los principales detalles de su vida y de su idilio. Tendida sobre el dorso, con la vista fija en el limpio cielo raso, rememora los años transcurridos y parece que todo lo que durante ellos vió, se materializa desarrollándose en el restirado lienzo; su casita poética, sus pájaros, sus flores, sus amigas y él, él sobre todo, aquel garrido mozo que ahora le escribe cartas muy bonitas y llenas de ingénuo amor......

¡Ah, sí!...... Pero ¡Dios mío! qué dolor de cabeza que no la permite hilar bien su sencilla historia! ¡Cabal!...... eso es! Los días de su niñez desfilaban plácidos, sonreasados, llenos de rústico encanto. Ella, era la niña mimada de todos y hacía lo que más se le antojaba. Su padre, un excelente viejo dueño de una pequeña heredad, de rostro dulce y afable, cortés á pesar de su carencia de trato social, indomable como bregador y trabajador como pocos, la tenía en la única escuela del pueblo en la cual ella mal aprendía á leer, á escribir y á contar, dirigida por la solterona Loreto, una *niña* de cincuenta y tres años, que gastaba desarrollado bozo y que poseía dos verrugas enormes en el ala izquierda de la nariz. A ese rudimentario plantel donde Ripalda era comentado, releído y aprendido á fuer-

za de palmeta, iba diariamente y de cada vez más dejaba sorprendida á su analfabeta maestra con el precoz desarrollo de su sana inteligencia, por lo que aquella teníala como *instructora* de las otras discípulas y volvíase toda alabanzas ponderando los progresos de su favorita, aunque á decir verdad, influía en ésto la largueza de su padre, los regalos de Doña Mónica su mamá y las *cuelgas* que cada año la daba *la tía Apolinar* como le decían los campesinos á su abuela, una viejecita de cuento, con su pañoleta al cuello, su cofia en la venerable cabeza cana, sus gafas cabalgando sobre la encorvada nariz, su labio superior pegado á las encías y dientes de *chicle*, el inferior notablemente saliente y tembloroso, sus mejillas rugosas, exhaustas, secas como pellejos, sus grandes arracadas en forma de anillo, que le tocaban los hombros agudos, su báculo nudoso y mugriento que jamás abandonaba, su traje negro y oliente á berengena, sus babuchas de *orillo* y su sempiterno hablar á solas.

Si ella, la nieta, era la alegría, el parlero gorrión de la casa, *la tía Apolinar* era el alma de ésta. Renqueando, refunfuñando, con su voz silbante y cascada reñía á todos, peones y criadas, y excesivamente limpia, tenía constante cuidado del aseo en todo. Iba y venía á saltitos, quejándose de su gota que ella llamaba *riumas*, examinándolo todo con exagerada meticulosidad, alentando á los labriegos en el recio trabajo campestre y esparciendo en redor suyo el amor á la vida, á la virtud austera y á Dios. Devota sin ser fanática, íbase cada domingo muy tempranito á la parroquia. Unciosamente oía su misa en compañía de ella á quien amaba con adoración y luego de echar un párrafo con su compadre Guadalupe, el abarrotero de la plaza, paso á paso regresaba á su hermosa finca, charlando sin cesar con ella que á cada rato volvíase, so pretexto de arreglarse la ya larga falda, á mirar si su Marcos, el mozo

campanero, estaba como de costumbre inclinado sobre el pétreo barandal de la churrigueresca torre; y como el enamorado nunca dejaba de espiarla á través de las tupidas hiedras que serpeaban á lo largo de cornisas y sillares, ella le enviaba, á hurtadillas, besos que sintetizaban toda su fogoza y naciente pasión.

Para nadie era desconocida ésta. A las altas horas de la noche, Marcos se acercaba á la reja de Beda y eran de oir las ingenuas ternezas que se decían, los sencillos juramentos que á fuer de buenos rústicos se daban y los castos besos que unían sus bocas frescas y honradas. Rozagantes tiestos de alelíes adornaban la colonial ventana, carcomida, vetusta, con su coronamiento de místicos ornatos que la lluvia y el tiempo habían deslavazado y cubierto de musgo. Ahí, con las manos estrechamente unidas, comentaban todos los díceres del pueblo, referíanse sus cuotidianas impresiones y con una candorosidad rayana en infantil inocencia, se preguntaban suspirando:

—¿Cuándo nos casamos?

Se ruborizaban, jadeantes, ardientes, sin darse aún cuenta exacta del formidable volcán que ardía en sus salvajes pechos.

Y cuando ya nada tenían qué decirse, permanecían extáticos, contemplando el cielo estrellado, la herbosa plazuela donde chirriaban los grillos, ó el vetusto campanario en el cual Marcos á fuerza de soledad y contemplación, de meditaciones y elevaciones, había descubierto en su mundo interno una alma de poeta primitivo.

Allá dióse al estudio y á la lectura. ¡Cuántas sentimentales epístolas le dirigía á Beda por el único afán de practicar, de ejercitarse en la composición, de estampar en el papel aquello inmensamente bueno y bello que sentía bullir en su febril cerebro. Aspirando con deleite los varia-

dos aromas que del pequeño valle ascendían como una ofrenda al Dios de sus amores niños, escuchando arrobado el alegre gorjeo de los pájaros y de las golondrinas que anidaban bajo los cornisamentos y las ménsulas, contemplando las brumosas lejanías de las colinas verdegueantes y de los alcores sembrados de campos de oro. Marcos se estremecía de puro gozo y al declararse feliz entre la inefable calma de la naturaleza y de su conciencia, sentía que por su cuerpo corrían nerviosidades como si millares de pequeñas agujas inofensivas le picasen de arriba á abajo.

Beda le había dicho una noche:

—Me voy, Marcos mío, me voy á educar á la ciudad. La maestra les ha participado á mis padres que ya nada me puede enseñar y éstos se han encaprichado para que yo vaya de interna á un colegio. ¿Si vieras cuánta tristeza me da dejarte? Pero no te olvidaré nunca. ¿Qué es eso? ¡Estás llorando!.... No llores, hombre, no seas tonto. ¡Qué vergüenza que un muchachote tan valiente esté llorando como una vieja porque su novia se va á recibir de maestra! ¡De maestra!.... ¡Vamos, hombre, si sigues llorando, ya no te quiero y te digo feo y *joto!*

Marcos, que es muy valiente, se calló como por encanto al oir este despectivo epíteto en boca de su amada. Le prometió ser razonable, la abrazó una y mil veces y la besó en la frente; pero á pesar de la promesa del uno y de la aparente energía de la otra, cuando el desvencijado *buggy* partió para la capital del Estado, ambos amantes no pudieron contener sus amargas lágrimas, como si el destino les avisara que aquella separación debía ser la eterna.....

Beda, á los pocos días le escribió á su Marcos la siguiente carta trascrita exactamente:

"Inolvidable Marcos:

Por fin tuve la dicha, y la incomparable felicidad de recibir el día 25 tu contestación tan deseada. ¡Qué gusto

más grande no experimentaría, y cual sería mi felicidad al ver que después de pasar unos tan tristes días, y de sufrir tanto ver tus letras en mis manos?

Marcos, tú no tienes idea de lo que yo he pasado al ver que nos separamos. Cuando se quiere mucho, se piensa uno tantas y tan distintas cosas y esto me tenía que suceder á mí. Supe que estabas muy enfermo ¿ya te aliviaste, pobrecito? Me figuraba tanto que yo misma me atormentaba pasando unos días verdaderamente penosos; pero Dios no me abandona, y parece ha oído mis ruegos.

Perdona, que no haya contestado tu carta inmediatamente que me llegó, pues he estado también muy mala de calenturas y un fuerte dolor de cabeza que me impedía enteramente poder escribirte.

Pero ahora un poco mejor, y animada por tu recuerdo, me considero con fuerzas para dirigirte esta que no lleva otro objeto sino el de contestar tu pregunta y mandarte el retrato que no había podido mandarte no por falta de voluntad, ni de cariño mucho menos como tú lo estas crellendo, sino por un motivo que siendo muy simple considero inutil revelartelo.

Te adjunto con ésta, uno por ser tan chico para nada te servirá; pero como no quería volber á escribirte sin mandartelo te envió ese, mientras que á fines de este mes recibirás otro más grande. Hablando de otra cosa. Marcos he podido observar que sin tu cariño, la vida sería imposible para mí, como el ' sol'' para las flores, que sin él marchitan y mueren. No tienes idea de lo mucho, que he sufrido en estos días que no te veo, povrecito. Creo que solo con estas penas debo haber perdido varios años de vida. No se como tú no comprendes que te quiero, no como los cariños que aquí se usan hoy, ni un Cariño asi cualquiera, Nó. El Cariño que yo te tengo es tan grande tan inmenso y *tan puro* que yo creo que si tu pudieras ó fuera posible

vez lo que yo siento por tí te aseguro, que me querrias mas que yo á tí; pero no es esto posible; asi es me conformo unicamente Con decirte que tú eres mi pensamiento y cuando comprendo que tú no me quieres como yo, verdaderamente siento deseos de morir;...... ¿pues para que quiero la vida sin tu amor? Tú dices que por que estoy aqui ya no te quiero, pues todo es un absurdo. Al contrario; ahora te quiero pobrecito más que nunca, con un amor loco, sin límites te *idolatro mucho*, mucho...... y no pido más recompensa que la de que tú tambien me quieras asi.

Adios Marcos no te escribo más porque con verdadera pena he escrito esta quien sabe como; pues tengo un dolor en el pecho que ya no lo aguanto. Contestame pronto y dime como están mis padres y mi abuela y riega mis macetas cada vez que pases á la Parroquia para que no se vallan á secar, pues si las dejas secar será señal de que ya no me quieres; si vieras que bonito está el colegio y me quieren mucho mis maestras: ya no aguanto las ganas de que se lleguen las vacaciones para ir á darte tus besitos, pobrecito de mi alma. Espero la bonita escrita que me prometiste cuando me vine. ¿Si es que todavía la tienes mandamela. ¡Ojalá y fuera tambien tu pelo! cualquier cosa que sea la espero ¿he?

Dime si mis gallinas no se han muerto, ni también mis palomitas copetonas y recibe el eterno cariño de tu

BEDA."

P D.—(......) aquí te mando un besito muy tronado y no dejes de escribirme.

Vale."

Marcos recibió sollozando esta ingenua misiva de su novia. Le satisfacía en sumo grado el ser amado de modo tan inocente y encantador; besó repetidas veces la perfu-

mada carta, y convaleciente como aún se hallaba, trepó á la torre y púsose á repicar con toda agitación, desenfrenadamente, á dos manos. Volvía á sentir aquel insólito cosquilleo como si por su cuerpo le pasaran un cepillo de finísimas agujas. El ladino repique de las dos esquilas en forma de media esfera, lo aturdía, lo sumía en un raro estado de voluptuosidad que bien pudiera llamarse la voluptuosidad del sonido. No sentía fatiga alguna ni dolor: sumido en aquella dulce inconsciencia, agitaba los brazos sin cesar, por costumbre, instintivamente, y parecíale que las campanas ascendían, ascendían, y él cogido á las cuerdas de los badajos, como parte integrante de la broncínea materia, se creía hecho de ondas sonoras que ondulando disgregaban su cuerpo y lo esparcían por todo el risueño valle. Ya no era el Marcos de carne y hueso que llamaba la primera misa, sino un Marcos—campana de cuya alma de bronce surgían melodiosas notas, músicas incomprensibles, celestes acordes que se confundían, que se precipitaban como un torrente de armonías sobre la aldea florida y tranquila. Y él, unido á las esquilas ascendía, ascendía siempre en gloriosa trinidad hacia el diáfano cielo por cuya inmensidad revolaban las palomas blancas semejantes á girones de virginales velos, y vagaban los átomos de oro buscándose sin tocarse jamás...... Y allá arriba, muy arriba, en el éter de luz, Beda le sonreía y le llamaba con sus ojos que aparecían huecos como dos agujeros á través de los cuales esplendía el infinito azulado, lo eterno, el Amor, el Dios!

La cascada voz regañona del *tata* Cura fué á sacarlo de su bello ensueño:

—¡Eh, muchacho! ¿te has vuelto loco? Hace un cuarto de hora que estás repicando....

A Marcos le había parecido un siglo, exactamente como esos grandes lapsos de tiempo que en apariencia transcu-

xren durante unos cuantos minutos de profundo sueño. Avergonzado, soltó las cuerdas y se puso á rascar un sillar con la uña negra de su calloso índice. Era la primera vez que el *tata* Cura le reñía y aquellas sus duras palabras le causaban daño. Pero Beda tenía la culpa: desde que su amor se le había entrado á lo más recóndito del alma, él considerábase enteramente transformado. Antes, era una máquina, una cosa, un hongo pegado á las leprosidades de la torre; más ahora descubría en él tesoros de sentimientos ignorados, y, sobre todo, aquello inmensamente bueno y bello que sentía bullir en su febril cerebro. Antes, la vida le era indiferente; vegetaba como una trepadora, en su campanario, ascendiendo más y más hacia la soledad, como si su alma buscara el alejamiento de los hombres, agarrándose con angustia animal á las salientes de las toscas piedras, abrazándose á los rudos pilares, escalando las alturas del cimborrio para llegar hasta la cruz de la veleta que abría sus misericordiosos brazos pareciendo amparar con ellos la paz y la felicidad de la apartada aldea. Pero después, después ¿cómo seguir subiendo? Su tallo se doblaría, tornaría á buscar la tierra, bajando, bajando siempre hasta que la muerte, el invierno de la vida, lo marchitara y lo convirtiera en polvo......

Huérfano, jamás había conocido á sus padres. Su primer recuerdo palpitaba ahí, en la barda del cementerio que se alzaba á espaldas de la parroquia, jugando con los niños desarrapados del pueblo, entre las altas hierbas secas que crecían sobre las tumbas y bajo las sombras de los duraznos que el *tata* Cura plantara por sus propias manos. Ya crecido, ayudaba al viejo sacristán en la monótona tarea de campanero. Muerto éste, él pasó á desempeñar sus funciones, y desde entonces, permanecía ahí con sus campanas, con sus hiedras y con sus pájaros. Por la noche bajaba á un cuartucho obscuro y frío que le servía de dor-

mitorio, ayudaba á su padre adoptivo, el *tata* Cura; en las faenas diarias, limpiaba las sagradas reliquias, surcía su ropa, cuidaba de los duraznos, regaba las rosas de Castilla del pequeño atrio, los claveles del cementerio, y á las veces hasta vestía la túnica roja del monaguillo cuando algún muchacho amigo se prestaba desinteresadamente á dar los toques de ordenanza. Y su vida se deslizaba así, monótona, triste, solitaria.

Mas una vez, una mañana hermosísima de verano, sorprendióse al encontrar á Beda y notar algo misterioso en sus bellos ojos. El había ido á llevar un canasto de duraznos que el *tata* Cura le obsequiaba á la *tía* Apolinar. Conocía á Beda desde niña y juntos jugaban á la *momita* bajo una lápida del camposanto cuando Doña Mónica se iba de visita á la casa parroquial. El fingía de marido, ella de esposa; él era el *camposantero*, cavaba fosas diminutas, enterraba *chapulines* ó *pinacates* en ellas, regresaba fatigado y entonces ella teníale ya preparado el almuerzo consistente en pedacitos de tortilla, *pingüicas*, agua teñida con tuna y trozos de *charamusca*. Sus pláticas eran las pláticas inocentes de todos los niños. Se amaban, se buscaban, reñían á las veces para luego contentarse con algún regalo. Beda le obsequiaba moras de su huerto; Marcos, hiedras de sus enredaderas. Creciendo así en santa paz y ternura, desconociendo la malevolencia humana y la malicia innata en los hombres civilizados, llegaron á esa edad en que el beso amoroso se impone como preludio de tormentas y felicidades. Por esta época Beda comenzó á sentirse más ligada á á Marcos y éste á turbarse ante ella.

Aquella fresca mañana el campanero se dió cuenta de que algo insólito se interponía entre ellos. Dejó el susodicho regalo en manos de la doncella y fuése á su elevado retiro, todo pensativo y mohino. A partir de este día ya no dejó de espiar á su prometida. Pasábase las horas ente-

ras apoyado en la balaustrada de la torre viendo á Beda ir y venir en el huerto paterno; y como ya se ha dicho que la muchacha concurría cada domingo á la parroquia, Marcos sentíase verdaderamente orgulloso de que Beda lo viera con sus trapos limpios de cristianar y de que al són de su campana, en el cual ponía el alma toda, se llegara á la iglesia como si él mismo, con su voz de amante la llamara.

Muy de mañana, cuando todavía el sol no acertaba á despojar de su manto de nieblas á las montañas, ya estaba el buen muchacho confeccionando un ramillete de rosas para su amada, y al salir ésta de misa, arrojábaselo desde el primer cuerpo de la torre, ocultándose en seguida.

Bien sabía ella de donde venía tal homenaje, pero se dolía de que su tímido galán, fuese tan *sonso* y apocado.

Y tras muchos encuentros, miradas é invitaciones secretas, invitaciones, miradas y encuentros que pregonaban la buena voluntad de Beda y la diafanidad de su alma campestre, resolvióse por fin á definir la situación, recomendándole á su prima Estela, locuaz y despabilada campesina, que mediara en sus amores. Y tan bien cumplió ésta con su cometido, que un día, al salir de la escuela encaróse con Marcos y le dijo resueltamente:

—Oye, Marcos: dice Beda mi prima que no seas bruto, que no te andes escondiendo de ella, que ya sabe quién es el que le tira ramos de rosas desde la torre, que cuándo le escribes una cartita para corresponderte, y...... que si no sabes todavía escribir bien, aquí te traigo un borrador que hice yo misma......

La pícara Estela se alejó cantando:

"¡Ay, qué tontos son los hombres!"

Y la carta llegó á manos de Beda, con su consabido prin-

cipio: "Desde el primer momento en que la ví á Ud., mi corazón, etc.," escrita en un pliego satinado, manchado con huellas verdosas de pulgares rudos, muy oliente á membrillo y con su indispensable alegoría amorosa: dos palomas blancas sosteniendo con sus picos sonrosados una enorme misiva lacrada.

De esta manera principiaron aquellos sencillos amoríos; Marcos lo recordaba bien, tan bien, que al rascar la piedra con la uña negra de su índice, parecía ver á Estela que le rascaba el corazón y le decía:

—......dice Beda mi prima que no seas tonto....

¡Sí! Era un bruto con apurarse por que la dueña de su vida estaba ausente. Ya vendría. Era necesario tener una poca de paciencia.

Pero luego frunció el ceño y pensó: "¿Y si no volviera?......" Así anduvo desatinado durante los primeros meses, obsesionado con aquella pregunta que fulguraba en su razón.

Los aldeanos decíanle:

—No te apures, Marcos, ya volverá la niña del *poblao*....

Y Marcos se sonreía tristemente. Más lo traía preocupado una maldita lechuza que había ido á habitar en el campanario y á la cual oía graznar fatídicamente por las noches.

Una vez despertóse sobresaltado: había escuchado que alguien gemía allá arriba. Subió, alumbró con su linterna, lo registró todo y nada encontró de notable. Ya no pudo dormir pensando en Beda que no le había escrito.

Otra vez, un día 13 de Junio, con ceniza limpiaba un incensario en el cuarto del cementerio, y oyó que rechinaban las vigas del techo. Precisamente fué el día que Beda amaneció enferma. Se estremeció y como ésta guardaba

sospechoso silencio, no dudó ya el fatalista enamorado que algo grave ocurría.

—Todo lo que he visto y oído,—le dice ahora al *tata* Cura,—son señales de mal agüero......

Sin embargo, consolado por las explicaciones del anciano, espera, espera...... pensando en su Beda idolatrada.

Entretanto, ésta, más grave, ya no puede proseguir el curso de sus gratos recuerdos. Algo, como el ofuscamiento de la locura, se interpone entre su pasado y el presente.

Con miradas aleladas contempla la silueta de la enfermera cuya mano, semejante á una garra engarabitada de bruja le impone silencio y se agranda, se agranda hasta aparecer enorme, monstruosa, imantada como la garra terrible de la Muerte...... Ella quiere gritar y no puede; su esófago arde como si la estrangulasen con un anillo de hierro candente; su cabeza parece de plomo; cierra sus ojos para borrar aquella visión macabra, y sin embargo, la sigue mirando aún.... Y la huesosa garra la llama, la fascina, la atrae, la hipnotiza...... Y ella, Beda, no quiere irse, no quiere, no quiere morir todavía......

Luego todo desaparece, todo calla; no escucha ya el sordo ruido de las pisadas, ni los cantos, ni las notas del piano, ni el estridir de la campanilla: solamente el lúgubre tañido del bronce que en el campanario vecino lanza pausado é imponente el toque de ánimas, y aquel insoportable martilleo que en su cerebro desordenado suena:

—Toc...... toc...... toc......

Martilleo parecido al remachar de un sepulturero siniestro é implacable.

Y próxima á perder la conciencia de sí misma, con la sed terrible que siente, se le figura que al vibrar la última campanada, una ola penetra por la ventana de la enfermería, y á esa ola sigue otra y otra, hasta invadirla: los lechos flotan sobre una agua negruzca y corrosiva; su cama

gira en el centro de una vorágine espantosa; aspira un insoportable hedor de corrompida carne; se mira el cuerpo y todo está cubierta de asquerosas pústulas; su rostro antes tan hermoso, aquel rostro adorado por Marcos quien lo compara al de la Virgen de la Concepción, es salpicado por el invasor oleaje y refléjase en las aguas, desfigurado, horripilante, corrompido, destilando la podredumbre de su carne joven que otroza se podía comer como el más sabroso albaricoque; sus manos abotagadas, amoratadas, sembradas de llagas circulares en cuyo centro existen núcleos negros por donde brota un líquido amarillento y repugnante, parecen las de un leproso, no aquellas mórbidas y hoyueladas que acariciaban tiernamente las ásperas mejillas del afortunado campanero. Sin salir de su anormal estado, se halla de pronto transportada á su valle natal. Ahí está el pueblecito con sus casas pintadas de blanco, sus techos de paja sobre los cuales pían y saltan jovialmente bandadas de tordos y gorriones atisbando el rico grano qne es aventado por los peones allá abajo en los graneros, la iglesia que se yergue entre el follaje de los capulines y de los álamos de oro, las ruinosas tapias del piadoso cementerio, los exhuberantes durazaos del *tata* Cura, la paterna finca con su aspecto colonial, manchada, invadida por las ortigas y madreselvas, desconchada, respetable, como una extranjera entre las indígenas que la rodean, circundada por su valla de rígidos *órganos*, verdes carrizales y membrillos enmarañados; con su portal sembrado por las parras en fruto, sus aleros y canales grises, verdosos á trechos, bajo los cuales aparecen los nidos de las golondrinas como reventadas pupilas de monstruosos ogros, y allá detrás las copas de los granados de un verde vivísimo, la troje, los corrales, el abrevadero, el huerto que trasciende á peleo, á mejorana, á tomillo, á *yerbabuena*.... Luego la alameda de mezquites que va descendiendo in-

sensiblemente hacia el río, el poético vado de aguas diáfanas y tersas como un espejo veneciano, la carretera que conduce al rancho cercano, ancha, polvosa; todo el lugarejo en fin con sus matizadas colinas, sus llanuras de maizales, *girasoles* y *lampotes*; y su gárrulo ejército de pajarracos que le cruzan alegremente en todas direcciones...... Pero á poco todo aquel hermoso panorama va adquiriendo un tinte verdoso y fatídico: diríase que el valle entero es submarino; seres y cosas toman proporciones fantásticas, irradian como fosforescencias, permaneeen inmóviles, muertas, y de aquel rincón antes tan bien animado surgen ahora esqueletos cubiertos de algas y fucos que la miran con sus órbitas negras y vacías.... Ningún ruido turba aquella fantástica soledad, solamente el del eterno martilleo que en su desordenado cerebro suena pavorosamente:

—Toc...... toc...... toc......

Hay mucha agua, mucha! Quiere beber, beber hasta reventar para calmar aquel fuego que chisporrotea en sus entrañas, pero el líquido es de un sabor acre, repulsivo. Y los espectros se ríen de sus ansias: inclinados, con cráneos rebosantes de sano líquido, se los ofrecen sarcásticamente invitándola á beber. Entonces ella se arrastra, tiende los labios ardorosos y secos por los que sale un silbido angustioso, mas el líquido se transforma en gusanos asquerosos, fríos, que se retuercen como los gusanos de las tumbas. Y el agua sube y sube...... La tierra debe estar alta, muy arriba, á miles de leguas...... ¿Cómo no se ahogan la enfermera y ella?......

Después está sana y salva dentro de una habitación luminosa, blanquísima, que ofende la vista con su brillo. Hace un frío horroroso, insoportable. Ella está congelada, rígida, sin poder moverse y sin embargo el ruido persiste.

—Toc...... toc...... toc......

Pero ahora es más suave, más lento. ¿Si ya estará muerta? Aquel pensamiento le causa un horror invencible; hace un sobrehumano esfuerzo para gritar, para moverse, para mover aquella cárcel de hielo...... y es inútil! De pronto.... ¡Ah! qué alegría! Marcos está ahí fuera. Ella le ve perfectamente. Blande un zapapico...... ¡Marcos adorado! Sí, él es, él que trabaja por salvarla. Luego llega su madre, su padre, su abuelita, el *tata* Cura, la maestra; todos se afanan por libertarla; arriman teas ardientes á los helados muros.... ¡benditos, benditos sean!...... ¡Más, más! ¡Qué agradable calor! El hielo comienza á fundirse; ya sube el agua de nuevo, ya sube...... Pero qué ha sucedido? Huyeron todos. Unicamente sigue allí la fatal enfermera. Y sus brazos nervudos y flacos se alargan como los glutinosos de un pulpo...... Y ella, Beda, ahora sí siente que se ahoga; las linfas van ascendiendo pulgada por pulgada á medida que los muros se adelgazan; el aire es de cada vez menos respirable. Ella mira cómo van adelgazándose las congeladas paredes poquito á poco, sin precipitación; y el agua sube, sube con calma y lentitud aterradoras...... Su lecho flota ya cerca del techo á través del cual se presiente un vacío negro é insondable. Ella quiere luchar contra el terrible elemento, hace otro inaudito esfuerzo y logra por fin levantar su exangüe brazo, pero la vieja enfermera que está ahí vigilándola desde un rincón la coge con uno de los cenicientos suyos sembrados de ventosas; levanta el otro y siéntese aprisionada de nuevo; irgue el quebrantado cuerpo y nueva correa fría se adhiere á su gentil cintura; agita sus torneadas piernas, mas queda aprisionada, maniatada por aquellos asesinos tentáculos que la estrujan, que la asfixian y que la succionan su sangre envenenada. Y el agua sube, sube...... Pero el techo delgadísimo, próximo á romperse, estallará y ella tendrá aire,

aire! Un segundo más y se salvará, nada más que un segundo......

Leve, muy leve, prosigue el martilleo, lejano como si viniera del infinito:

—Toc...... toc...... toc......

¿Qué? ¿Se le va á paralizar el cerebro? ¡Dios mío!...... Pero la bruja le impone silencio con su mano engarabitada que se agranda, se agranda hasta aparecer enorme, monstruosa, imantada como la garra terrible de la Muerte...... Y ésta la llama, la fascina, la atrae, la hipnotiza.... Y ella, Beda, no quiere irse, no quiere, no quiere morir todavía......



¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Está en el cielo? ¿Ha muerto?......

Beda entreabre trabajosamente sus párpados. No, no ha muerto aún. Sigue el ruido siniestro sin embargo.

—Toc.... toc.... toc......

¿Había soñado? No. El repugnante olor persiste, envenena todo el salón. Alguien llora á su lado. Más allá la enfermera solloza y reza. Todo está en orden; indudablemente que ha tenido una horrible pesadilla. Un joven rubio, chato, miope, colorado, vestido de negro la pulsa gravemente. Debe ser el médico del colegio. Como á través de una niebla ella mira sus lentes ahumados, sus pupilas tristes y el pañuelo fenicado que cubre su nariz. El mueve la cabeza con aire abatido y Beda comprende el significado de aquel movimiento: está deshauciada. Va á morir. ¿Pero si tan grave se halla por qué no habían avisado á su familia, sobre todo á su querida madre?

—¡Hija, hija de mi alma!......—murmura una voz desfallecida.

—¡Ah!....

Luego aquella pobre anciana que llora á la cabecera de su lecho es su madre. ¡Qué extraño le parece su rostro! ¿Verdaderamente será su madre? Vamos á ver. Probemos.

Beda hace un esfuerzo para incorporarse y.... es en vano: ya no tiene fuerzas. ¡Qué triste es ésto! Sin embargo, ella quisiera darle un beso á su pobre madre, uno sólo, el último quizá...... pero no puede; más vale morir de una vez para no sufrir aquel nuevo martirio. Ahora quiere morir. ¡Se siente tan á su gusto!....

Allá se oye la voz dulce del órgano que canta místicas plegarias, y entretanto, ella, arrullada, sonriente, tranquila, entorna sus párpados, lanza un suspiro y se la oye balbutir levemente, como en sueños:

—Marcos.... mi Marcos....

***

Son las ocho de la mañana. Suena alegremente la campanilla, y la bulliciosa turba de educandas penetra ruidosamente al salón de estudios en cuyas ventanas bañadas de sol gorjean los gorriones con júbilo inusitado. Unicamente Estela gime en silencio:

—¿Qué tienes?—la pregunta su compañera Leonor.

—Mi prima ha muerto de viruela negra.

—¿De viruelas?....

—¡Sí!—contesta la morena en alta voz rompiendo á llorar amargamente. Ha muerto Beda!

Sus compañeras todas la han oído; se oye un "¡Aaah!"

de estupor por todo el salón; la maestra limpiándose una lágrima agita la campanilla, y una chicuela impasible, con el espíritu de imitación propio de su edad, deletrea gangosamente con voz chillona:

—La *B* y la *e*, *be;* la *d* y la *a*, *da: Beda.*

La Noche Buena de Bebé

....."¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,
Del corazón brotó más dolorida?
¿La del que el mal primero halló en la vida,
O la de aquel que un bien halló en la muerte....?"

(Campoamor.—"Doloras XXIX.")

2

La Noche Buena de Bebé

Ya llega Santa Claus.

Las nerviosas lenguas de los bronces agítanse en lo alto de los campanarios azotados por las ráfagas que silban melancólicamente, recordando las tranquilas noches sulamitas, cuando el hebreo festejaba con dulces salmos y férvidos hosannas, que resonaban jubilosamente en las lejanas montañas de Sichem, de Goboé, de Sulem y de Jafed, el glorioso nacimiento del niño Jesús, del sublime poeta vagabundo.

Los tristes cantares de estas rachas invernales nos recuerdan, mi inocente Lilí, los de aquellas hermosas descripciones que juntos hemos leído, los de aquellos paisajes de la Tierra Prometida, los leves murmullos de los corpulentos sicomoros que adornan el valle de Nazareth, las plañideras baladas de las mórbidas vírgenes sirias, el perenne ritme de las mansas ondas del Jordán, los estremecimientos de las perfumadas ninfeas al abrir sus invioladas corolas de seda, el ténue susurro de los cenicientos olivos, de los frescos trigales y exhúberos viñedos, y los ecos extraños del legendario Tabor. Parece que ellos nos traen á la memoria, de Betlem, la cantada Ephrata, las inspiradas rimas del instrumento favorito que el buen rey David pul-

sara loando al futuro monarca de Israel desde las blancas terrazas de su palacio cercado de fragantes huertos.

En esta privilegiada región, la Naturaleza apenas si cambia su níveo traje de azahares, por el de olorosas violetas púdicas. Los rosales se entristecen un poco, es cierto; amarillean como viejo *peluche* coler de oro las hojas secas de los álamos; cuelgan los lirios sus mustios pétalos, como poetas abatidos por la Miseria; y el Invierno pasa malhumorado, befado por los elfos de los prados y por las vocingleras avecillas que no emigran, que prosiguen trinando alegremente como en aquella Primavera, cuando tú y yo nos revelamos nuestros amores bajo el fresco follaje de los saúces en flor, de los lauredales cuajados de púrpureos ramilletes, y de los lilaes blancos y odoríferos. Pero eso es todo. Nos mofamos del inofensivo viejo al verlo pasar forrado con su ridículo casacón de gruesas pieles de nutria. Y las nerviosas lenguas de los bronces siguen charlando inusitadamente en lo alto de los vetustos campanarios, llamando á los fieles para la acostumbrada visita á los resplandecientes altares desde donde el niño Dios, recostado en la humilde cuna de heno y paja, parece contemplar con sus esmaltados ojitos de querube, el parpadeo de los enflorados cirios que, en gigantesca pirámide ascienden hasta la azulada cuenca del alto domo, y hacen chispear el brillo de sus pupilas rojas, los frisos de oro de las bruñidas ábsides.

Ya llega Santa Claus.

Aterido, tembloroso, arrastrando penosamente su gran árbol legendario, desparrama sus regalos en los hogares de los niños que han sido buenos y obedientes. Trae en sus enormes faltriqueras de piel de foca, millares de baratijas, de chucherías, de *bibelots* y de bombones, para arrojarlos por los ahumados respiraderos de las chimeneas que lanzan entre sus espesas volutas de humo, alientos de san-

alegría. Pero aquí se le recibe mal y el pobre huye, huye siempre de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de choza en choza, depositando sus magníficos *Christmas* en los zapatitos y en las ansiosas manitas infantiles. Huye, y por todo recuerdo nos deja una poca de tristeza en el alma, algunas nublazones que su numerosa corte de cierzos pronto disipan, y el postrer suspiro de algún sér querido que se va para siempre...... ¿Para siempre? Huye, y se olvida de muchos niños pobres, como la casquivana olvida sus juramentos de amor.... Y á veces como ésta es cruel. Por ende, mi fiel Lilí, Bebé está pálido y pensativo. Bebé está triste, muy triste.... ¡Pobrecito Bebé!

Acurrucado en el mullido lecho, con su rubia cabecita reclinada en el suave almohadón, y con el índice blanco y pequeño introducido en su boca de grana, contempla melancólicamente la cadavérica faz de su mamá que está enferma, muy enferma......

Con sus ojazos negros velados por grandes pestañas rizadas, mira fijamente aquel rostro atormentado por la fiebre, aquellos labios cárdenos y secos, labios queridos que ya no lo besan con ternura, ni le narran leyendas de hadas y aparecidos, ni lo arrullan más con sus tiernas y cándidas canciones.

La alcoba está en silencio, iluminada apenas por la débil luz de la lamparilla que arde tras el velador. Solamente se oye la respiración fatigosa de la enferma y el mugido del viento invernal que azota los cristales húmedos y opacos de las ventanas. El frío, insólito este año, congela el agua que los barrenderos arrojan en las avenidas y prende caprichosas estalactitas en las hojas de los tiestos y en las ramas de los árboles. Uno que otro transeunte nocturno pasa de carrera, tosiendo ruidosamente y tiritando á pesar de su grueso abrigo. Y es que hoy hace mucho, mucho frío!

Allá de lo lejos llegan ecos de músicas, de villancicos y de risotadas: la ciudad está de fiesta. En los calientes hogares celébrase la llegada de la Noche Buena. En casi todos ellos palpita la alegría; sólo en los de muchos pobres y en éste, se cierne la fatídica sombra de la muerte.

¿Cuánto hermoso juguete habrá colgado la Alegría en el tradicional abeto pringado de lucecillas multicolores, adornado con festones de heno, cadenas de papel dorado, brillantes caprichos de cristal esmaltado, bonitos cucuruchos de bombones, nueces plateadas, espuma de brea que simula escarcha, naranjas erizadas de banderitas, muñecos con hermosos trajes, globos llenos de hidrógeno, soldados de plomo, cornetas que parecen de oro, caballos de madera, cajas con diminutos menajes de cocina, arlequines gibosos, flautas y brillantes tambores! Los rapaces chicuelos en el paroxismo de la felicidad, saltarán ansiosos en redor de los canastos atestados de regalos y en torno del *nacimiento* iluminado *a giorno* donde descansan bajo los rústicos portales nevados con harina, la rubicunda imagen del niño Jesús, la Virgen de pintada terracota, el patriarca José con su sedeña capa de vino cromo, los humildes pastores, el jumento y el buey de barro en el pesebre de cartón desbordante de paja fresca. ¿Y la emperifollada piñata? ¿Y la alegre orquesta? ¿Y la sabrosa cena del clásico pavo? ¿Y los riquísimos dulces?....

En todo ésto piensa Bebé; pero ¡ay! su pobre mamá está muy enferma, y él, inconsolable, consciente, riega con sus lágrimas las calenturientas y demacradas manos de la agonizante...... ¡Pobrecito Bebé: acaso muy pronto quedará huérfano!

Su padre murió el año pasado; todavía el niño lleva enlutado traje de terciopelo negro. Y ahora los ángeles quieren arrebatarle á su buena madre para dejarlo sólo á los cinco años de edad en este mundo malvado y sombrío.....

¡Qué malos deben ser los ángeles! No se parecen á la mamá de Bebé que es tan buena. Pero no, no se la llevarán: él es hombre, es fuerte, él la defenderá!

Y Bebé aprieta nerviosamente sus puños y la abraza contra su inocente pecho, sollozando amargamente, balbutiendo con angustia:

—No quiero que me dejes, mamacita, no quiero! ¿Lo oyes?.... ¡Anda! levántate, no seas tonta; sé valiente como yo y te llevaré á ver al niñito Dios...... ¿Quieres tu cucharadita? ¿la quieres?...... Sí, sí, ya verás cómo te alivias...... ya verás!

Bebé coge el frasco de la medicina, pero como es tan pequeño aún, en su atolondramiento deja caer la botella que se rompe contra el pavimento. Al ruido que ésta produce, la moribunda entreabre pesadamente sus párpados, trata de poner en orden sus confusas ideas, hace un violento esfuerzo y jadeante estrecha á su idolatrado hijo besándolo apasionadamente; procura sonreírle...... y gruesas lágrimas ruedan sobre la casta frente del niño.

—¡Oh Dios mío, Dios mío! —clama ella con voz débil y desolada. Apiádate de él, va á quedar sólo..... solito para siempre!

Allá fuera sigue silbando lúgubremente el cierzo. Hace mucho, mucho frío. Ella siente que sus extremidades se hielan, que su corazón ya palpita débilmente, y luego, aquel terrible dolor en los pulmones y aquella implacable tos que le desgarra los bronquios, no la dejan respirar con libertad. Ha pasado la última crisis? No. No la resistirá ya. Comprende que su último momento llega, que la vida huye, y no tiene ni una poca de fuerza para oprimir siquiera á su adorado hijo. Intenta hablarle, consolarle, bendecirle por la última vez...... y ya no puede, ya es imposible!

El la mira espantado. ¡Qué pálida se ha puesto! ¡qué fría! ¡qué rígida!

La criada se inclina sobre el cuerpo exangüe, aplica su oído al seno izquierdo...... y sollozando va á caer al pié del Crucifijo.

—No quiero que me dejes, mamacita de mi alma, no quiero!—repite la afligida criatura besando sus labios yertos, blancos como las mantas. No me dejes solito...... ¡Anda! ríete, cuéntame otra vez la historia de *Barba Azul*. ¿Me oyes?...... ¿me oyes mamacita linda?

Mas ella no contesta: se la han llevados los ángeles.

La fiel sirviente sigue orando á media voz. El relox suena las once y cuarto con monotonía, lentamente, fastidiado; y de lo lejos llegan ecos de músicas, de villancicos, de risotadas......

Por ésto, mi amada Lilí, Bebé está pálido y pensativo. Bebé está triste, muy triste...... ¡Pobrecito Bebé! Ya no tiene madre......

TRISTE CUADRO

"Qué se propone Dios al crear el sufrimiento humano?....

***

TRISTE CUADRO (1)

Al Sr. Lic. Luis Villa y Gordoa.

Fué en una ardiente tarde de la Cuaresma cuando Petra, la mujer del herrero Lucas Martínez, y su hijo Serapio, salieron á cumplir su triste misión.

Caminaban los dos lentamente. La infeliz madre sollozaba enjugando de vez en tarde sus lágrimas con su harapiento rebozo, sucio guiñapo que una compasiva vecina suya le había dado por caridad en el invierno pasado. El chico iba adelante, llevando sobre su destrozado sombrero de mugriento *petate*, el humilde ataúd pintarrajeado con un feo azul ceniciento surcado por blancas listas diagonales, que habían comprado con sus últimas limosnas y que serviría de eterna cuna al hermanito muerto, al pobre niño

---

(1) Cuando El Mundo Ilustrado abrió un concurso de Cuentos Nacionales, me atreví á enviar este trabajo, no con la pretensión mal fundada de conquistar alguno de los premios ofrecidos, sino más bien por conocer la opinión de la crítica. He aquí acerca de él lo que escribió mi distinguido amigo Luis Urbina, miembro del Jurado Calificador. Entre otras cosas dice, hablando de nuestro progreso literario:

"No obstante, mucho queda por explorar, y buena prueba de ello son estos ensayos que vinieron al llamamiento de nuestro concurso. Entre todos sobresalieron algunos, dos particularmente, que he de mencionar aquí ya que por razones que más adelante expreso, no es posible dar á la estampa en este periódico.

"Triste cuadro" y "Gentes de mi barrio" se titulan estas dos

que yacía en la mísera casucha, tendido en el viscoso suelo, abandonado, horriblemente desfigurado por la viruela maldita, con su pequeña corona de amarillos *zempaxóchilts* cuyo acre olor se mezclaba al pestilente del cuerpecito yerto.

Las calles estaban casi desiertas. Un aire molesto y cálido levantaba nubes de polvo, de papeles y de briznas, de toda esa indescriptible basura que la Ciudad arroja al arroyo. Era un viento caprichoso que ora arremolinaba virutas y bagazos de caña contra las aceras, ora avergonzaba á las pocas mujeres que transitaban por la calle, levantándoles las enaguas y mugiendo como un toro en la época del celo.

Serapio, cegado, oyó las tres que sonaron en la Parroquia pesadamente, lúgubremente, como si también la cavernosa campana participara de la tristeza infinita de la tarde.

—Date *priesa, máma,*—balbutió.

Petra asintió con un gesto. Caminaba como en sueños, repasando en su memoria las angustias de su vida tormentosa al lado de aquel obrero borracho que se la pasaba bebiendo y escandalizando en todo el barrio, ó bien barrien-

---

emocionantes narraciones. La primera es dolorosamente intensa; produce un raro efecto de repugnancia y de piedad. Es un "Triste cuadro" en verdad; un cuadro de miseria, de sufrimiento humano con algo de bestial, de inconsciente, de abyecto, y, al mismo tiempo, de heroico y resignado; dolor de los que están muy abajo, muy abajo; desdicha del antro; pesadumbre de la sima. Es un lienzo muy vigoroso, pero muy crudo. El asco y la ternura se complican. Un arte noble palpita bajo una palabra tosca. Es un bello mármol vestido de andrajos.

....Ambos cuentos emocionan, interesan. Figuráos.... No; no debo ser ir discreto; los incógnitos autores no me lo tolerarían.

Y ya que ellos y yo estamos en el secreto, les diré: Amigos míos, mis parabienes. Cuando leí los trabajos de ustedes, no me ruboricé, no señor; noté defectos, mas asimismo, admiré cualidades. Y mientras leía, la prudencia me aconsejaba: "¡Cuidado con los lectores, que no quieren ver cosas feas por más que el arte se las

do, en un lastimoso estado, por pena policiaca las calles y jardines de la ciudad. Cuando ella era soltera vivía relativamente feliz: ayudaba á su madre á lavar ropa ajena, y con el dinero que ambas ganaban, agregado al que llevaba su padre, un honrado viejo que fabricaba hormas de zapatos, se la pasaban holgadamente. Ella ni pedía más, ni más ambicionaba. Pero un día la conoció Lucas y la enamoró imponiéndose por el miedo y las bravatas de matasiete de arrabal. Entonces todavía no bebía tanto: era un hombre guapo, moreno, de gran bigote y aire insolente. Y tanto la dijo y tanto la amenazó, que ella, rendida y enamorada...... se entregó á él pasivamente, animalmente, como una pollina dócil ante los brutales mordiscos é impetuosidades del macho. Siguiendo una costumbre antiquísima entre las doncellas de su clase, dejóse raptar, deshonrar vulgarmente sobre el negro suelo de la herrería cubierta de tizne y carbón, atestada de mugrientas herramientas y yunques, con su ruinoso fogón ahumado, lleno de ceniza, que semejaba la obscura chimenea de un cíclope lascivo, entre el calor asfixiante que la enardecía y las caricias bestiales de su amado. Recordaba sus labios burdos, pegajosos, que despedían un repugnante hedor á alcohol,

---

dore y embellezca!" EL MUNDO ILUSTRADO se abre, domingo á domingo, en manos de mujer, frente á ojos que quieren mirar la vida buena y blanca y pura; no tan dolorosa, no tan odiosa, no tan asquerosa. Cuida tú de los ojos buenos y de las manos sin mancilla. Te lo agradecerán las manos de nieve y las cabezas ensombrecidas." Cedimos al consejo de la prudencia; y por esta vez, le dijimos á la observación y á la literatura: "Volved pronto, pero en traje de etiqueta."

Respeto y agradezco la opinión autorizada de mi exquisito y elegante crítico; pero con permiso de él incluyo en este libro el cuento mencionado, ya que con éste y otros proclamo mi independencia literaria, sin que me arredren sus consecuencias. Por lo demás, yo no escribo solamente para la mujer, que, en general, no ama ni comprende ni mucho menos profundiza la literatura seria. La mujer nació exclusivamente para el amor: fuera de él, lo demás le importa muy poco. Escribo, persiguiendo un noble fin, que ex-

las lágrimas qeu evrtiera al ver perdida de tal manera su virginidad, la indignación tremenda del viejo, su maldición, la enfermedad vi lenta que llevó á su madre al sepulcro, el indispensable casamiento con aquel hombre que, más tarde, fastidiado de ella, diése con más ardor á la bebida, golpeándola, insultándola, tratándola como una esclava.... ¡Oh, la maldición se había cumplido! Y seguiría. Ahí estaba la muerte de su hijo, de su pobrecito hijo que ninguna culpa tenía...... ¿Por qué la suerte cebábase en él? Ahora ella vivía de la caridad pública porque su Lucas ya no era admitido en ninguna parte. Degenerado completamente, pasábase los días enteros tumbado en el cuartucho, en las tabernas más miserables donde no faltaban perdularios que le invitaran á beber, ó en el arroyo, en plena vía pública. Una vez, habiendo reñido, estuvo seis meses en prisión. Otra vez recibió una pedrada que lo dejó cojo para siempre. Y así, sufriendo martirios morales y físicos, únicamente consolada por el sólo hijo que Dios le había dejado, soportaba con resignación el prolongado castigo de su falta. Pero la desaparición de su pequeño Lucas, la atormentaba átrozmente: era como si la hubiesen arrancado las entrañas. Todavía resonaba en sus oídos la queja del niño, constante, apagada que partía el alma:

—¡Ay!...... ¡ay!

---

plicaré más tarde, para todos los hombres de buena voluntad que *quieran ver* la vida dolorosa, odiosa, asquerosa, como es. Y precisamente cuando ya la *sepan ver* así, ellos mismos procurarán hacerla buena, blanca, pura. como será. Hoy por hoy, la verdad, por cruda y punzante que sea, debe entrar á golpes de martillo, como cuña de hierro, en las almas todas. Mi literatura actual persigue el bien de las almas.

Piadoso y querido poeta: No todos son artistas. Primero el andrajo y después el frac. Para comprender la belleza *absoluta* es forzoso, ineludiblemente forzoso, conocer antes la *absoluta* deformidad. Primero la s de la sima y después la c de la cima. Yerro á través de mi temperamento?.... (N. del A.)

Todo había concluido. Aquella misma tarde lo enterrarían.

Un hombre chaparro y boruquiento voceaba á grito abierto:

—¡*Pescao*! ¡*pescao* fresco!

Un amolador ambulante pasó también por la esquina próxima, empujando su desvencijado aparato que al rodar sobre el empedrado chirriaba como un murciélago viejo, interrumpiendo la melancolía de la tarde con la escala aguda del instrumento pastoril que le servía de anuncio. El gendarme *del punto* cabeceaba apoyado contra el poste del telégrafo. Más lejos, un organillo callejero repetía con fastidio una canción popular de melodías destempladas, groseras, gangosas, insoportables...... Y un perro hambriento aullaba tristemente.

De pronto la mujer, instintivamente, se detuvo frente á un escaparate atestado de incitantes empanadas de vigilia, de ricas y caras conservas, de sabrosas salchichas y magníficos quesos de Flandes. El apetitoso olor que despedía el almacén de víveres, la había producido un vértigo y se apoyó, intensamente pálida, en la pared, mirando con aire estúpido y con sus pupilas ávidas y enrrojecidas, tanto alimento vedado para ella! El muchacho también se detuvo, dejó el ataúd en el suelo, respiró con visible satisfacción, enjugó con su mano agrietada y negruzca el sudor copioso de su estrecha frente sobre la cual caía un mechón de hirsuto pelo, y después, con un dedo metido en la boca, los ojos melancólicamente abiertos, las cejas enarcadas y la frente fruncida, quedóse á su vez contemplando con envidia que causaba lástima, aquellos codiciosos comestibles que los egoístas comerciantes habían acumulado en su lujoso almacén.

—¡Ah! valdrán un millón de pesos! ¿verdad, *mámá*!......

La mendiga no dijo nada. Se limitó á verlo angustiosa-

mente al par que se rascaba la picadura de un piojo que la atormentaba el cuello. Luego bostezó largamente. Aquel bostezo era todo un poema de miseria. ¡Dios de los desamparados, se conocía que desde el día anterior no habían comido un solo bocado!

Un afeminado gomoso, perfumado y petulante, haciendo sonar las monedas que llevaba en su bolsillo, pasó apresuradamente dándoles de intento un empellón.

—¡Eh! no interrumpas el tránsito, vieja indecente!

La desventurada exhaló una queja y dirigiéndose al chiquillo:

—Anda, anda, hijo mío: nada ganaremos con estar aquí; somos pobres, ya ves.... no tenemos ni un centavo y nos echan,—dijo con resignación.

Después, olvidando el hambre feroz que la devoraba, sintióse perturbada por la imagen de su hijito muerto, y sollozando de nuevo, echó á andar lentamente, tambaleándose como un orangután decrépito, apretándose su vientre hueco, hueco. El niño, indomable, cargó el ataúd, y con la mano que le quedaba libre, fuése poco á poco detrás de su madre, devorando con fruición una polvosa corteza de naranja.

Así atravesaron como dos fantasmas de dolor la distancia que les faltaba recorrer aún, caminando por entre el blanquecino polvo del arroyo como por sobre una espesa alfombra de caldeada escoria que les quemaba los piés. Al cruzar por el pequeño jardín inculto del arrabal, ambos aspiraron con deleite el airecillo más fresco que movía levemente los laureles-rosa, los abedules, los saúcos, los antodendros, las orquídeas, los jazmines que ya habían acabado de reverdecer con la primavera.

Varias mozas rollizas y habladoras llenaban sus cántaros en la fuente rodeada de pensamientos, y chacoteaban con un vendedor de pavos comunes, un mocetón de tez

curtida y ojos de zorro; y las alegres risotadas de aquel interesante grupo, se confundían con los gemidos lastimeros de la desolada madre. Cerca, una alondra oculta entre las ramas aún henchidas por brotes nuevos, cantaba su balada tristísima.

—Cú...... cú, cúuu...... cú.

A la infortunada mujer le parecía que su hijo se quejaba llamándola desde allá arriba; entonces, á pesar de la sed que sentía, apresuró el paso; tenía prisa por llegar para abrazar el cadáver de su hijito. Serapio no pudo resistir á la atracción de aquella agua límpida, de aquel irisado chorro que derramaba notas de alegría con su canción cristalina, y sin dejar el ataúd, inclinóse para beber, pero vió su imagen pálida y demacrada, con el féretro á cuestas que se reflejaba en el espejo de la fuente, y tuvo miedo: en un momento de alucinación quizá producida por la falta de alimentos, creyó que él era el muerto cargando su propio ataúd, y huyó á reunirse con su madre.

Por fin llegaron.

Al empujar la carcomida puerta del tugurio que ostentaba una imagen del Divino Rostro pegada á la madera, una oleada de aire húmedo, fétido y malsano, que olía á carne pútrida y á alcohol, les azotó los rostros. Ahí yacía el cadáver del niño ya verdoso, descompuesto, llagado por las pústulas negras y asquerosas, con las pupilas de un color blanco sucio y mate, fijas tenazmente en lo alto, los labios plegados, cruzados por bandas que semejaban puentes, retorcidos, deformados por horribles pingajos de carne sanguinolenta y magullada que destilaban un líquido espeso y hediondo, que formaba un extraño contraste con aquella marchita corona de fúnebres *zempazóchitls* de un cromo abigarrado y chocante, por entre los cuales asomaban unos cuantos mechones de corvino y lacio pelo apel-

mazado. Más allá, en un rincón destartalado y obscuro, rodeado por indescriptible hacinamiento de palos viejos, mohosas tenazas, mangos de martillos, herraduras rotas, esteras roídas por las ratas y muebles deformes, yacía el jefe de la familia brutalmente ebrio, con la desgreñada cabeza inclinada sobre el velludo pecho, roncando ruidosasamente como un hipopótamo salvaje, y teniendo aún entre su mano derecha la botella del vino maldito......

Dormía profundamente y no se apercibió cuando ellos entraron. Mejor: no los insultaría en aquellos solemnes momentos de intenso dolor. Entonces ella, Petra, envolvió el cuerpecito en su deshilachado reboso; con maternal cariño lo depositó en la grosera caja; dirigió una mirada sombría, torva, indefinible al esposo malvado, al criminal que así los abandonaba, al miserable obrero que se olvidaba de su hijo muerto...... y llorando amargamente permaneció así de rodillas, mascullando en silencio una oración á la Virgen de los pobres cuya imagen pendía de los descubiertos adobes entre tiras flecadas de papel de China y unas cortinillas antiquísimas que más bien parecían trapos de basurero.

Revoloteaban las negras moscas posándose tenazmente en el rostro del difunto; y sus sordos zumbidos hacían coro á la ronca respiración del beodo herrero. Serapio roía una *tortilla* dura que habíase encontrado entre las frías cenizas del fogón. Se oían sus crujidos como los de un ratón que perfora madera cuando entró Basilio, un chiquillo langaruto y cascorvo que lo invitó á jugar. El hambriento hermano de Lucas se puso al juego con aquellas canicas de barro que todavía en la semana anterior le habían servido para divertir á este último.

¡Oh! ya no volverían á travesear juntos! Ahora él se quedaba sólo mientras Lucas estaría allá en el cielo con los ángeles que le regalarían hermosas canicas de oro. ¿Por-

qué Dios que es tan bueno con los niños, los separaba para siempre?

Sonaron las seis y treinta minutos.

—Vámonos —musitó la madre exhalando un hondo suspiró.

Era preciso concluir de una vez. Si se retardaban, el *camposantero* no les admitiría la boleta del Registro Civil hasta el día siguiente.

Y aunque le dolía no verle más, cerró la caja mortuoria, cargó con ella, y los dos desamparados salieron silenciosamente, como sombras, rumbo al cementerio.

Basilio dijo:

—¡Uf! qué feo apesta tu hermano!

Y se entró al corral vecino donde unas ocho ó nueve gallinas buscaban ruidosamente un seguro lugar para dormir.

La tarde agonizaba y el sol se había ocultado tras grises nubarrones que semejaban descomunales alfanjes de melladas hojas.

Un obrero que pasaba y vió el pobre cortejo, se quitó la gorra. Otro se llevó el pañuelo á la nariz. Y una anciana, cambiando de acera, exclamó:

—Es un angelito que llevan á enterrar.

Una turba de chiquillos alegres y aviesos, llenos de vida, sanos y robustos, formando corro jugaban al "Gavilán." Se oían sus gritos agudos y jadeantes.

—*Gavilancito, ¿para dónde vas?*

Y el pilluelo que hacía el papel de "gavilancito," contestaba:

—*Voy á la sierra de San Nicolás.*

Cogidos de las manos, los otros, las "gallinas," corrían formando círculo y tirando coces al aire como los potros en pleno campo. Repetían su pregunta:

—¿Y á qué vas?
—A comer gallinas fritas.
—Pues aquí comerás pataditas....

El "gavilán" se arrojaba sobre ellos pretendiendo robarse una "gallina." La alegre escena era iluminada por el resplandor de una hoguera que ellos mismos habían encendido. En torno, algunas viejas y ancianos, labradores de las cercanías, fumaban sentados en cuclillas. Y cuando Petra y su hijo penetraron al cementerio, volvióse á oir la voz del organillo callejero que repetía con fastidio la misma canción popular de melodías destempladas, groseras, gangosas, insoportables......

Y otra vez el perro hambriento siguió aullando tristemente, muy tristemente....

CROQUIS

"....después de haber amado ¡ay! es preciso
¡amar.... y siempre amar.... hasta morir!"

Alfredo de Musset.

CROQUIS

Cada vez que en estos días encantadores y opulentos de la primavera, miro pasear por el jardín á esa vocinglera bandada de muchachas risueñas, lindas, sanas, llenas de vida, airosas como gentiles canéforas que llevan su ofrenda de tirsos al enflorado templo de Apolo, atractivas con su lírica voz que suena en los oídos del poeta como ánfora cristalina que cae y se rompe sobre un espejo, viene á mi memoria la triste y sencilla historia de la pobrecita que se fué para siempre durante la virginal misa de las primeras rosas......



Una mañana de Abril, *Lila* ya no abrió su ventana. Al siguiente día tampoco, ni al otro.

—¿Qué pasará?—se preguntaban con admiración los vecinos.

Porque en el apartado barrio, ya estaban todos acostumbrados á ver tras de la verja cubierta por hiedras frescas y lozanas, la simpática figura de la costurera muy limpia, muy blanca, que inclinada sobre su bastidor, *calaba* y cantaba alegremente, modulando en su garganta de ruiseñor canciones dulces y amorosas, y trabajando sin cesar en aquella concienzuda faena diaria de cuyo producto vivían

modestamente ella, su madre y un niño paralítico á quien ambas consideraban como de la familia.

Lila, sin embargo, era feliz en su relativa pobreza, con su madre, con sus tiestos y pájaros, y sobre todo, con su prometido José, un joven doctor que la había jurado hacerla su esposa precisamente en aquella primavera. Este las visitaba á diario, recetaba á Doña Salomé que de años atrás venía padeciendo de su salud, y así esperaban la virtuosa muchacha y el modesto médico, la hora cuya llegada con tanto anhelo deseaban. Pero la anciana cayó en cama y *Lila* tuvo que abandonar sus labores. José la aseguró que no era cosa de peligro, recetó unas cucharadas y se despidió aquella noche asegurándoles que pronto regresaría de la hacienda á donde lo llamaban para practicar una operación urgente. *Lila*, ya más tranquilizada, tomó su costura, instalóse á la cabecera de la paciente y siguió tarareando á media voz porque para ella era una necesidad imprescindible cantar; aunque bien mirado, en su interior proseguía un tanto temerosa por la indisposición repentina de su madre ya de por sí débil y achacosa. Pensaba con miedo: "Puede agravarse de un momento á otro; las señoras á su edad, ya no pueden soportar como nosotras las jóvenes cualquier desarreglo en el organismo; y luego ella que ha sido siempre así tan enfermiza, tan delicada...... No se parece á mi buen padre que era robusto, jovial, *sanote.* Pero mi Pepe asegura que no es nada; los síntomas según él, no son alarmantes: cuestión de abrigarla, de preservarla contra las corrientes de aire, y todo irá bien. Pero si viene alguna complicación? ..... ¿Habrá dicho todo ésto para tranquilizarme?...... Si mi mamá empeora, entonces le hablaré á Pepe por teléfono, él se apresurará á venir y me la aliviará, ¡es tan bueno y tan inteligente! ¿Qué haría yo si quedara sola? Esta pobre criatura *tullida* me causaría más lástima...... Pero ¡vaya! ¡qué tonta soy! Me figu-

ro más de lo que en realidad ocurre. Mi mamacita se levantará pronto, tal vez mañana mismo, y entonces iremos con Pepe que ya estará de vuelta á pasearnos mucho; nos llevará á oir las orquestas de las *partidas*, á tomar nieve de fresa, á comprar manojos de amapolas, á rezarle á nuestro Santo Patrono para que bendiga nuestro próximo enlace; le compraré naranjas y dulces á mi hermanito; le regalaré el juguete que me saque en las rifas y...... nos divertiremos mucho, pero ¡muchísimo!

Se entusiasmaba, pensando también en el traje nuevo que estrenaría. Nada de ésto sucedió sin embargo. La buena anciana se puso más y más grave.

Tal fué la poderosa razón que obligó á *Lila*, en contra de su costumbre, á no abrir más su ventana. Los curiosos vecinos inquirieron la causa y decían con lástima estudiada:

—¡Pobre *Lila!* quedará huerfanita si nuestro Santo Patrono se olvida de ella!

Un hermoso tordo que parecía tallado en ónix, cantaba todas las mañanas en el alero, y á pesar de su natural desconfiado, bajaba á comer el grano que Lila le arrojaba. Ahora, como antes, estaba sobre el pretil cubierto de hierbas invasoras, abriendo su picazo negro y reluciente, y ensayando nuevos *scherzos*. Estos cantos de su alado amigo le parecían á *Lila* de buen augurio; no desesperaba y como estaba sola, pues no había que contar con el niño paralítico de las piernas, por cuidar á su madre no quiso molestar al doctor hasta el último momento. Durmióse confiada.... *¡Pobre Lila!* En la mañana, mientras descansaba de las continuas veladas, murió mansamente la señora, sin una queja, sin ruido, dulcemente, como un vieja cigüeña en su torre abandonada.

Deciros, mis bellas lectoras, la terrible sorpresa que re-

cibió la huérfana, sería inútil. Aquellas de vosotras que hayáis sufrido ya este crudísimo dolor, comprenderéis la desesperante situación de la infortunada. Lloró, lloró sin descanso abrazada al cadáver de su querida madre, sintiendo un gran vacío, un vacío inmenso en su vida; y la infeliz niña, antes tan aleg e y vigorosa, después de rudos combates físicos y morales, doblegóse como un lirio carcomido por voraz plaga. A su vez cayó en cama, presa de una intensa fiebre producida por la espantosa conmoción que el fatal acontecimiento le acarreara y que fué minando poco á poco su fuerte organismo, que lo fué destruyendo sin cesar, violentamente, despiadadamente...... Y lo peor y lo más doloroso fué que el joven doctor, ignorante de lo ocurrido, ni se daba prisa á regresar. Agotáronse los últimos recursos de la moribunda con el entierro de su madre. Unos cuantos vecinos caritativos arreglaron el sepelio, y la difunta fué sacada y sepultada sin más pompas ni ceremonias, tan silenciosamente, que la enfermita ni se percató de ello: yacía en un estado de coma invencible que la tenía aletargada por completo.

Una vez cumplida su macabra misión, las gentes se fueron, indiferentes. Una se encargó de escribirle al médico y con ésto creyeron como sucede en tales casos, que su deber estaba cumplido. Aquella á quien tanto amaban quedaba casi en la miseria y no había para qué ocuparse más de la desgraciada. Ellas se irían á sus respectivos trabajos, como siempre. Solamente el hijo adoptivo de la recién muerta, el pequeñuelo paralítico de las piernas, escuálido y macilento como un gatito flacucho, quedó ahí al lado de *Lila* para presenciar más bien que para evitar su agonía.

Este era tan endeble, tan torpe, tan inútil á causa de su delicadeza é inamovilidad inferior, que no servía de nada limitándose únicamente á llorar cuando la buena hermana

que antes lo mimara tanto, jadeante y desesperada se agitaba sudorosa en el humilde lecho gritando con delirio:

—¡Madre mía de Guadalupe! ¡Madre Santísima! no me dejes solita en el mundo!

Y luego añadía balbutiendo con ansia infinita:

—¡Agua!...... ¡agua!...... ¿Por qué no me dan agua? ¿Por qué no viene mi Pepe?.... ¡Madre mía de Guadalupe! ¡Madre Santísima! no me dejes solita en el mundo!....

El pobre chico azorado retorcía sus bracitos descarnados, con desesperación. ¡Nada, absolutamente nada podía hacer por su *Lila*! ¿Cómo darla el precioso líquido que pedían aquellos labios secos y pálidos, si no podía moverse, clavado en aquella horrible silla de *tule*? Y luego él también estaba desfallecido, sentía vértigos de hambre y una sed horrorosa.

—Cállate, mi *Lilita*, no llores, cállate,—la consolaba.

Era posible que algún vecino condolido acudiese. Gritó.

—¡Doña Luisa! ¡Doña Luisa! ¡*Lila* se muere!......

Pero su voz no se oía: era débil y vaga como la de un hambriento polluelo. Además, ¿quién acudiría si todos se habían ido á la tradicional *verbena*? Considerando su impotencia rompió á llorar, atormentado por aquel angustioso grito:

—¡Agua! ¡agua!......

Allá afuera, en el pequeño patio herboso, adornado por algunas parras que ya comenzaban á mostrar sus brotes de esmeralda en las ramas retorcidas como dislocados brazos que con angustia impetraran misericordia al cielo rabiosamente azul é impasible, caía la luz del sol primaveral á torrentes; los petulantes gorriones se bañaban en el manantial cristalino y alegre de la pila musgosa lanzando lluvia de líquidas perlas al agitar las ondas con sus alas inquietas; dos mariposas de un verde pálido, semejantes á

tiernas hojas de abedul, revoloteaban sobre la canal rojiza y agrietada; una gallina de plumaje color de canela, gorda y ampulosa como una fondera regañona, picoteaba los azulés tiestos de rojos mastuerzos que rodeaban el lavadero de gris y lisa piedra, manchado por la anilina violácea que *Lila* empleara para teñir su viejo traje pringado de racimos de uvas, aquel mismo traje con el cual la conoció el doctor; y las campanas de San Marcos, atacadas de gozo inusitado por la llegada del gran día, se carcajeaban á más y mejor como una libre turba de pilluelas en vacaciones.

De la calle, animada por tragín creciente, llegaban murmullos, silbidos, trepidaciones de carruajes y gritos:

—¡Horchata fresca! ¡horchata fresca de limón! ¡Caña azucarada! ¿Quién toma la nieeeeve......! voceaban los vendedores ambulantes.

Y *Lila* bañada en sudor, desfallecida, olvidada, con los labios pálidos, ardientes y resecos, clamaba lastimosamente:

—¡Agua!...... ¡agua!.... ¿Por qué no me dan agua?...... ¿Por qué no viene mi Pepe?.... ¡Madre mía de Guadalupe! ¡Madre de los pobres! me muero...... me muero!

La contestaban los furibundos gritos que desde la Plaza de toros venían:

—¡Bravo, *Parrao*, bravo!

Se oía el aplaudir rabioso de la estúpida muchedumbre, resonando como una poderosa matraca de Jueves Santo.

Pero luego *Lila* cesó de gritar, agitóse por breve rato en el lecho húmedo y quedó fatigada por el esfuerzo, inmóvil, respirando á la manera de una oveja que degüellan.

La atmósfera del cuarto era pesada, sofocante, densa y calurosa. Un rayo penetraba ya hiriendo con su oro vivísimo una estera sobre la cual vino á echarse la ampulosa gallina con sus alas extendidas, agitando nerviosamente

su aguda lengua de grana y lanzando como dentro de un cántaro su ronco y grave:

—*Cloc, cloc.*

El inocente niño, creyendo que *Lila* dormía ya más tranquila, olvidó por de pronto la sed, el hambre y los temores que le devoraban, y arrancando fragmentos de caliche que desprendía de la pared maltratada y vetusta, se puso á arrojarlos sobre la gallina. Un parlero canario, el favorito de la moribunda, saltaba dentro de su jaula, trinando levemente como temiendo despertar á su ama, y picoteaba una hoja de lechuga ya media seca. Y aquellas campañas de San Marcos, ¡Dios justo! que seguían carcajeándose como una traviesa turba de pilluelas en vacaciones, esparcían un ruido endiablado, ensordecedor; apenas en los momentos de tregua, cuando se perdían sus últimas vibraciones, oíase de nuevo la respiración fatigosísima de la pobrecita enferma.

De pronto despertó ésta, abrió desmesuradamente sus ojos irritados y vidriosos por la tremenda calentura, y levantando los brazos exangües, cuyo color blanco se confundía con las mantas de fustan, como queriendo dar el supremo abrazo á una visión querida, exclamó con voz apagada, doliente, amorosa, ternísima:

—¡Pepe! ¡Pepe mío! ya no volverás á ver á tu pobre *Lila!* Pero...... allá.... a......llá...... arriba......nos...... amarem......

En este postrer instante de lucidez, no pudo articular más; dejó caer pesadamente sus brazos, lanzó un débil gemido y espiró.

En aquel triste momento abrieron con precipitación la puerta de la calle, y la chillona voz de la señora Luisa, su próxima vecina que había estado ausente, gritó:

—¡Niña! ¡niña! aquí está el señor doctor, Don José!

El paria paralítico repantigado en su silla de martirio, lloraba á lágrima viva. La gallina huyó cacareando.... y después, sólo se oyeron terribles sollozos mientras las campanas de San Marcos seguían carcajeándose, carcajeándose inexorablemente......

EL ENVIDIOSO

"Quien hoya cava, en ella caerá, y quien vallado deshace, le morderá culebra."

(Eclesiastés. Cap. X, Vers. 8.)

EL ENVIDIOSO

Todos sus compañeros le decían "El Ratón;" su verdadero nombre era Jacinto Montes. Hijo de un pobre panadero, Jacinto había pasado los primeros años de su vida en la ignorancia y la oscuridad más completas, sumido allá en la callejuela hedionda que á mañanas y tardes se impregnaba, sin embargo, de un sabroso olor á pan cocido.

Componíase la panadería de un reducido cuartucho donde se expendían los calientes bollos, amontonados sobre el forro de zinc del mostrador sucio, negruzco, recubierto en su frente por una gruesa capa de grasienta mugre que los marchantes del apartado barrio habían ido acumulando con el constante roce de sus mandiles enhollinados, oleosos, de sus mantecosas enaguas y de sus manazas olientes á carne fresca y á cebolla, que jamás probaban el agua. Un gran letrero en caracteres de papel esmaltado sobre fondo negro: "No se fía," y una imagen de San Juan Nepomuceno, se destacaban en un armazón de madera todo salpicado de excrementos de moscas, con sus correspondientes tablas atestadas de roscas, *bolillos*, *teleras y chamucos*. Detrás, un estrecho pasadizo, húmedo y sombrío conducía á otra pieza más extensa, miserablemente amueblada, con dos ó tres rinconeras de patas en forma de S alargada que sostenían

grandes capelos de vidrio entre los cuales se veían santos de cera vestidos de raso; pericos de yeso, con inumerables estampas y figurines de todos géneros cubriendo las desconchadas paredes donde las arañas tendían sus intrincadas telas polvosas, con dos lechos antiquísimos de madera pintada de verde oscuro en uno de los cuales, que lucía espesa colcha de cuadros añadidos y abigarrados, dormían Don Fabián y la señora Juana, padres de Jacinto; y en el otro, blanquísimo, de latón, hasta lujoso, este último que pasábase los días enteros tumbado sin hacer nada, con la voluminosa cabeza apoyada sobre las manos entrelazadas bajo la nuca, tendido boca arriba cuan largo era, los brillantes ojillos oblícuos y negros, origen de su apodo, fijos en los largos tarugos torcidos del techo, soñando en grandezas imposibles que iban infatuando su burda razón de ignorante paria; y mientras, allá, en el bodegón del amasijo que despedía un fuerte olor de agria levadura, y en los ahumados hornos á los cuales se llegaba atravesando un patio empedrado y fangoso donde crecían robustas ortigas entre las junturas de las piedras, y se alzaba una raquítica higuera nudosa de color de pizarra, y dormitaba amarrado á una estaca un gallo viejo, pelón, tuerto, cuyas patas causaban asco por lo escamosas y repugnantes, oíase constantemente el golpear de la masa sobre las sudorosas espaldas de los obreros, el precipitado resoplar de éstos y el crepitar de los hornos que arrojaban por sus anchas chimeneas, acres y espesas bocanadas de humo.

El viejo Fabián, un hombre incansable á pesar de su obesidad, alto, atlético, renegrido, en mangas de camisa, con su sombrero de inmensas alas eternamente encasquetado en la amelonada cabeza, su enorme barriga reciamente ceñida por una roja banda á guisa de cinturón, sus pantalones grises manchados de harina, y sus rechinadoras *teguas* amarillas claveteadas y torcidas, daba órdenes con

voz robusta y destemplada, con el grosero acento de nuestra gente baja; andaba de aquí para allá quejándose de sus callos, inspeccionándolo todo, vigilando á los panaderos, dando sus órdenes:

—¡*Eoa*, tú, *Pitacochi*, atiza más el horno! Tú *demontre* de Nazario, no miras que le falta más *güevo* á esa pasta?.... Saca más agua del pozo, *Rucio*, *pa* que frieguen las tinas; y tú, Juana, á ver si te estás pendiente de los *entriegos: ora* en la mañana *ái* vino á decir la *curra* de *enfrente* que no le llevaban temprano los *virotes* y *guaguarió* hasta que le dió la gana...... *Pos* cómo ha de atender uno á todo, hombre!

Soltaba una palabrota, encolerizado. Todos eran unos flojos que no sabían desquitar el jornal y le robaban. Además, la harina, los *blanquillos*, la manteca y el azúcar, estaban por las nubes. Los marchantes ya no le querían *mercar* sus *semitas* ni sus *cocoles* porque estaban más chicos y aseguraban que sabían al *vivo salvao*...... Así, cómo había de andar el negocio? Luego, hasta su compadre, el que le *metiera el hombro pa* levantar aquello, se había *rajao*......

Se arrancaba los sudorosos pelos, jurando, echando pestes contra todo el mundo; y su vozarrón de toro irritado dominaba el griterío de las viejas que se apretaban en el pequeño expendio, empujándose, pisoteándose, agitando sus canastas, pidiendo todos á un tiempo la necesaria mercancía:

—Doña Juanita, tres *manos* de *diaguinas*!

—Despácheme, *siñas* Fabián, que se me hace tarde y todavía tengo que ir hasta el *Merca* de Terán: ya tengo aquí dos horas.

—A ver mi feria, *mialma*; me falta real y cuartilla...... ¿No *mido* que le dí un peso?

—¡Andele, *siñora*, *pue* hasta qué horas me da *medio* de *estribos*!

—¡Mis pilones! ¡mis pilones!—gritaba una chiquilla rubia y haraposa.

—¿No hay *torcidos de huevo*? ¿No? ¡Um!......

—Yo ya me voy: aquí no la despachan á uno luego, luego. Todos se vuelven *borucas*.

—¿*Quiubo*, *chula*, qué sucedió del *tornillo* que le pedí?

—¡Cuatro reales de pan francés!

—¡Un *beso*!

—Una *enmantecada*!

—Un *chamuquito*!

Los dos viejos no hallaban á quien atender. Apesar de su larga práctica en el despacho, se aturdían, perdían la calma entre aquella formidable barahunda. Don Fabián exclamaba iracundo:

—¡Voy! voy! No tengo cuarenta manos!

Les arrojaba el pan con rabia, cansado ya de aquella vida.

Sin embargo, era un buen hombre. Todos sus desahogos pasaban como una intempestiva tormenta, y volvía á ser el pacífico viejo; que sufría un gran pesar: el de ver á su hijo predilecto, Jacinto, tumbado ahí todo el día como un perro holgazán, sin querer trabajar en nada, comiendo y durmiendo únicamente.

—¡Ayúdame, hombre,!—le decía con frecuencia y en teno de dulce reproche. Ya estoy cansado y viejo, tu, madre trabaja mucho; apenas sacamos lo necesario; y tú; que eres un hombre hecho y derecho, te estás tirado todo el santo día de Dios roncando como un cochino.

Jacinto gruñía, fruncía el ceño y se incomodaba:

—Yo quiero estudiar,—decía. Quiero ser licenciado y no un infelíz panadero, ya te lo he dicho, padre, déjame.

—Sí, déjalo, Fabián,—asentía doña Juana. El muchacho no nació para ésto. Esto se queda para nosotros, que somos unos brutos, pero no para él. ¡Quien sabe si mi

hijo llegue á ser deveras un gran *licenciado*! Lo haremos que vaya á la escuela. Tú y yo seguiremos trabajando, y con nuestros ahorritos no le faltará nada: para eso somos sus padres......

Después añadía dulcemente:

—Tenga, tenga, mi hijo, su peseta, váyase á dar la vuelta, que mientras viva su madre, nada le ha de faltar.

El flojo Jacinto se desperezaba, se vestía con aparente fastidio, disimulaba su alegría, daba dos ó tres vueltas por la pieza para desentumecer sus arqueadas piernas, embolsábase el dinero, cogía su sombrero y salía á la calle no sin haber hurtado uno ó dos duros del cajón donde se guardaban las ventas, cantidad que derrochaba en copas, regalos para sus novias, paseos al río, almuerzos y compra de novelas, porque Jacinto, aún cuando no había estudiado en ninguna escuela, sabía leer, única cosa de provecho que aprendiera en sus largos días de *dolce farniente*.

Y estos robos se verificaban á diario, sin que los bondadosos ancianos pusieran el necesario correctivo.

—Ya está grande. Las mujeres......—decía maliciosamente doña Juana.

Tales substracciones precipitaban la casa á una segura ruina, pero ni Don Fabián se amilanaba por ello, ni Jacinto procuraba disminuirlas dado como era á figurar en primera línea entre sus compañeros de vagancia que lo explotaban á fuer de redomados pillos; y tanto lo ensalzaban, y tanto alababan su natural talento, que él llegó á creerse más inteligente que el mismísimo Padre Eterno.

Entretanto, su madre, durante los momentos de poco trabajo, le zurcía, le lavaba y le planchaba la ropa; procuraba que siempre tuviera vestidos nuevos, flamantes y caros; comprábale buenas corbatas, sombreros y calzados; cuidaba de que nunca le faltaran cigarros ni omitía sacrificio alguno para la mayor comodidad del inútil perezoso.

que pagaba todo ésto con malos modos, insolencias y humillaciones. El mejor lecho, el pan más fino, la chuchería más bonita, eran para el hijo mimado. El otro, un pobre diablo enteco, cascorvo, con cara de musaraña, menor que Jacinto, trabajaba de aprendíz en una sastrería; pero nadie se ocupaba de él: era como el hongo de la casa.

—Jesús, llévales de cenar á los puercos.

—Jesús, anda á comprar el mandado.

—Jesús, barre la calle.

—Jesús échale su *máiz* al gallo.

Y Jesús, antes de marcharse al taller, barría el despacho, aseaba la habitacion de Jacinto en la cual dormía tirado en una *zalea* llena de pulgas, barría también el herboso patio y el corral donde gruñían dos ó tres cerdos bajo los haces de leña verde; y cuando regresaba todo mustio y encorvado, soportaba las insolencias y golpes de su hermano mayor que lo tenía dominado como á sus débilos padres. Era, en fin, el mozo, el esclavo de tod s, hasta el mandadero de los peones que lo obligaban á llevarles *tragos* de mezcal á urtadillas del temperante Don Fabián

Apocado y tonto, se quejaba:

—No me pegues, Jacinto, no seas mala gente......

Una vez, habiéndose reusado á limpiar el calzado del Sr. Don Jacinto, éste, alevosamente lo empujó contra la puerta del horno. El infeliz cayó de bruces sobre los leños ardientes y sufrió tan graves quemaduras en el rostro, que para siempre quedó desfigurado, como si se hubiera salvado de la viruela negra, con horribles cicatrices que le daban un aspecto lastimoso y ridículo.

Tan malvado é injusto proceder, le valió al "patón" una sencilla reprimenda de sus padres. Envalentonado, sabiendo que éstos soportaban y consentían todas sus maldades, hízose el amo absoluto de la casa no pasando

día sin que algún sufrido operario fuera despedido de ella porque al *niño* no le parecía bien que aquel tuviese algo que éste envidiaba. Repetía á menudo:

—Yo soy superior á ustedes.

Y de tal manera los había sugestionado, que ya todos lo obedecían sin réplica.

Por fin, tras muchos ruegos y lloros de sus padres, el haragán accedió ingresando desde luego á la escuela donde huelga decir que fué el más desaplicado, insolente, envidioso, y altanero de sus condiscípulos. Un objeto ajeno, bastaba para despertar su envidia; una posición superior á la suya, para aumentarla. Si algún compañero tomaba una iniciativa, él se la apropiaba. A su propio juicio, lo mismo en insurrecciones escolares, que en travesuras, triunfos ó adelantos, él era el alma de la escuela. No soportaba que nadie lo humillara; exigía sumisión, afecto y respeto de los demás, aunque él mismo los odiara gratuitamente. Así, envenenando su pecho con secretos y nuevos rencores, iba sintiendo poco á poco, sin darse cuenta de ello, un odio tremendo contra todos y contra todo; pero cobarde é hipócrita, comprendiendo que su baja posición social sólo le acarreaba punzantes sátiras y amargos desengaños, no osaba enfrentarse con ninguno, sino que los hería á mansalva, pérfidamente, con la acerada punta de su facundía calumniosa.

A la edad de diez y siete años ingresó al Instituto con más hiel en el corazón que saber en el cerebro. Sus exigencias y ambiciones aumentaron con su tenacidad de una manera alarmante. Su voz, como que ya era la de todo un señor estudiante, adquirió un acento pedantesco, autoritario, inapelable, silbando las *eses* y frunciendo los burdos labios de autentico chichimeca, con ridículo gesto de viejo dómine. Hablaba, y alargaba la boca para hacerla aparecer pequeña y graciosa; tomaba afectadas posturas si

de algún asunto serio se trataba, y externaba su opinión con aplomo, cínicamente, como gloriándose de poseer una razón recta ó un genio de vidente. Procuraba, además, rozarse con gentes ilustradas, ya para rebatir por el sólo placer de distinguirse, sus opiniones, ya para atesorar conocimientos con los cuales deslumbraba más tarde á sus intonsos compañeros. Entre éstos, calumniaba é insultaba á aquellas; con estas, demostraba un profundo desdén hacia la juventud luchadora. Era Cuasimodo con el alma falaz de Yago. Su físico estaba á la altura de su ser moral, y como todos los individuos de alma monstruosa, le agradabo ir bien acicalado creyendo que un lujoso traje ocultaría los defectos de su persona. Ya no fué el muchacho malcriado que se contentaba con un mediano traje: ahora exigía ropa bien cortada, sombrero de bola, altos cuellos postizos, botines de charol, reloj de oro y todo ese boato propio de los *snobs* sin meollo y sin dinero. Quería igualarse á ellos si no por la nobleza (?) de la cuna ó la influencia del capital, sí por la manera exagerada de vestir. Considerábase profundamente humillado al no sobreponerse á ellos en todo, y como preciso es confesarlo, poseía un poco de talento, logró dominarlos con su verba hueca en la que nadaba como una gota de aceite que se ensancha sobre la superficie de un charco, su solapada agresión contra todo individuo de más valer que él. Si tal ó cual, hastiado de su tiranía, lo apostrofaba enérgicamente, cambiaba de táctica y lo adudaba por miedo; pero más rencoroso que nunca, en ausencia de aquel difundía versiones asquerosas, versiones que más de una ocasión le valieron sonoros bofetones. El sólo hecho de que otro pudiera más físicamente ó moralmente que él, bastaba para agigantar su innoble conducta. Tenía además un dón especial para intimar con los desconocidos á quienes deseaba atacar: halagándolos y censurando á los enemigos de és-

tos, lograba que le abrieran sus almas y una vez conocidos los sentimientos íntimos, abusaba cobardemente propalando lo que se le había dicho confidencialmente. Si hubiera nacido apóstol, habría vendido á Jesús. Para él no existía ninguna idea noble; ante su egoísmo lo sacrificaba todo: patria, sociedad, familia. Fué una precoz maldad la suya. Era como una planta de beleño que ya al nacer envenena. ¿Cómo, por qué raro misterio psicológico, aquellos dos buenos viejos habían engendrado un sér tan deforme y anormal? ¿Desde qué ignorado bisabuelo venía el espermatozoide maldito? Ciertamente que todos los hombres llevamos más ó menos arraigado el gérmen del mal, pero en Jacinto se manifestaba reconcentrado, refinado. Diríase que en sus circunvoluciones cerebrales, sólo predominaba lo que crea la destrucción. Donde quiera que estuviese, Jacinto destruía: principios, ritos, afectos, lo mismo un mueble que una reputación, y al hacerlo, reía diabólicamente, con una risa tan repulsiva, tan inhumana, tan patológica, que al oirla causaba un indecible malestar: era su arma la más temible; cuando él reía, todos lo abandonaban...... Para dar una idea mejor de la sensación que su risa producía, imagínese el lector la absurda risa de una tarántula monstruosa que gozara al clavar en él sus velludas patas horrendas y lo magnetizara con el frío brillo de sus ojos saltones y espectrales...... Mas, por fortuna, él mismo desconocía el poder de tal manifestación, y cuando penetraba á su alma para profundizar el abismo de ella, descendía como un murciélago, aleteando entre el obscuro pozo del que parecían emanar mefíticos miasmas que lo embrutecían, azotando con sus negras anfractuosidades en cada una de las cuales lo atenaceaba una amenazadora antena, lo estrujaba una invisible garra, lo pellizcaba una férrea tenaza, lo asfixiaba un helado tentáculo, ¡minábalo

algún taimado barreno, lo hería algún enorme colmillo, lo succionaba alguna voraz ventosa, lo desgarraba alguna uña gigantesca, lo rozaba alguna fría escama ó lo suspendía algún garfio áseo para martirizarlo y mostrarle ahí en el espantoso vacío, toda la horripilante serie de pasiones que lo esclavizaban; y ni una luz en el fondo, ni un reflejo consolador; solamente el eco siniestro de su risa que retumbaba sordamente como los inofensivos truenos del Despecho encadenado....

Muchas noches, á solas, se roía el alma pensando en su impotencia. El quería desquiciarlo todo de una vez, derrumbarlo, aniquilarlo, ahorcar á la humanidad entera con un sólo lazo para saciar su loco rencor y su irracional venganza. Lo invadía una macabra tristeza, la terrible y devoradora tristeza de *querer* y no *poder;* sufría un lento martirio, comparable al del iluso que intentara ascender hasta lo infinito para arrancar una brillante estrella...... En la oscuridad infernal de esas noches larguísimas, lo asaltaba una cólera reconcentrada; descargaba furiosos puñetazos y mordiscos sobre las almohadas, como si la humildad de aquel lecho fuera la causa de todos sus punzantes sufrimientos. El roncar apacible de su familia, descansando en paz después de la febril faena cuyo producto era para mantener la falsa posición, los crecientes vicios y las punibles ambiciones de él, causábale ira, le parecía grosero, indigno de su pensamiento paradójico. Aquella tranquilidad de conciencia que su familia disfrutaba y la relativa dicha de los demás, constituían su mayor tormento. El hubiera querido substraerse á su contagio, humillábale pertenecer á unos padres así, tan sencillos, tan humildes y tan honrados. Se juzgaba superior á ellos, considerando como un alto favor el permanecer á su lado, acostado ahí en aquella modesta cama, bajo aquella miserable casuca que su pensamiento no podía convertir en opulentísimo palacio. Pero

lo que más le indignaba era sentir que por sus venas corría la sangre plebeya, *la maldita sangre de los pobres* como él la llamaba.

Habiendo leído á Nietzche, pensaba en la aristocracia del talento y se la aplicaba. Después venían las máximas de Gorki, de Renán, de Zolá, de Hartman, de La Carte, de Ruskin á enturbiar su cerebro, á tirar de su *yo* de un lado á otro para arrojarlo indeciso y exánime en las vaguedades de la duda. Parcialmente admiraba sus genios, pero sin acertar á descifrarlos y sobretodo sin hacer una selección de buenas ideas que en conjunto le dieran la clave de la felicidad soñada, prorumpía su frase favorita:

—¡Qué imbéciles! Son unos pigmeos......

Naturalmente, ante las personas sensatas, aparecía cómica su filosofía, movía á risa, inspiraba compasión aquella su errónea comprensión de la Vida y de la Fuerza. Daban ganas de decirle:

—¡Oh, tú, sapientísimo "Ratón," excelso dios Jacinto, ya que tan grande y poderoso eres, destruye el mundo y crea otro á tu sublime antojo!

El renegaba; precisamente aquella indiferencia y desprecio de muchos, lo traían calenturiento y abismado. Comprendía que su oscura personalidad, que su traje excéntrico, que su fácil verba, en nada influían para captarse el respeto y el cariño de ellos, y esta consideración embargaba de tal modo su espíritu, que sentía indomables ansias de apuñalearlos á todos, de escupirlos, de pisotearlos, de pegar fuego á su propia casa, al Instituto, á la Ciudad, á la República, al mundo, al Universo entero! Anhelaba la gloria, pero quería que ella descendiera á él sin que á su encalabrinado intelecto le costara sacrificio conquistarla. Y entonces, razonando en todo ésto, febril, desesperado, hecho nudo bajo las mantas, las crispadas manos arrancando el erizo pelo que semejaba una espinosa melena de

puerco-espín, las uñas empotradas en el cuero cabelludo hasta ensangrentarlo, los párpados fuertemente cerrados, resoplando por la nariz de lascivas alas que se contraían y ensanchaban como las de un tigre encadenado á dos pasos de la víctima ensangrentada, torvo, malévolo, se oía el rechinar de sus dientes en el silencio de la noche, como el que produce la escofina al morder el hierro, como el de la sanguinaria hiena que al pie de su caverna tritura nervios correosos......

Estas noches de insomnio, para él tormentosas y eternas, pasaban dejando en su rostro la huella de un beso negro, y, en su alma, el asqueroso fiemo que se iba acumulando paulatinamente en el fondo hasta cegarla, hasta dejarla desprovista de todo sentimiento bueno y humanitario. Hay abortos así, leprosos del alma, que ostentan con satánico orgullo las podredumbres todas de la humanidad: Jacinto era el perfecto tipo de ellos, tan perfecto, que cada mañana levantábase con nuevos planes de vengativa guerra. Aparecía tranquilo en apariencia, con la sardónica risa aquella manchando sus labios, el ancho torso echado hacía atrás con arrogancia, la raquítica frente altiva, el cuello sumido en los encoginados hombros, limpio y reluciente el postizo, flotante y enorme la corbata de bardo modernista, el libro bajo del brazo, el andar pretencioso y desgarbado, fumando con afectada insolencia un oloroso habano y dándose ínfulas de gran señor, siempre con aquella mueca chocante de sus labios gruesos y carnosos.

Atravesaba la plaza.

—Doy betún á su calzado, *mi jefe?*—le decía algún piluelo limpia-botas.

—¡No, chico, lárgate!—protestaba él contrayendo el gran zigomático izquierdo y dejando ver sus colmillos amarillentos, remendados con oro, según la moda de estos tiempos.

Atravesaba después las calles exhibiendo su corta estatura, atuzándose el erizo bigotillo caído como el de los chinos, lanzándoles miradas de risible desprecio á las muchachas que encontraba, criticándolas para sus adentros, muy satisfecho de su *chic* y muy ampuloso. Si de paso tropezaba con algún maestro suyo, lo saludaba con estudiada cortesanía, pero apenas alejado éste, Jacinto murmuraba como siempre:

—¡Qué estúpido! ¡Es un pigmeo!

Y el talentoso gigante llegaba al Instituto, escupiendo de lado como la gente sin educación, rodeado por tres ó cuatro de sus inexpertos admiradores, de sus *pablitos* como él los llamaba, unos pobres entes que por miedo á sus burlas ó por desconocimiento de su carácter, lo veían con respeto y con admiración.

El, entonces, entre la turba de estudiantes, peroraba, disentía, blasfemaba, predicaba su filosofía con retumbantes frases de oropel que en los analfabetos oídos de su público, sonaban como campanas argentinas.

—La Religión es una solemne porquería. No existe más que el culto al *yo:* todos somos dioses. Convengan ustedes conmigo en que......

—¡Bravo, Jacinto, bravo!

La chusma lo aplaudía sin que faltara algún irredento guasón que lo satirizara:

—¡Cállate, "Ratón" farsante; mejor anda á vender pan!

El chusco se escabullía seguido por las irritadas miradas del filósofo.

Este oía á cada momento la eterna burla, incapaz de borrar su origen humilde que para otro hubiera sido timbre de noble orgullo. Su hipocresía, su odio y su amor propio, fuéronse agriando hasta pintar su renegrida tez con un tinte verdoso de bilioso ególatra, y de tal manera

evolucionó su espíritu, que en el último año de estudios preparatorios se proclamó ¡poeta!

Ya con anterioridad, como se ha visto, habíase dado al cultivo de las letras, un cultivo sin fruto, imaginario. Leyó á Homero, á Eschilo, á Anacreonte, á Virgilio, á Píndaro. Se impregnó con el incienso de la Belleza, él, que atacaba y negaba la Belleza. Clamaba contra la Poesía y sin embargo se dejó crecer la melena é intentó hacer sonetos que nadie conoció. Olvidando la sempiterna serpiente que anidaba en su alma, dedicábase con ahinco á leer también los libros de los grandes autores modernos, y de todos ellos, con prodigiosa memoria, recopilaba frases, versos, pensamientos, páginas enteras que después recitaba entre sus disertaciones formadas con los más escandalosos plagios. Su mayor gusto era reprochar á alguno de sus amigos diciéndole:

—¿Conoces "La Reliquia" de Eça de Queiroz?....

—No.

—¿Y "La Resurrección de los Dioses" por Merejowski?

—Tampoco.

—¿Y el "Agamenón" de Eschilo?

—Menos.

—Entonces eres un pigmeo, un estúpido!

—¿Y tú, Jacinto, conoces "La Envidia" por el "Ratón?"

No contestaba, se roía las uñas y se alejaba dando muestras de olímpico desprecio.

En música era un recto crítico. Daba su opinión acerca de la marcha evolutiva del divino arte; atacaba á Wagner como el más empedernido defensor de la escuela antigua; censuraba acremente á los clásicos; externaba locos juicios combatiendo á Weber, á Beethoven, á Mozart y á Schuman. Verdi era para él un viejo voluble, sin genio; Puccini, un

ridículo sentimental; y todo por el afán de herir, de contradecir, de sostener su papel de *poseur*.

Un nuevo vicio, agregado á la ya larga serie de los que arraigaron en su espíritu, vino á desprestigiarlo completamente: una vez, y en su manía de superar á todos, inició la idea de fundar un periódico. Su mira secreta era popularizar su nombre y hacerse admirar del público para lo cual contaba únicamente con su admirable audacia. Su proposición fué acogida con entusiasmo por parte de maestros y estudiantes, prosperó, reunióse la cantidad suficiente para realizar el proyecto, y á los pocos días vió la luz pública un semanario literario que se titulaba «El Pendón,» órgano del Instituto de Ciencias y á cuyo frente como era natural apareció Jacinto de Director. Ver su nombre en letras de molde y acrecerse el hombre, todo fué uno. Desde las columnas del estudiantil semanario, en artículos mal pensados y pésimamente escritos, pero muy bien embozados con su maestra perfidia, vociferó de todo, lo calumnió todo, insultó al pueblo, al clero, al gobierno; vació la letrina de su indignado cerebro, descargó su infinita envidia contra indefensos ciudadanos, insultó también á los verdaderos literatos, atacó los principios más sagrados, blasfemó de Dios, de la Naturaleza, de la Ciencia, del Arte. ¿Dios? Era un pigmeo. ¿La Naturaleza? Una solemne porquería. ¿La Ciencia? Una cosa estúpida. ¿El Arte? Una mentira para engañar bobos. Y por fin, perseguido por la Justicia, denunciado por sus propios colaboradores á quienes engañara, y para coronar dignamente su obra destructora, que sinceramente él creía noble, huyó de la Ciudad llevándose los fondos pecuniarios del periódico......

¡Era un ladrón!

Aquella infamante conducta no fué castigada. Aquel imborrable estigma puesto injustamente sobre las honradas frentes de sus padres, causó á éstos pesar tan grande, que

Doña Juana enfermó gravemente de fiebre y murió al poco tiempo balbutiendo desolada:

—¡Mi hijo es un ladrón! ¿Qué le faltaba?.... ¡Dios le perdone como yo ya le he perdonado!......

Habíase olvidado ya la hazaña del libelista, cuando transcurridos tres años, el prófugo regresó aparentemente arrepentido. Pidió y obtuvo el perdón del generoso Don Fabián y le prometió enmendarse yendo á la Capital á reanudar y completar sus interrumpidos estudios.

Sin embargo, dos años perdidos en francachelas y orgías fueron el cumplimiento de tan seria promesa. Pero él engañaba á su cándido padre escribiéndole que estudiaba mucho, que sus profesores le estimaban demasiado, que había *doblado* años, que ya muy pronto se recibiría de abogado y que, por último, su nombre era cantado en la Prensa metropolitana como una futura gloria del foro patrio.

El pobre viejo ya achacoso, ignorante y creyente, no omitía pues gasto ninguno para la completa educación de su mentiroso hijo. Era de verle allá, en la panadería misérrima trabajando, ahorrando siempre un dinero penosamente ganado que íntegro iba á dar á las manos del degenerado Jacinto. Conformábase con lo que llevaba Jesús, y así, con dificultad, se sostenían ambos mientras el despilfarrador se ocupaba más de leer novelas y poesías, que de atesorar conocimientos jurídicos, y como le sobraba el dinero, los literatos vagos y sin reputación, borrachos como él, como él envidiosos, lo explotaban á más mejor titulándolo "El Pactolo." Honrado verdaderamente con la amistad de tan *altas personalidades*, creaba versos en su magín, escribía sendos volúmenes de ciencia patológica, inmortales obras revolucionarias que derribarían el actual estado de cosas y acabarían con todos los tiranos, obras,

volúmenes y versos que jamás traspasaron las duras paredes de su enfatuado cráneo.

—¡Ah! mi libro "Iniciaciones!"......

—¿Lo publicará Ud.?

—¡Claro, hombre, claro!

—¡Oh! mi libro "Medallas, Frisos y Chapiteles!"......

—¿También?

—Más tarde, más tarde.

—¡Oh! mi libro "Sinfonías liliáceas!"

—¿Muy bello, eh?

—¡Ya lo creo! Como que empieza:

"Yo soy el alma lila de los versos ignorados,
Yo soy la sinfonía de los brunos facistoles.
Reverentes cual mongoles,
luminosos como soles,
en mí vierten......"

—¡Caracoles! Deveras que es Ud. un poeta incomprensible!

—Sí.... no me comprenden: por eso me persiguen. ¡Qué quiere Ud.!...... la envidia......

—Este tipo es un farsante en toda la desnuda acepción de la palabra,—murmuraba un oyente al despedirse.

—¡Qué estúpido! ¡Es un pigmeo!—decía para sí Jacinto estrechándole la mano.

—¡Adiós! mi querido vate!

—¡Adiós! mi inteligente amigo!

Y se entraba á la más próxima cantina donde en compañía de sus inseparables amigos apuraba grandes vasos de ajenjo y repetía las frases de costumbre:

—¿Zolá? Convengan ustedes conmigo en que Zolá fué un marrano. ¿Gorki? Es un vago. ¿De Musset? Fué un llorón. ¿Víctor Hugo? Un viejo chocho, un rebuscador de ases...... ¿Tolstoy? ¡Oh! la faena servil, el retroceso, la

esclavitud! ¡Un santurrón! ¿Baudelaire? Era un degenerado. ¿Dostoyeuski? ¡Otro pigmeo! ¡No hay nada que sirva ni en la literatura que fué ni en la que es; ni en los autores extranjeros ni en nuestros estúpidos autores. Todos son unos protoplasmas, unos pequeños....

Se atuzaba el erizo bigotillo, caído en la "reverencia" de sus "mongoles." Solamente Vargas Vila era su ídolo. Las cadentes frases del viril escritor le entusiasmaban.

—Yo y Vargas Vila pensamos......

Daba rienda suelta á su orgullo, á su egolatría, y desde luego repugnaba oirlo hablar de aquella manera tan ciega é irrespetuosa, comprendiéndose á las claras que el tal monomaniaco iba derecho al abismo de la locura y de la degradación más completas.

—¿Pero hasta cuándo publicas algo, Jacinto?—repetía cualquiera de sus camaradas.

—¿Yo? ¿Publicar algo en periódicos pigmeos?...... ¡Vaya, hombre, pues qué te has figurado? Yo publicaré mis libros, grandes libros que anularán á todos los que se han escrito. Más tarde, cuando estudie más...... Pero yo, ¿escribir de gorra en esos imbéciles diarios asalariados? ¡nunca! Yo......

Y siempre aquel *yo* que figuraba en todos sus discursos como un rígido centinela que guarda la puerta de un tirano! *Yo* ésto, *yo* aquello, *yo* lo otro...... su personalidad estaba por encima de todo; á ella convergían todas las comparaciones; él era el modelo, el dictador, el *arbiter elegantiarum*, el único.

—Yo......

Tanto fué su repetir laudatorio para sí mismo, y tales mañas se dió, que por aquella época de penuria, logró conseguir la administración de un centro recreativo situado en uno de los pintorescos pueblos que circundan la Capital.

El mediano sueldo ganado con muy poco trabajo, bastó

por entonces á subvenir sus gastos de calavera y á cubrir el déficit de sus entradas, pues Don Fabián, arruinado paulatinamente con las exigencias del derrotado estudiante, no pudo ya enviarle las remesas acostumbradas; pero Jacinto no se apuró por ello. Un vez cometido el primer robo, seguiría el segundo. Y así fué.

El casino, durante una visita de inspección resultó desfalcado. La quiebra hizo mucho ruido en la Prensa y ésta publicó amplios detalles con el nombre honorable de Jacinto, pero como los pícaros tienen buena suerte, sucedió lo de costumbre: el pobre padre, hasta cuyo retiro llegó la noticia, por salvar otra vez su honra traspasó la panadería que lo sustentaba, para pagar la cantidad sustraída por su indigno hijo. Por esta vez también, el *poeta* ratero y plagiario, libróse de la cárcel y siguió resbalando por la fatal pendiente del vicio.

Se le veía á menudo en compañía de una mujer á quien deshonró, una pobre solterona costurera que se había creído de sus promesas. Era esta paisana suya excesivamente flaca, encorvada, sin nalgas, con un cuerpo que visto de perfil parecía una S; rubia, pecosa, de pupilas verdes semejantes á los ojos de un fabuloso basilisco; cojeaba al andar y andaba siempre embozada con un chal negro, mal calzada, con unos zapatos rotos que dejaban ver sus dedos blancos. Padecía una horrible enfermedad: furor uterino. Le decía á Jacinto:

—Angel mío.

Y se llamaba Julieta Flores.

Cuando salía del taller de modas situado en la Cerbatana, era ya casi de noche. Jacinto, cual otro Romeo, rondaba esperándola bajo los muros desolados de la Encarnación, y entonces la cogía del brazo, la recitaba sus "Sinfonías liliáceas," le descubría los íntimos secretos de su alma y la besaba frenéticamente. Ella se enardecía...... y entra-

ban á un hotelucho de mala nota para repetir las mismas sucias escenas diariamente, á toda hora, con cualquier pretexto, sin lograr calmar aquella ávida fiebre de poseerse brutalmente; y como todas estas entrevistas amorosas le originaban gastos al enamorado Jacinto, hurtó un prendedor de oro con brillantes, públicamente, como el más vulgar ratero.

—Mira, Julieta, ya tenemos qué comer.

Y le explicó la procedencia de aquel dinero encomiando el sacrificio que por ella había hecho, mas su querida se indignó, le insultó, lo delató por temor de comprometerse y Jacinto fué á vivir por seis meses á la prisión de Belem desde donde dirigía á su "ingrata Julieta" amargas misivas preñadas de reproches y sentimientos.

La verdad era que ésta ya estaba hastiada de él y se había amancebado con otro hombre.

Cumplida su condena, el presidiario salió sin la espantable melena de romántico bardo, rapado, harapiento, piojoso, con grandes ojeras, y algunas canas, pero siempre con su aire petulante de perdonavidas y con más rabia venenosa en el alma.

Con gran sorpresa apareció una noche en la Plaza de Armas de su pueblo natal. Paseaba sólo, con la vista en lo alto, erguido como un héroe de leyenda.

—¡Eh, tú, «Ratón,» qué milagro que se te vé por tu tierra?

—Pues ya lo ves: estuve preso; la justicia es una estúpida; los jueces unos pigmeos......

Era Bonafoux quien le hablaba, un antiguo compañero suyo, rubio, de podrida dentadura, ojos claros, hablar gangoso, que salpicaba con saliva al platicar, miope, vestido á la moda americana, calumniador de oficio, con manos largas, manos velludas de gorila, manos hechas para extrangular manos de asesino......

Fué el único que no se avergonzó de él porque también había estado preso por un robo en Morelia. Pero los otros, sus pasados admiradores, toda aquella gárrula corte de colegiales, huían de él como de un cadáver insepulto. La sociedad, ese juez inexorable con faldillas de comadre, lo había desenmascarado condenándolo á la más espantosa de las muertes: la muerte civil.

—¡Bah!—exclamaba Jacinto. Poco me importa que esa sociedad estúpida y corrompida me aisle. Yo la desprecio y la escupo. Yo la azotaré todavía más en otro libro que pienso publicar: «Fulminaciones.» Mi libro será viril, candente, aplastante. En él descubriré todas las úlceras de cada individuo que ha desconocido mi poder intelectual; en él me vengaré de la que ahora me condena; no quedará ni un títere con cabeza; todos rodarán fulminados en el polvo de la deshonra, cuando analice sus corazones y aplique mi escalpelo á sus almas podridas que destilan más pecados que todos los pecados que yo llevo juntos. ¿Me reta? Pues bien, yo la castigaré, yo la arrancaré la careta de ramera, de prostituta que se solaza en los cubículos del adulterio. ¡Ah! honrados gobernantes, dignísimas damas, inteligentísimos profesionales, honorables comerciantes, inocentes vírgenes, integérrimos militares, excelentísimos ministros de Dios, ¡canallas! Yo os haré morder la palabra de Cambronne!......

Entonces, quien sabe con qué siniestro fin que se desarrollaba en aquel cerebro demente, se asoció á unos cuantos impotentes, cardos de la vida social, y fundó una sociedad que tituló pomposamente, "Sociedad Literaria Papel y Tinta," de la cual fué Presidente.

Ahí, en el cuartito solitario Nº 5 de una lejana vecindad, en una pocilga á cuyo frente crecían *troenos* enanos con su defensa de espinosas zarzas, se asoleaban en pintoresco desorden los arrieros que llegaban á la Ciudad con

sus *huacales* repletos de gallinas, *cóconos*, huevos, quesos, coles, *ollas* de barro, enormes viznagas peladas, etc., etc., y pacían filosóficamente famélicos asnos hociqueando el estiércol pegajoso removido por las *cambujas* gallinas y los chillones cerdos del *mesonero* que deslendraba su *jorongo* rojo á rayas negras y cenefa tricolor sentado sobre las trancas que dividían el pesebre: ahí, sin otros muebles que cinco sillas de *tule* pintadas con humo de *ocote* en cuyos respaldos brillaban manzanas y hojas ornamentales estampadas con oro moeáico, y una mesa barata cuyo importe no fué cubierto jamás, verificábanse las sesiones nocturnas y se discutían interesantísimos problemas de Lingüística, Etica, Sociología, Retórica, Poética y Psicología, entre el humear constante de los cigarrillos, el triste parpadear de una vela estéarica encajada en la boca de una botella, el cercano roncar sonoro de los rancheros, las pútridas emanaciones del corral, el cocear de los asnos y mulas, y la passajera alegría proporcionada por una *media* de mal *tequila*.

Jacinto, como se dijo, era el Presidente...... Elías Manrique, un desocupado ricachón de cabeza de carnero, aspirante á violinista y más perezoso que la Pereza, primer Vocal; segundo Vocal, Apolonio Llera, otro *poeta* de piés aplastados de pelicano, torcidos hacia dentro, melena rizada, hombro izquierdo caído, ojos lánguidos y gran corbata de seda; y el «Chango,» un afeminado muñequito de voz atiplada, atildado, de nariz como pico de halcón, nervioso, perfumado, aristócrata, gran adorador de su voz, un tenorcito engolado que les temía á las cucarachas, fungía como Vocal tercero. Tan encumbrados personajes formaban la flor y nata de aquel centro literario. Precisa decir que la famosa "Sociedad Literaria de Papel y Tinta," murió á los quince días, de anemia cerebral......

Desde entonces, Jacinto se vió completamente aislado

sólo con su envidia llegada al paroxismo, que le perseguía como la sombra al cuerpo. Y otra vez vinieron las terribles noches de insomnio con su cortejo macabro de venganzas, de furias locas, de pasiones no desfogadas, de ansias no satisfechas y de tremendos remordimientos. La fantasma de su mártir madre parecía repetir aquellas sus frases últimas:

—Mi hijo es un ladrón!......

El vocablo horrendo fulguraba, se agigantaba en la sombra, le quemaba como un anatema venido de lo alto, le anonadaba enteramente, y todo él, Jacinto, era ya fuego, lumbre por fuera, brasas por dentro, en aquel pecho que chisporroteaba como una tea y rugía impotente para herir á los demás, á los que valían algo. Era como un león viejo que contemplara sus gastadas uñas, sus músculos flácidos, sin fuerza ni voluntad. ¿Qué había hecho de su vida?...... Y se contestaba: "Mal siempre mal." Una voz parecía decirle severamente:—"¿Por qué no has amado á tus semejantes? Si hubieras sido bueno, ahora serías estimado y glorificado. El talento que te concedió la Naturaleza lo empleaste en difamar y en sembrar la discordia. ¡Sufre! Si tus hermanos pecan más que tú, castígales, pero una vez arrepentidos, perdónales. El amor y el perdón deben imperar en la humanidad. Tú no has seguido estas máximas y has odiado con toda la fuerza de tu alma: justo es que ahora sufras con toda la fuerza del castigo. No hay infierno; el infierno está en la Vida: es el resultado de la conducta de los hombres. ¡Sufre! ¡sufre!" Y el réprobo sufría horriblemente. El había soñado en conquistar las cumbres de todas las aspiraciones humanas, pero bien lo comprendía; había errado el camino. La fuerza jamás se impondrá sobre el amor. Recordaba la paz de su casita, el amor de sus padres, la santidad del trabajo, y estos recuerdos aumentaban su angustia. Ahora estaba ahí, des-

honrado, olvidado, proscrito dentro del desierto de su propio corazón, rechazado por aquella sociedad á quien, sin embargo, por inquebrantable instinto odiaba todavía con toda su alma; y lo que era peor: indomable aún, soñando en venganzas imposibles. ¿Venganzas por qué?...... Ni él mismo lo sabía. Obedecía tan sólo á aquella secreta voz que con más potencia le gritaba: —"¡Odia! ¡odia con toda la primordial maldad de tu alma! Si eres hombre, el hombre es, por heredismo, tu enemigo!".... ¡Sí! El odiaba la risa, el bienestar, las nobles ambiciones de los demás, los triunfos de los trabajadores, la bondad de las prudentes, el desprecio de los dignos, lo que aromaba, lo que volaba, lo que resplandecía, todo, todo! ¿No era el peor de los suplicios vivir con un corazón así tan malvado, entre la tranquilidad de semejante mundo?

Calenturiento, semi-desnudo, abrió la ventana carcomida de su último refugio, un caserón ruinoso donde vivía de caridad, para aspirar el aire fresco de la noche, pero sintió frío y volvió á echarse. Un sapo había saltado de las rendijas hacia los *gigantes* que rodeaban la ventana. Entonce él, tiritando nerviosamente á pesar de que sentía arder sus entrañas escoriadas por el alcohol maldito, comparóse á aquel vil sapo. Se veía á sí mismo espiando con los saltones ojos, turbios por la envidia, el sereno brillar de las estrellas titilando en la apacible calma de la noche, sobre toda la tenebrosa inmensidad de su infortunio. A ratos, empero, sentía necesidad de arrepentirse, de reconciliarse con la vida, pero no podía: nuevamente la Envidia inyectaba el letal veneno, y aquella insoportable tiranía de la que tal vez ya nunca podría librarse, lo ponía frenético, desesperado, anublando su razón por la que pasaban relámpagos rojizos parecidos á culebreantes chorros de sangre......

Un crugido de vigas le hizo estremecer, y obedeciendo

á sus preocupaciones no borradas de burdo indígena, pensó en la Muerte que pasaba...... Tenía miedo, un miedo inexplicable. Envolvióse en el jergón y siguió pensando con amarguísimo desaliento en sus amores pasados, en aquella querida flacucha, jorobada, desdentada, atormentada por la satiriasis, la única mujer que le había amado un sólo momento y que también, como las otras, le había engañado engolfándose en la charca del egoísmo humano. ¿Su madre? No quería ni pensar en Doña Juana: era como si le hundiesen un dardo candente en la médula. Se oprimía los oídos golpeándose con los índices para que con su sordo zumbido no pudiera recordarla. Su padre había muerto. Sus últimos amigos le abandonaban. Ya para él ningún martirio le era desconocido: todos estaban unificados en aquel hambriento gusano que le roía inexorablemente las entrañas. ¿Qué haría en lo sucesivo sin un afecto, sin un objeto en la vida? Sus armas estaban gastadas; sus intrigas habían sido expuestas al escarnio público; sus blasfemias provocaban risas; estaba exhausto, acobardado, enfermo del cuerpo y del alma. Pensó en Dios, pero ni este supremo consuelo mitigó sus crueles dolores físicos y sus angustias morales. Por lo demás, la sola idea de pensar en El y de implorar su misericordia infinita, le produjo un malestar inenarrable. Sintió deseos de llorar; él nunca había podido hacerlo; quizá por eso había sido tan malo, porque los séres que lloran son menos pervertidos. Pero una estridente carcajada resonó dentro de su cráneo, y la cobarde lágrima se detuvo temblorosa en los párpados enrojecidos por la crápula. Aquella lágrima, condensación de sus inmensas penas, bastó sin embargo, para llevarle un momentáneo alivio; pero de pronto sintió que una mano larga, mano velluda de gorila, mano hecha para estrangular, mano de asesino, la misma de su amigo Bona-

foux, le apretaba el cuello, se lo apretaba al mismo tiempo que la voz desconocida le cuchicheaba secretamente al oído:

—¡Miserable! ¡No has hecho más, que odiar á tus semejantes! Eres un sér nocivo: fuerza es que mueras!

Había tenido un vértigo; volvió en sí, cerró los ojos, vió millares de lucesitas que semejaban diminutas luciérnagas y lanzó un grito de espanto. Mortal palidez invadía su rostro redondo y achatado, ulcerado por la sífilis.

Miró. No, no había nadie. La habitación estaba silenciosa; solamente se oía el ruido que producía una carcoma al barrenar la madera del techo. Aquel continuo roer del que antes no se había dado cuenta, repercutía ahora en su corazón; parecíale que el voraz gusanillo se lo taladraba. Poco á poco su nerviosidad alcohólica fué aumentando y el ruido creciendo, creciendo. Jacinto sin saber porqué, contaba las horas con insólita angustia y cada campanada lo sacudía bestialmente. El hubiera querido arrancar el badajo de aquella maldecida campana para hacerla enmudecer, mas carecía de fuerza para levantarse; estaba quebrantado y sentía un agudísimo dolor en el pecho, como si ya no una carcoma sino una serpiente le devorase el corazón. Este latía precipitadamente, deteniéndose á intervalos que lo hacían respirar ansiosamente; al mismo tiempo un martilleo le machacaba el cerebelo. Y el ruido aumentaba en fuerza: era un estruendo comparable al de un lejano bombardeo. Pero la voz aquella, ahora potente y pavorosa, lo dominaba gritándole siempre:

—¡Miserable! ¡No has hecho más, que odiar á tus semejantes! Eres un sér nocivo: fuerza es que mueras!

El permanecía aturdido, anonado con aquel inquisitorial suplicio. Palpábase el pecho, y sin embargo su carne no estaba agujerada. ¿Qué sería aquello? El ruido retumbaba ya con el fragor de una tempestad eléctrica, y aqu-

lla serpiente que se retorcía dentro, en su tórax, había tomado las colosales proporciones de un dragón fabuloso. Su tormento aumentaba; sufría de una manera indecible; clavábase las uñas en los pectorales desgarrándolos, respirando dolorosamente; un sudor copioso le bañaba el rostro y una sed ardiente le secaba los labios, le pegaba la lengua al paladar; sus sienes palpitaban aceleradamente y sentíase inmensamente fatigado. ¿Cuánto tiempo iba á durar aquello?......Trató de incorporarse, pero resonó un tremendo martillazo en sus oídos, como si se le hubiesen reventado los tímpanos. A pesar de ésto siguió escuchando el ruido que detonaba fantásticamente, espantosamente, como si á desquiciarse fuera el mundo entero..... El, entonces, para librarse de aquel inenarrable castigo, no pudiendo soportar ya la terrible nerviosidad que lo estrujaba, reconcentró su voluntad, llamó en su auxilio la poca fuerza que le restaba, sonrió diabólicamente al palpar su puñal, y empuñándolo desesperadamente, como ansiando matar al mónstruo que le devoraba, se lo hundió con rabia en el corazón!

Amanecía....

El sapo desde el alféizar, le miraba curiosamente con sus ojos saltones, inmóviles y magnéticos.

Los rosales se cuajaban de blancas rosas entre los cardos nocivos del patio ruinoso.

Un avión cantó alegremente.

Jacinto yacía rígido, engarabitado como un leproso sarmiento.

Y pareció seguirse oyendo entre la explosión de los gorgeos, el rechinar de sus dientes, como el que produce la escofina al morder el hierro, como el de la sanguinaria hiena que al pié de su caverna tritura nervios correosos.....

REMEMBER

"Quien vive, olvida."

Campoamor.

[illegible]

[illegible]

REMEMBER

Al Sr. Dr. Manuel Gómez Portugal.

—"Fué en invierno, en una tarde muy triste, muy triste....

Un cuervo hambriento graznaba sobre el derruido paredón del solitario cementerio. El cielo se había ocupado aquel día en cubrir su jubón de azul inmaculado, con el manto gris que le prestaron las brumas, y las hojas secas desprendidas de los rosales mustios, se perseguían revoloteando por las callejuelas que formaban las tumbas. El sepulturero cavaba una fosa y cantaba alegremente; de pronto su tosco azadón tropezó con un cráneo pelado que al golpe del mohoso hierro crujió siniestramente; el hombre rudo lanzó un grosero juramento, le dió un puntapié al despojo que rodó entre la tierra húmeda mezclada con hierbajos secos, y el trabajador de la Muerte, con voz ronca, macabra y aguardentosa, prosiguió cantando.

Una hermosa pareja de alondras cruzó rápidamente aquel campo funerario, y se perdió en lontananza: parecían ilusiones......

Algunas madres demacradas, enlutadas, pálidas y afligidas, lloraban al pié de las tumbas de sus hijos; un anciano y un niño enfermizos, arrodillados en un pequeño prado de marchitos «no-me-olvides,» oraban reclinados sobre

una humilde lápida de borrosa inscripción. ¡Y éstos eran todos los deudos! No había allí ni una novia; y es que á las novias no les agradan estas visitas á los muertos: como las bellas ingratas no tienen memoria, olvidan, olvidan demasiado pronto.

¡Siete años han pasado, Severo!

¡Dios mío!, hay que ponerle un dique al tiempo, á ese traidor que nos arrebata en un momento nuestras ilusiones juveniles todas!

Yo meditaba tristemente, escuchando el salmo melancólico de los empolvados cipreses, y como Fóscolo, «*il mio cuore s'innal sava come se aspirasse ad una regione più sublime assai della terra.*

El cráneo, desde lejos, me miraba con sus órbitas negras......y se reía!

El lento tañido de la campana anunciadora me hizo estremecer: estos fatídicos toques no se olvidan jamás; quedan fijos, persistentes, ondulando, vibrando sordamente en el alma; anuncian la entrada de un sér querido á la eternidad.

Por fin el fúnebre carro se detuvo. Un sencillo ataúd, regalo de varios estudiantes caritativos, encerraba los despojos de la pobre pecadora. Ni una rosa, ni un guiñapo de crespón, ni una cruz, ni una corona, ni un amigo; nadie se había ocupado de llevarla siquiera una modesta ofrenda.

Verdosa, destrozada, aserrado el cráneo, espantosamente descompuesta, la reconocimos en la sangrienta y marmórea plancha del anfiteatro. Un expresivo suspiro brotó de todos los pechos oprimidos por la compasión y la angustia; alelados, mudos, sombríos, nos mirábamos desconsoladoramente.

—Es *Ella*.

—Sí: *Ella* es....

Los bisturíes cayeron de nuestras manos temblorosas, y después......después, ¡oh!, el implacable conductor de los muertos, riendo sarcásticamente como el lúgubre y silencioso personaje de Tennyson, la cogió con sus callosas manos asquerosas, heladas, y sanguinolentas, y la arrojó bestialmente en el infecto carro del servicio. Un ávido enjambre de moscas negras y repugnantes, revoloteó zumbando inquieto; la hermosa cabeza que albergara tantos ensueños blancos en extraña mezcla con criminales ideas, rebotó sordamente sobre las viejas maderas impregnadas de sangre hedionda y coagulada; el áureo pelo blondo, apelmazado, con adherencias de pútridos fragmentos musculares, caía en desórden sobre la sucia manta fenicada que apenas si bastaba para velar la desnudez impúdica, cubriendo también el rostro horriblemente pálido y arrugado del otro cadáver. Aquel póstumo abrazo de la bella joven pecadora y de su asesino, me hizo pensar en la inexorable y misteriosa justicia de Dios....

Ella, la pervertida por la maldita lascivia de los hombres, la infeliz favorita de la miseria, la esclava de su propia avaricia, la marcada con el impuro sello de la degradación irremediable, la que tan sólo tuvo las sensuales caricias del amor impetuoso, egoísta y brutal, en vez de los santos besos y de las dulces caricias de su prometido y de su anciana madre; la miserable huérfana, la que pudiera haber sido un ángel de alma tan pura como el alma de las rosas, la que nunca tuvo rosas en su desenfrenada vida, no las tuvo tampoco en su oscura muerte. ¡Pobre mujer!.... lo blanco huía de ella!

El encargado del panteón recibió el féretro, y los trabajadores de la Muerte lo depositaron en la fosa común, en el lugar de los solos, de los desamparados, de los que van á servir de pasto á la ciencia médica en los inmundos

anfiteatros. Luego, la piadosa madre tierra cumpió su misión, las paletadas del negruzco polvo cubrieron para siempre sus restos; les peones apisonaron la tierra floja y removida, se persignaron maquinalmente, y, como siempre, se alejaron cantando alegremente. No hubo ni una lágrima, ni un sollozo, ni una oración, nada! Todo fué de una cencillez aterradora. La Naturaleza secundó con su pesado silencio aquella fría entrada á las sombras infinitas de lo desconocido. Y la vida sigoió impasible.

Ante la terrible realidad permanecí pensativo, suspenso, admirado de mí mismo y de la transformación increíblo operada en mi ánimo. Frío, inmóvil, pálido, se hubiera creído que el muerto era yo.

Las madres, el anciano y el huerfanito, habían concluido ya sus plegarias al Todopoderoso, y todos traspusimos silenciosos, huraños y graves, el ancho pórtico del cementerio. Los sepultureros se fueron también; la historiada verja chirrió tétricamente sobre sus enmohecidas goznes; la noche tendió su nebuloso velo sobre el valle; la misteriosa luz de la luna se filtraba á través de las lenguas fosforecentes de los fuegos fatuos, y el ábrego helado parecía traer el eco de las estridentes y paverosas carcajadas de las brujas que en los aires celebran su diabólico aquelarre.

Ahí, cerca del pequeño prado de marchitos «no–me–olvides,» dejé olvidada mi juventud marchita: fué la única rosa blanca que cayó en la tumba de la infortunada pecadora!

Bajé silenciosamente la colina. Mis pasos resonaban lentos y monótonos haciendo crugirlos guijarros del sendero. ¿Qué haría yo para recorrer con resignación mi largo camino futuro?......

Entonces tropecé con un nidito abandonodo en vías de

formación, y creo que en aquel instante de inmenso desconsuelo, sí brotó de mis ojos una lágrima ardiente, pero sentí una rabia inaudita de verme tan cobarde, y arrancando de un golpe mi primer amor funesto, pisoteé con ira el nido!

En los tilos cercanos se arrullaban tranquilamente las parejas de alondras.

¡Ah, sí! Fué en invierno, en una tarde muy triste, muy triste......"

Así habló mi amigo el doctor, mientras se enjugaba una lágrima furtiva. Yo pensaba en su tristeza......y pensando en su tristeza, pensaba en que la Vida renace de la Muerte.

El jardín reverdecía maravillosamente; los pájaros se besuqueaban entre los duraznos cuajados de rosadas flores; los lírios comenzaban á abrir sus corolas de níveo raso; los prados despedían un fuerte olor de tierra fecundada; piaban los polluelos desde sus altos nidos; alegres rayos de sol se filtraban á través de las frondas, y su prima Teresina lo espiaba con ojos amorosos bajo la sombra de un naranjo verde como la esperanza......

—¡Mira!—le dije. Teresina tiene algo qué decirte.

—¿A mí?

—¡Sí, hombre, á tí! ¿No eres tú el doctor Edmundo, primo de la guapa señorita Teresina, hombre *ciego* que ha vivido seis años sin adivinar que lo buscan incesantemente un par de ojos negros......

—¡Ah! Entonces....

—Sí, admírate, galeno pesimista; Teresina....

No escuchó más; de un salto se puso á su lado; y yo me alejé discretamente por las callejuelas enarenadas no sin haber escuchado antes el sonoro estallido de un beso y estas expresivas frases:

—¿Sí?
—¡Sí!
—¿Cuando florezcan los naranjos?
—¡Cuando florezcan los naranjos!
Entonces bendije á *mi* Dios.

EL PAÑUELO

......"A matarte
vengo, pa que veas
que, si tóico pasa,
tamién tóico llega."

(Aires murcianos.—"¡Uno sobra!" por Vicente Medina. Pág. 90.)

EL PAÑUELO

Cuando Patrocinio descorrió el cerrojo y abrió las hojas de su ventana, un alegre rayo de sol la envolvió como con un manto de oro y obligóla á cerrar los ojos por un momento deslumbrados.

Era ya de día y los tordos armaban una gresca de todos los diablos, encaramados sobre los viejos álamos que se alzaban al frente de la casita rústica, un poco más abajo, alineados perfectamente en el declive de la colina cubierta de fresco zacate que el rocío de la aurora había pringado de perlas cristalinas y entre el cual se distinguía á trechos, cerca de las robustas raíces que se alargaban á flor de tierra, una espesa capa de blanco salitre.

Al levantarse todas las mañanas, Patrocinio era la primera en sorprender á sus alados y bulliciosos amigos. Aquel día, sin embargo, ellos la habían despertado entonando á grito abierto su coro ensordecedor y melodioso. Coronando las podadas copas que ya se cubrían de tiernas hojas, aleteaban desenfrenadamente, abrían sus picazos semejantes á gruesas púas de obsidiana, se apretaban en confusa masa que vista desde lejos parecía una escarcha negra, y de vez en cuando descendían en zumbadora parvada al potrero que limitaba la inmensa laguna, ora posándose confiadamente sobre los flacuchos lomo de la-

pacientes vacas ó de los pollinos maniatados que ramoneaban la sabrosa hierba, ora formados en larga fila sobre el blanqueado abrevadero bajo de cuyo único arco se deslizaban susurrando mansamente entre los grandes guijarras pulidos, las aguas sobrantes que salían de la compuerta.

Al oriente se extendía hasta perderse de vista, la ondulante superficie de la poética laguna, limitada por las primeras elevaciones de la sierra envuelta en caudales grises, reflejando vivamente la luz solar, como simulando bruñidas escamas de oro, azotando con sus olas espumosas la árida y rocayosa playa cercana, ó yendo á lamer dulcemente las tierras fangosas de la derecha donde verdegueaban el maíz y los trigales bajo la sombra de la secular alameda, espulgábanse los patos de alas tornasoles y piaban los níveos tildíos quejumbrosamente:

—*Titiuuú.... Titiuú.... Ti tiú, ti tiú, ti tiú.*

En lo alto, en la atmósfera saturada de ligero vapor de agua, revolaban trazando círculos enormes las gaviotas de rémiges negras; infatigables, voraces, espiaban la aparición de alguna argentada sardina para lanzarse como flecha á pescarla. Más allá, parecidos á níveos copos de algodón, nadaban parejas de misántropos pelícanos de ojillos bravíos, huraños, con sus descomunales picos amarillos, membranosos por debajo, que hundían á intervalos en las turbias aguas. Algunas golondrinas acuáticas rozaban vertiginosamente las crestas de las pequeñas olas, y de toda aquella vasta cuenca, luminosa y animada, ascendía un vaho húmedo, oliente á cieno, á musgo remojado, á tierra podrida de huesa, de una acritud agradable que envolvía las dos colinas donde se extendía el pequeño caserío con sus chozas de adobe y techo de paja diseminadas al capricho, divididas en dos grupos por una ancha carretera cubierta de excrementos de vaca que, nacida en la

Villa próxima cuyas delgadas torres se veían á través de de la bruma, bordeaba el arroyo, seco en la mayor parte del año, atravesaba extensos sembradíos y desolados escalíos, se hundía en un áspero barranco erizado de abruptas rocas y enhiestos jarales, subía á la explanada desnuda y amarillenta, y terminaba descendiende hasta el borde mismo de la laguna, pasando á un lado de la *Casa Grande* en cuya esquina sur habitaba Patrocinio con su anciano tío, el único sér de su familia que sobrevivía.

Detrás de la blanca finca que deslumbraba con la albura de su sencilla fachada, á lo largo de la carretera solitaria, tres ó cuatro boquerones, que no puertas, daban acceso á otras tantas viviendas de los labradores. Divisiones de trancas separábanlas de la llanura árida, pedregosa, manchada apenas por una raquítica alfombra de hierba cenicienta y mustia, y de purpúreos tallos de drago. En lo interior de los corrales rebuznaban tristemente los asnos enfermos, inútiles, llagados de los roñosos lomos, con enormes callosidades en las articulaciones de las piernas traseras, dormilones, legañosos y viejos; cacareaban las ponedoras gallinas, unas blancas manchadas de negro, otras color de canela, gordas, escarbando con sus patas emplumadas, como si llevaran calzones, el fango lleno de briznas, de pedazos de herraduras y de gallinaza. en el cual se advertían huellas en forma de pezuñas bifurcadas, de pata de gallo y de amplios *huaraches;* cantaban bélicamente los gallos de lacios plumajes sobre los hacinamientos de paja fresca, lanzando con gallardía su diana matutina, arqueada la elegante gola rojísima la cresta retadora la rupila, esbeltos como imperiales pajes; oteaban los jaros erdos elríspido olor de los graneros cercanos, removiendo on sus rasposas trompas el agua verdosa de las tinas de antera, gruñendo, mascusando el lodo asquerosamente.

algunos gansos de pecho cubierto de fiemo, aturdían con sus gritos cascados y disonantes, como ayes de gente que se asfixia; los aviesos gorriones de buche rojo y negrísimos ojos ariscos, saltaban en los aleros robándose los granos de trigo que el viento dispersara, picoteando las estriadas calabazas ó los relucientes *chilacayotes* que se maduraban al sol sobre las bardas de los ruinosos pesebres ó en los alféizares de las ventanas orladas por tupidas hiedras y moradas campánulas; los escamosos lagartos de vientre verde se asoleaban tendidos en las piedras, moviendo espasmódicamente y á intervalos sus cabezas achatadas de saurio; las palomas habaneras de medias sonrosadas y corbata negra, currucaban melancólicamente dentro de sus jaulas hechas con aros de chiquichuite; los perros pastores saltaban joviales persiguiendo á los marranillos cogiéndoles por las colgantes orejas, ladrando bulliciosamente; un gato taimado ronroneaba acurrucado en las frías cenizas de un horno abandonado al pié del cual crecían algunas malvas; los chiquillos ventrudos, renegridos, huraños, algunos lardosos, otros langarutos, todos con sus recias cabelleras negras como el azabache, sus camisitas rotas y sucias, sus agrietados piés descalzos, sus mantas ásperas, pintadas con el carmíneo jugo de las cardossa, se rascaban las axilas, deslendrándose las piojosas cabezas, dormitando pierniabiertos, fabricando casitas de barro, haciendo caballitos con cañas secas de maíz ó lapidando á los cerdos y canijos guajolotes que hurgaban el vecino basurero; y los mozos de labranza, cobijados con sus *jorongos* rojos, apoyados en las trancas de las caballerizas ó en los marcos de las puertas, sonaban sus organillos de boca lánguidamente, lentamente, mirando el vuelo circular de las auras que cernían e sobre el esqueleto de algún caballo tirado en los breñosos peñascales del monte, mordiendo de vez en tarde trozos de *amelcochado piloncillo*, fumando sus cigarrillos de hoja de

maíz, con calma epícurea ó silbando canciones campestres de notas vagas, desoladas ahí, en la inefable paz de la Naturaleza.

Patrocinio lanzó un débil suspiro, arreglóse la cabellera y quedóse dirigiendo ávidas miradas al camino cercado de altos álamos. Sus ojos soñadores buscaban algo con una tristeza infinita. ¿Por qué ella tan bullanguera estaba decepcionada?

De pronto una voz surgió tenue, apasionada, quejumbrosa; venía de allá y cantaba:

"Y *ora* lo *veraaás*, al tiempo de *separaaarnos*
no te he de *dejaar* que tengas amor con *otrooo....*"

Entre aquel agreste concierto de primavera, vigoroso y extraño, resonaba tristemente, con una amargura desconsoladora. A las veces parecía alejarse, perderse tras la hondonada; otras, aumentaba vibrante y nerviosa. Poco á poco se fué acercando para continuar agresiva y colérica:

"....Si ha de ser *ansinaaa....* te he de rayar el *roostrooo.*
Y *ora* lo verás, qué de machetazos nos vamos á *embocaaar!*"

La bella moza se estremeció. Había reconocido la voz de su novio Juan Ignacio Rentería, el muchacho hortelano que venía allá subiendo la cuesta sobre su carromato atestado de coles, zanahorias y rica alfalfa.

Echóse violentamente hacia atrás para que al pasar frente á su ventana él no la viera. Hacía tiempo que estaban disgustados, desde la noche que él había regresado del pueblo, tambaleándose, raspado de la cara, borracho, que no se podía tener en pié. Ella no quería ni verlo: estaba profundamente resentida con el aldeano por haberse atrevido á presentar en aquel lamentable estado, él, tan honrado, que jamás probaba el vino. Aunque ya conocía su

alma brusca, pero leal y sencilla, no podía perdonar, Ella, más instruida y un poco inteligente, aquella falta de respeto y las palabras injuriosas que le habían seguido. Era la primera vez que Juan Ignacio la insultaba de aquel modo. Su soez conducta hacía un doloroso contraste con su ordinario y amable proceder. Pero en aquel estado habría sido inútil cualquier reproche. Ella lo había comprendido así limitándose á rechazarlo y á defenderse enérgicamente.

—¡Vete, Juan, vete por Dios: que no quiero verte así!

Recordaba que á pesar de todo, su acento había sido dulce y persuasivo, pero á Juan le pareció mal, sintióse herido en su exquisita sensibilidad y en su volcánico amor propio.

—*¡Güeno!* ¡me largo!—la había contestado con su voz agria de borracho, interrumpida por destemplados hipos. ¡Me largo! Ya sé que no me *queres*; por eso me he *emborrachao!* Y qué te importa? Soy muy dueño de hacer lo que me dé la gana. ¿Lo oyes? Soy hombre...... pero muy hombre......! *¿Pos* qué crees que me haces *tarugo?*.... *¡Uju!* qué risa me da en las muelas! Si ya soy liebre corrida ... y lo *ques* á mí no me haces.... ¡Conejo! si ya sé todo, todo! ¿Lo oyes, mujer?.... Ya sé que el *niño* Don Carlos....¡el niño!.... te anda enamorando; me lo ha *cuiqueao* mi comadre Pioquinta.... ya sabes: la *siñora* que vive allá *trastumbando* el cerro de los Tecolotes. Y ya sé *tamién* que tú andas *güelta* loca por ese.... *curro.* Pero ya te lo digo y te lo repito: á mí no me la pegas.... si al cabo arrieros somos.... *¡Pos* qué te has *créido!* que porque uno está sumido allá en el rincón, no sabe nada? ¡Anda, *güena* pieza! ¡ingrata! Dejaras de ser vieja *pa* ser....

—¡Juan Ignacio, no me insultes, vete! ¡Es mentira todo lo que te han chismeado!

—Sí...... *ado!*....

—Yo te quería deveras, pero desde hoy ya no te quiero por borracho, ¿lo oyes bien? ¡nomás por borracho! Corrígete y te daré otra vez mi cariño. A mí nada me importa el *niño* Carlos, ni menos esa *argüeudera* bruja de mis pecados! Bien sabe Nuestra Señora del Patrocinio que nomás á tí te quería con toda mi alma, pero más que sufra, como hay Dios que ya no te vuelvo á hablar! Es mentira, es pura mentira todo lo que te han contado!....

—Sí ¿eh? Conque mentira! ¿Pero *deveritas* es mentira?.... ¡*Güeno*! no le hace; *ái* quédate con el *currillo* ese que me ha hecho cuantos perjuicios ha podido: es un títere, un *güeno pa* maldita la cosa, un hombre de entrañas negras que te ha de jugar una mala pasada, un protestante!...... ¿Qué más puedo decirte? Pero ya te lo digo y te lo repito: "arrieros somos y en el camino andamos" y...... "las piedras rodando se encuentran." Nomás te acuerdas de Juan *Inacio*, porque lo *ques* á mí *náiden* me pone la *pata* en el *pescuezo*! *Ai* anda todo el día ese flojo, de bonito, con su pañuelito *colorao enredao* en el pescuezo: parece niña.... Se me ha de conceder arrancárselo con estas manos de hombre!.... ¡Sí! como lo oyes!

—¡Juan, por Dios, no vayas á hacer una *burrada*!

—¡Mírenla! ¡mírenla! *Ora* sí ¿no? —"¡Juan, por Dios, no vayas á hacer una *burrada*! ¡Cómo te *achicopalas, mi alma Patrocinia*! *Pos* al cabo ya no me *queres*. ¿Me corres de tu ventana?.... ¡*Güeno*! ya estará! No te vaya á quitar el oro.... ¡Me voy! ¡me voy *pa* mi huerta. Si al cabo allí en mi *jacal* yo no le pido nada á *náiden;* y que no se asome por allí tu querido con su *mascadita*, porque, ¡mira! por éstas (haciendo la señal de la cruz) que me lo echo al plato! ...

Ella recordaba bien todas sus groseras palabras; se había metido indignada y no había podido cerrar los ojos en toda la noche. Sin embargo, amaba á su Juan Ignacio con

toda la impetuosidad de una pasión salvaje; le amaba por bueno, por trabajador, por honrado, por valiente, por buen mozo, pero le dolía que las malas compañías se lo echaran á perder, que fuera tan creído, tan papanatas y sobre todo tan celoso, con esos brutales celos de las almas impulidas. ¡Ay! bien lo conocía: era capaz verdaderamente de cometer una mala acción, impulsado por los salvajes arrebatos de su cariño acendrado. De todo aquello tenía la culpa la vieja Pioquinta, una mujer mala que le andaba llevando recaditos del *niño* Carlos. Ella, Patrocinio, ya le había dicho que no la molestara, que su corazón no le pertenecía, que si insistía en sus pérfidas insinuacionss le avisaría á su tío Pablo; pero la alcahueta, como que le pagaban bien, suplicaba aún diciéndola que el *amo* la pondría una casa magnífica en la ciudad; que ella sería ahí la reina si se iba huida con él; que era demasiado hermosa para vivir iguorada en un infeliz rancho, casada con un pobre patán que la molería á golpes; que toda la hacienda sería suya y otras mentiras más halagadoras y bonitas. ¿Cómo había de entregarse ciegamente á aquel vecioso y malvado burlador de mujeres que no tenía más ocupación que dilapidar su capital en crapulosas orgías? ¿Cómo había de creer sus infames palabras de promesa, si ella era honrada y amaba entrañablemente á su novio? Después su tío Pablo la arrojaría del hogar, la maldeciría, y sería una cualquiera...... ¡No! no! Al fin Juan volvería al día siguiente, cuando se le disipara la embriaguez; la pediría perdón, ni se acordaría de lo que acababa de reprocharle, y se contentarían. El era bueno y no rencoroso. Se explicarían. En su estado normal era consecuente y razonable, benévolo hasta la candidez. Ella le daría un beso muy *tronado* en la frente, donde á él le agradaba que lo besaran...... Pero si no volvía? ¿Si se mostraba esquivo? También era altivo y digno. Sabe Dios qué otras calumnias le habrían

contado! ¡Virgen Santísima! Sin embargo, era preciso castigarle para que ya no volviera á tomar. El remedio debía hacerse á tiempo. Se ponía hecho un loco, la insultaba, la decía unas palabras muy feas que la hacían ruborizar.... Había orado casi toda la noche pidiéndole á Dios que nada sucediera, y hasta entonces nada había acontecido afortunadamente. Ella sabía que su novio seguía allá encerrado en la huerta, solitario como un búho, sin querer hablarle á nadie, ni á su misma madre; únicamente por las noches le parecía á ella escuchar que alguien sollozaba y rozaba silenciosamente su ventana. Hasta varias ocasiones se había levantado callandita, sin zapatos, para no despertar á su tío que roncaba plácidamente, pero no había podido ver á nadie ni había escuchado ningún ruido sospechoso como no fuera el chirrido de los gallos, el canto de las ranas, el ladrar de los perros, el aleteo de los murciélagos, el rumor de las olas y el follaje ó el graznido de alguna lechuza que pasaba. Al principio creyó que sería algún aparecido: decían que las fantasmas de los ahogados rondaban quejándose por toda la llanura, á las doce de la noche, en punto, cuando salen las almas en pena, de sus tumbas; el velador de la *Casa Grande* las había visto, largas, largas, con sus blancos sudarios, sus cráneos pelados y sus órbitas de fuego. Pero ella no les tenía miedo, no creía en las consejas que narraban los viejos pastores á los muchachos crédulos, cuando á la luz de la luna sentábanse todos formando corro á la puerta de las cabañas, iluminadas por las fogatas, abriendo tamaños ojos y escuchando aquellas estupendas leyendas que pasaban de padres á hijos. Ella nunca había visto nada inexplicable y se reía de tales cuentos; era valerosa; por eso tenía la convicción de que Juan Ignacio se iba desde la huerta á rondar su casa, á espiarla para cerciorarse de la verdad. Mejor. Así se habría convencido de que ella era fiel y decente.

Pero obraba mal; eso no estaba bien hecho, no era digno de un hombre. O confiaba en su cariño, ó acabarían de una vez. Ella era también algo orgullosa; no le gustaba que se dudara de su sinceridad.

Desde aquella noche que en hora mala habían reñido, ambos andaban pues cabizbajos y entristecidos. Patrocinio hacía el quehacer de mala gana, pensando en el hosco silencio del terco campesino; éste, descuidaba las hortalizas, quedábase pensativo, apoyado en el mango del azadón, parado como un memo entre los surcos inundados de sobra por el riego, sin sentir el frío contacto del agua que corría bañando sus desnudas y musculosas piernas que parecían esculpidas en granito por lo toscas y duras, escurriéndole el llanto por las morenas mejillas como si fuera un muchacho de tres años, baboso y lebrón. Ya lo habían sorprendido así: Mariquilla y Santiago, los dos desbrozadores que iban todas las tardes á cortar leña de mezquite para la casa de *nana Chepa*. Y ahora, por primera vez, entraba á la aldea, cantando aquella canción tan conocida de Patrocinio. ¿Qué haría ésta? ¿Se asomaría? ¿Cómo le daría el recado que para él tenía? No: era mejor que él la buscara, que la contentara; á él le correspondía hacerlo ya que ella ninguna culpa había tenido en todo aquello.

Amparada por una hoja de la ventana, palpitándole el corazón con secreta alegría, siguió escuchando atentamente la voz viril de su amado.

—Pobrecito—murmuró. Me viene á decir que ni fuerza le hace......

Aquella continuó sarcástica á medida que avanzaba más y más:

"Y por *ái* andan diciendo que son hombres y muy *hoombres*,
que son *hoombres* y se atienen á sus *brazooos!*

—Piensa en las fanfarronadas del *niño* Carlos,—se dijo con temor Patrocinio.

"Si ha de ser *ansinaaa*, nos hemos de echar *balazooos*....
Y *ora* lo *verás*, qué de machetazos nos vamos á *embocaaar!*"

Cesó la voz y se oyó un silbido burlesco. El carromato se detuvo por fin á la puerta principal de la *Casa Grande*, y Juan Ignacio, arrojando las riendas de *mecate* sobre los lomos de las mulas tordillas, saltó á tierra yendo á llamar con el pesado aldabón de hierro:

—*Pon, pon, pon.*

Los golpes resonaron secamente despertando el eco que repetía á lo lejos:

—*Pon, pon, pon.*

Las mulas resoplaban sacudiendo su campana y enderezando las orejas, y él esperaba á que abriesen, muy derecho, muy indiferente al parecer, mirando de soslayo la casa de su prometida, muy limpio, con sus trapos domingueros: una camisa blanca como las *estrellitas de San Juan* que se abrían allá al pié de la sierra; unos azules pantalones ajustados, *cachiruleados* y remengados que dejaban ver la extremidad polvosa de unos calzoncillos teñidos de verde savia, el calcañal agrietado y el tobillo abultado; sus *huaraches* nuevos; su *pechera* de cuero, suelta, lustrosa; su sombrero de palma con toquillas de plata, y su escapulario bendito en el pecho. Pero como nadie abriera, tornó á llamar con más fuerza, con el mango de su azote:

—*Pon, pon, pon, pon.*

El mismo silencio.

Algunas palomas revolotearon sobre el palomar, asustadas de aquel ruido, y Juan Ignacio se rascaba con impaciencia la cabeza no sin mirar de reojo la ventana donde su pícara novia más de una vez, cediendo á su curiosidad, se había asomado para verle cuando él estaba vuelto de espaldas.

—¡Eh! *siñor Pifanio*! Abrame! ¡Aquí está la verdura que encargó el......!

No se atrevió á decir: *el amo*; le repugnaba aquel odioso nombre.

Mas como era domingo, *siñor Pifanio* el portero se había marchado al pueblo y la casa estaba sola.

Aquello lo puso de mal humor y volvió á llamar con ira. Siempre le pasaba lo mismo, pensaba. Ahí lo tenían esperando horas y horas enteras como si él fuera su esclavo......

Patrocinio vacilaba. Ansiaba hablarle: tal oportunidad sería un magnífico pretexto para hacer las paces. Cuatro veces vióse tentada á llamarle y otras tantas la palabra tímida se detuvo en sus rojos labios, porque á pesar de que Juan Ignacio la tenía muy ofendida, la producía pena verle ahí asoleándose, llamando inútilmente. ¿No sería mejor que ella le contentara? Así se convencería él, que de verdad le amaba. Por lo demás, causábala risa el sorprender las muecas de enojo que retrataba su simpático rostro, tanta, que ya no pudo contenerse y sacando la cabeza le gritó rompiendo en una fresca y ladina carcajada:

—¡Juanote!

Se ocultó rápidamente, desternillándose á causa de su infantil travesura, pero él había reconocido aquella voz querida.

—¡*Güeno*! sí, miren á la zalamera!—se dijo, un si es no es sonriente. *Ora* ya le anda y no *jalla* como verme la cara.

Quedóse un rato pensativo, vacilando en si iría á saludarla é hizo á solas un ademán que denotaba su convencimiento:

—¡Claro! Eran puras habladas de mi comadre!...... murmuró en voz baja. La muchachona es honrada como la madre que la parió. Yo *hastora* no he *columbrao* nada

por más que me he *desvelao* hasta *l'una* de la mañana espiándola sin que ella lo huela. Si algo le ha dicho el *curre*-ese, habrá sido de día, cuando yo estoy en el trabajo, pero ni eso; ya me lo hubiera *chismeao* Santiago por interés de que le dé peras...... ¡Ah, *jijo*! y cómo me ha podido la *anchetal*......

Después, como el tiro echara á andar, impaciente también, molestado por los punzantes aguijones de los tábanos que se incrustaban en sus purulentas mataduras, exclamó frunciendo los labios:

—¡Oh! *cho, cho, cho, cho*, mula!

Y prosiguió reflexionando, sentado en el desp stillado poyo que se hallaba á un lado de la puerta, bajo el cobertizo:

—......Horas, días y noches enteras me he *pasao* pensando en esta ingrata, y sólo Dios y yo sabemos lo que he sufrido. ¡*Quen* sabe si á ella le *háiga* sucedido lo *mesmo*! Mariquilla dice que está muy ojerosa! Porque se ve que deveras me *quere*; solamente que á la gente le cuadra andarse metiendo en lo que no le importa; pero yo me pondré avispa con el amo.... y *ora* que me acuerdo, de una vez voy á *decisle al siñor* Cura *pa* que arregle las cosas luego, luego; ésto no puede seguir así; está une con el *sucidio*, con el "¡Jesús!" en la boca todo el santo día de Dios. *Lo ques* que uno sea *probe* y bruto: tiene uno *medio pa* carne, *pos* se lo quitan! *Ansina* son los ricos de envidiosos: no pueden ver ojos en otra cara.... ¡*Jijo*! y que *Patrocinia* es *chula* como ella sola, ni *quen* lo dude! Qué dijo el *niño*:—"¡Yo me zampo esa paloma! Al cabo el otro (*ora yo*) es un *probe* y ella tiene *necesidá*!" ¡Sí, no vaya! Nomás que no le haga pelos al macho porque se lo lleva el tren. Cierto que yo nací *encuerao* y tonto, pero no s y *dejao*. El *siñor* Cura me dice, dice:—"Juan Ignacio: Los pobres tienen que triunfar en este mundo. Christo Nuestro Señor

vino á él para salvarlos y de ellos será el reino de los cielos; trabajad todos con resignación hasta el día en que los potentados caigan en las tinieblas del infierno. Ese será su castigo puesto que jamás han querido tender la mano al desvalido y al huérfano. En sus conciencias llevan su propio infierno. Serán infelices toda su vida. Vosotros los pobres tenéis la paz del alma que á los ojos del Creador es grata. No lloréis, trabajad; tened fe y esperad el día supremo de la Misericordia y de la Justicia." Me he aprendido lo que él dice, de memoria. Yo no entiendo qué será todo eso, pero cuando él me lo dice, hasta siento que se me *achina* el cuerpo y me da un gusto que el corazón me hace: ¡*Tun*!...... ¡*tun*!....

Y creo en la Santísima *Trinidá*.... ella me ha de librar de todo *pecao*; pero yo aunque soy *güeno*, sabe qué me da cuando el *niño* Carlos me *echa la viga*: me dan ganas de *retorcerle* el *pescuezo* como á una gallina, más, cuando lo *diviso* con esa mascadita de *joto*.... y aunque le pese, le he de hacer una mala *pasada* si se anda metiendo con mi muchacha; él la *quere pa* una cosa mala y yo no, yo la *quero* como...... como...... ¡dianche! no sé cómo la *quero*! Pero cuando estoy con ella parece que se abre la gloria...... ¡*Hache*! ¡los besos que me ha *dao*!...... si saben á puro caramelo! ¡Y esos ojotes que tiene la maldita que parece que se va uno de hocicos en ellos! No, lo *ques* yo no la suelto. *Pos* vaya que soy hombre como mi *pápa* Anselmo, que Dios tenga en el cielo, pero la *verdá* me puede *mancho* lo que ha *pasao*...... *pa* qué me las echo! Y aunque ella me diga que soy *rajón*, la contento. Esa ingrata me trai todo *trasijao*...... ¡*Patrocinia*! qué linda eres! ¡Bendita sea la madre que te echó al mundo!

—¡Juanote!—volvió á gritar la hermosa morena.

Esta vez permaneció apoyada en el lavado alféizar de cantera, medio ruborizada, pero sonriente, mostrando su

blanquísima dentadura y la frescura rósea de su rostro recién lavado, que "olía á *miadito* de niño Dios" como la decía Juan Ignacio en su original jerga.

Este volvió la cara, encendido de vergüenza, y se hizo el sordo, inclinó la cabeza; encasquetóse el sombrero y se puso á trazar torpes figuras sobre la arena, con el mango de su látigo.

—¡No hay nadie en la casa, Juan Ignacio!—gritó la emocionada Patrocinio.

El gruñó sin hallar qué responder. Le latía el corazón precipitadamente, y sentíase turbado, tímido.

—¿Te has vuelto sordo, Juanillo? No hay nadie: *siñor Pifanio* dejó dicho que descargaras la verdura aquí en mi casa, mientras que él venía. Con que...... ¡anda! arrea tus mulas: voy á quitar las trancas de la puerta falsa para que entres.

—¡*Güeno*! voy, voy!—asintió él, subyugado por aquella voz tan dulce y armoniosa.

Y sin treparse al vehículo, silbó, cogió el freno y guió las mulas hacia la esquina, para dar la vuelta y entrar á la carretera.

—Deveras que esta demontre de muchacha tiene buen corasón,—pensaba mientras estimulaba á las bestias con un "¡*tló, tló*!" grave y cavernoso que producía pegando su lengua al paladar para formar el vacío y despegándoal bruscamente.

Ya su novia le esperaba en el umbral de la cocina situada en el fondo del corralón:

—Entra, entra.

El perro de *tío* Pablo comenzó á ladrar, saltando en torno del hortelano y meneando el rabo con muestras de marcado júbilo. Avalanzáronse los cerdos husmeando las coles y tronchos, y por poco derriban á Patrocinio que gritaba:

—¡*Cuchi*! ¡*cuchi*! ¡retírense! ¡Cállate tú, "Gavilán!"

El inteligente perro obedeció yendo á echarse bajo un yunque, mirando á Juan con ojos humanos y cariñosos. Este era su mejor amigo.

—¡Ave María!—saludó el mozo bajando la vista.

A la tremolina que produjeron pavos, gallinas, gansos, cerdos, jumentos y personas, salió el buen viejo Pablo cojeando, con sus pantalones remengados que descubrían unos zancajos secos, sus chanclas de tacón torcido, de *falsa rienda*, su mandil negruzco de herrador, su camisa de trabajo, sus brazos nervudos y venosos, manchados de óxido, su rostro de judío, coronado por blanca melena sujeta con un pañuelo rojo pringado de blanco, sus antiparras caídas hasta la extremidad de la afilada nariz mocosa, sus ojos azules y bondadosos, su frente arrugada, tiznada, venerable, su cuerpo encorvado, gritando con su voz cascada y tartajosa:

—¡Qué es, qué es, niña!

—Juan Ignacio que ha venido, padrecito! Trae la verdura del *amo*...... pero como *siñor Pifanio* se fué desde anoche á la Villa, me dejó dicho que aquí la descargara.

—¡Ah! eres tú, Juanillo? ¡Buenos días te dé Dios! ¡Caramba! cómo estás flacucho y descolorido! Si parece que *comites* membrillo...... Pasa, hombre, pasa.

Patrocinio se puso más colorada que el manojo de amapolas que Juan Ignacio llevaba en su morral, y se fué á ayudarle al mozo para que su tío no adivinara la emoción que la embargaba. Entonces entre ambos comenzaron á amontonar las legumbres en el taller del anciano. Este los contemplaba con sus ojos dulces y maliciosos, y pensaba para sus adentros: "Aquí hay gato encerrado." Después agregó:

—¡Has llegado que ni con campana! Luego que acabes de descargar te necesito *pa* que me ayudes á curar la cochina prieta que se nos ha *encanijao*.

—Está bien, *tío* Pablo: ya sabe que estoy *pa servirle*.

—Bueno, hijo, date priesa pues!

Mirando detenidamente el morral añadió:

—Y esas amapolas?......

El portador de ellas vacilaba: las había cortado para arrojárselas sin ser visto á la ventana de Patrocinio y ya ni se acordaba de ellas, pero ahora le daba vergüenza confesarlo, pues aunque el herrador veterinario, el *albéite* como le decían todos en el *rancho*, ya conocía sus amoríos, le respetaba, y le parecía una grave falta regalárselas en su presencia.

—Las había tronchado para su novia, padre,—dijo Patrocinio cerrando la puerta de la herrería con un atravesaño.

Juan Ignacio la dirigió una mirada de reconvención que ella no advirtió por estar vuelta de espaldas, sonriendo picarescamente. El viejo acabó de confirmar sus sospechas é interrogó á aquel con sus pupilas astutas y llenas de experiencia.

—No, no,—balbutió cohibido. Eran...... son..... *pa*... pero.... son...... *pa*, sino que se las *truje* á......

—Acabarás, muchacho?

—¡A Patrocinio! ¡á Patrocinio!—exclamó esta misma precipitadamente, volviéndose á mirarle con sus encantadores ojos francos, y golpeando la palma de su mano izquierda con el dorso de la derecha.

El *tío* Pablo se sonrió viendo los apuros del mozo y éste, rascándose la cabeza, declaró por fin:

—*Pos güeno*...... sí, las corté *pa* tí.

Y dirigiéndose al anciano:

—Si su *mercé* no se enoja......—dijo tímidamente.

—No, hombre, por qué me he de enojar? La niña te quiere, tú la quieres también y yo no veo ningún *pecao* en ésto. ¿Qué es eso de que se anden peleando? Ya sé los chismes

que andan por *ái*, ya los sé; pero al que no se le ha de conceder lo que quiere...... ¡no faltaba más que yo estuviera aquí *pintao* en la *pader*! Así viejo como me ven, todavía puedo defender á ésta, y mientras yo viva nada le ha de pasar; para eso me la encargó al morir su difuntito padre que Dios tenga en el cielo. No hagan caso...... así es el mundo. ¡Ah! lo que yo he sufrido en esta pícara vida! Y qué? Ya me ven; si uno no se hace *fuerte es pior*. Ustedes no pierdan nunca la fe, que Nuestra Santísima Virgen los ha de proteger siempre que sean buenos y *honraos*. De esta criatura yo te respondo, Juan; es pura como esas amapolas que le traes, y muy hacendosa, eso sí; ya la ves; trabajando desde que amanece hasta que anochece. Ella barre, ella cose, ella guisa, ella les echa de comer á los animales, ella tragina, ella todo; te llevas una perla. Nomás no te andes emborrachando, hombre, eso no está *güeno*...... esas son......

—¡Padre, por Dios!

—Sí, mujer, sí, lo vuelvo á decir: las cosas se han de decir *pelón y rasgao;* al pan, pan, y al vino, vino. Este llegó la otra noche *rete jalao* y eso no le ha de dejar ningún provecho. ¿Qué gana uno con andarse emborrachando? Nadá! Nomás que la gente lo señale á uno con el dedo...... No me digas...... si yo también en mis tiempos *me las pues* y ni envidia te tengo, pero es bueno dejar la copa á tiempo, si no...... *Ora* ya me ves: sano á pesar de mis setenta y un años, y todavía le machaco al *jierro* y tengo *juerzas pa* tumbarte una mula *rejega*. ¿Porqué? Porque me *safé* á tiempo, porque he *llevao* una vida ordenada como Dios manda. Con que...... oye bien los consejos que de buena fe te doy; mira que más sabe el diablo por viejo que por diablo, y el que no oye consejo no llega á viejo.

—Si ni siquiera elía, padre, nomás que ya sabes que de que se le mete *pingo*......

Trataba de disculparle y entonces él respondió noblemente arrepentido.

—No es cierto lo que dice *Patrocinia, siñor:* yo deveras llegué *tomao* y le dije *quen* sabe cuántas cosas y ella me dijo.... y yo le dije...... y nos *peliamos*! Mas yo le aseguro á su *güena* persona que es la primera y última, ¡por vida de mi santa madre!

— Así me cuadra verte, Juanillo. *Ora*, lo *pasao*, *pasao* y lo que fué, voló. Agarra pues la cochina, y dale las amapolas á Patrocinio: si las viejas siempre se han de salir con la suya....

El excelente viejo se entró á preparar la medicina que pensaba aplicarle al animal enfermo, y la guapa morena se aprovechó de aquel instante para coger el ramillete de amapolas, aspirarlas emitiendo un ¡ah! de satisfacción, y darle á Juan Ignacio un furtivo beso de reconciliación en la curtida frente, donde á él le agradaba que le besara.

Los zenzontles, gorjearon. El somnoliento gato se desperezó bostezando.

—¡Cómo me has hecho sufrir, Juan!—dijo ella enarcando sus espesas cejas, frunciendo con un gracioso mohín sus labios y retorciendo con su hoyuelada diestra los botones de su bata......

—Y tú también, ingrata: yo que soy tan hombre no he podido aguantar tu desprecio y se me han salido *las de San Pedro*......

—Pero ya estás contentito!—agregó ella con voz zalamera.

—¡*Jé*! Y tú me lo preguntas,—contestó Juan Ignacio dándole un codazo.

—Tengo mucho, pero *requetemucho* que decirte,—cuchicheó meneándose como un nervioso pájaro y prendiéndose una rozagante amapola en su espléndida cabellera negra.

—Y yo *tamién*. ¿*Queres* que venga á platicar *despacito* á la noche?

—No, Juanillo, me'or yo voy con Gertrudis á la huerta, esta tarde, ¿nos esperas?

—¡Esa sí! *Pos* no ves que cuando tú vas hasta parece que cantan más bonito los *cuitlacochis*, y las rosas de Castilla *güelen* á puro cielo! Mira; si vas, te llevo á ver mi *sembrao* de *chícharos* y pensamientos; te pongo un columpio *pa* que te des *güelo* tú y Gertrudis; te tengo una *olla* de *jocoqui*, de ese *diatiro pecherón* que hace mi *máma* Ursula; te doy pan de *juera* con queso, y te tengo *tamién elotes* cocidos y una canasta de moras y duraznos; te *apeo* niditos de *güilota*: hay *munchos*, *munchos*, entre los *huiscolotes*...... mira, y los *dianchis* de pajarillos cabezones y ojones abren tamaños picos......

Y cosa de que de una vez arreglamos la boda......

—Sí, pero ¡ay! no, pobrecitos; no los has de andar cogiendo. El señor Cura dice que es un pecado robarse los nidos.

—¡Adiós, dizque *pecao*! ¡*Güeno!* Si tú no *queres* nidos te cortaré un *chico sotupo* de betabeles *pa* que le hagas mañana que es día de San Juan, una ensalada á tu tío; *entén?*

—Sí, será mejor; cosa de que *siñá* Ursula me dice cómo se hace una *jalea* que te quiero dar de cuelga....

Al decir ésto se entristeció sin saber por qué, pero Juan Ignacio no se apercibió de ello y exclamó agradecido:

—¡Qué *güena* eres, *Patrocinia*!

—Conque en eso quedamos, eh? —convino ella de nuevo alegre. Nos vas á esperar al recodo de la arboleda; ya sabes dónde; junto á la nopalera de la fuente donde me espiaste aquella tarde del mes de mayo y me diste un beso tan inesperado que hasta me hiciste tirar el cántaro del agua que se hizo pedacitos...... pedacitos.

—¡Ah, sí! ¿te acuerdas? ¡*Jé!* Y que tú me *dites* una

cachetada que todito se me hinchó el *cachete*. Hasta unos pájaros que estaban en el fresno se asustaron. ¿*Quén* nos había de decir entonces, que nos habíamos de querer tanto?

— Deveras, no?

—¡*Güeno*! *Ora* déjame ir á agarrar la cochina.

—Mientras, yo voy á hacer el almuerzo. ¿Ya almorzaste?

—Y harto!

Ambos amantes soltaron una inocente risotada, felices con amarse tanto y con haberse reconciliado, y en tanto que Patrocinio se entraba á la cocina que despedía un sabroso olor á sopa de legumbres y por cuya puerta salía una espesa humareda, Juan Ignacio lazaba á la puerca que chillaba agudamente como si la fuesen á matar. Las gallinas alargaban sus pescuezos, con ojos azorados, y el *tío* Pablo salió entonces con su cacharro, una manta burda y un mugriento cuaderno donde él había escrito con letra engarabitada, enorme, torpe, que parecía tener cólico, sus recetas y observaciones acerca de las diversas enfermedades que aquejan á los animales domésticos.

—Ya estás listo, Juanillo?

Este forcejeaba con la escuálida y porfiada hembra que seguía chillando de un modo insoportable.

—Sí, *tío* Pablo. ¡*Tijo*! A esta marrana hay que ponerle un bozal *pa* que no muerda.

En efecto: fué preciso amordazarla.

—A ver, echa *pa ca* la *medecina* pues.

Pero el viejo veterinario, testarudo y orgulloso de su ciencia, (?) se empeñó en leerle antes su receta para los cerdos *encanijaos*. Juan Ignacio prestó oído atento, arrodillado sobre las costillas de la paciente que pujaba sofocada, y el *tío* Pablo de pié cerca de él, chocheando, macu

sando su puro corriente, y calándose las antiparras, leyó la siguiente curiosísima fórmula:

"*Cochinos.*

Encanijamiento;

cuando un cochino ha tragao muchas caeas de gallina y plumas y está triste Y no come, i precura el Sol; Y se queja como un Cristiano inmediatamente, le da uno tres litros de Acivar con gujó de tres limones. lo aropa inmediatamente para que trasude: Y lo tiene uno tres dias con sus noches bien arobao a que no le de el aire. i si ni asi se alivia lla no tiene Remedio. pablo Calbillo."

—¡Eh? qué te parece? *Rebuena*: si yo ya la tengo bien *experimentada.*

—Eh mire, *pos croque* es *güena*.... Vamos á ver....

Entre los dos la hicieron ingurgitar la amarga pócima; la arroparon perfectamente en el *sudadero* y la encerraron en la pocilga, sola, para que no la diera el aire. El infeliz animal sudaba, se vomitaba á torrentes y verdaderamente se quejaba "como un Cristiano."

—¿Lo ves? Eso le hará provecho. ¡Si no me falla una!

Luego agregó:

—¿No quieres echar un *taco?* Estarás *cansao*....

—No, *munchas* gracias; todavía tengo que ir hasta la huerta.

—Deveras, hombre, no te hagas del rogar: ya sabes que en nuestro jacal no hay cumplimientos.

—Deveras, deveras: Dios se lo pague. Ya almorcé *dende* que me vine. Luego, que mi *máma* me ha de estar esperando *pal* riego.

—¡Bueno! Anda pues; me la saludas; que digo yo que es mi señora, que qué hace, que como está; y que Dios Nuestro Señor te guarde y te acompañe.

—¡Adiós, *Patrocinia!* ¡Quedamos en lo dich ! ¿eh?

—Sí, Juan Ignacio, allá nos veremos; dispensa que no salga porque se me queman los frijoles, —gritó la muchacha desde el fondo de la cocina. ¡Que te vaya bien! Dile á *siñá* Ursula que por allá nos veremos á la tardecita.

—No dejes de ir. ¡Adiós pues!

—Sí, sí, hasta luego!

Juan Ignacio trepó ágilmente al vacío carromato, empuñó las riendas y haciendo chasquear su látigo, salió del corral rumbo á su lejana casa, silbando, con el corazón henchido de gozo después de tantos días amargos; pero cuando cruzó por las habitaciones de Carlos no pudo reprimir un gesto de amenaza, y algo angustioso le oprimió el corazón.

Su carromato desvencijado rodaba silenciosamente sobre la muelle hierba que brillaba al sol como un opulento tapiz de esmeraldas. Las ruedas chillaban dando tumbos en los hoyancos, la madera crugía y oíase el acompasado tintineo del cencerro que una mula llevaba colgando de la collera. Uno que otro ranchero, tirado á la bartola sobre la colina fresca, con la cara cubierta por el ancho sombrero, pacífico y feliz, entonaba esas canciones llenas de melodía que nuestros hombres de campo cantan con tanto sentimiento. Los mirlos gorjeaban entre las hojas de oro de los álamos; las ardillas dejaban oír su largo y ladino repiqueteo, como el de un timbre eléctrico; algunas mariposas amarillas, pintadas de negro, jugueteaban sobre los myrthos silvestres; un respetable toro y una vaca bermeja, copulaban mugiendo bajo los ardores del sol que caía á plomo; el aire soplaba cálido, oloroso á rosas, saturado de acres perfumes que penetraban á los pulmones ensanchándolos y esparciendo una vivífica alegría en el alma. Un grupo de mujeres vestidas con enaguas y sacos de colores vivísimos, rojo, morado, verde, amarillo, que lavaban su

ropa interior á la orilla del abrevadero, daba un indescriptible encanto al paisaje, rompiendo y matizando la monotonía de los verdes, con sus notas chillantes y variadas. Reunidas en torno, inclinadas unas sobre la espumosa agua donde se bañaban dos ó tres chiquillos chacoteros y zafios, de pié otras con las cabelleras remojadas y sueltas, los mórbidos brazos desnudos, las faldas recogidas hasta más arriba de las rodillas, formaban una agrupación pintoresca digna de un genial colorista, y sus carcajadas sonoras, ingenuas, llenaban el almo lugarejo de paz y campestre dicha jamás apreciada, jamás sentida por las almas degeneradas y frívolas de la Ciudad. Sus senos duros, vastos, exuberantes como ricas y pulposas cidras, se exhibían sin falsos rubores, ostentando toda su materna opulencia enmedio de aquella campiña bienhechora que engendraba cosas tan bellas y séres tan buenos.

Juan Ignacio que iba silbando distraídamente, reparó en ellas al atravesar el vado cuyas aguas se enturbiaron al ser removidas por los cascos de las bestias y las ruedas del carromato. La arena y los guijarros del fondo eran machacados produciendo un ruido seco y un sordo chapoteo que hizo volver la cara á lavanderas y bañadoras.

—¡Jesús, muchachas! Ya nos vió *encueradas* Juan Ignacio!

—¡Um!. . . á *güienas* horas se van tapando, cuando ya les *vide* las piernas,—exclamó éste en tono zumbón, guiñando un ojo.

—¡No seas grosero, Juanote!

—¡Le voy á avisar á Patrocinio!

—*¡Cuela* de aquí, mirón!

—¡Si no te largas pronto, te echamos agua!

—¡Parece que son vistas!

—¡Sinvergüenza!

—¡Curtido!

—¡Cara de *condochi neio!*

—¡Chamuco!

Y Juan Ignacio seguía su camino, trepando por la pendiente á cuyos lados se alzaba la frondosa alameda señalada por Patrocinio; las mujeres lo acompañaron con sus sátiras burdas é inofensivas y sus agudos silbidos. El sonreía y de vez en tarde volvía el rostro hacia ellas llevando su mano al ojo derecho como si fuera un anteojo de larga vista.

—Ninguna de ellas es tan linda como mi *Patrocinia*—dijo en voz baja.

Los álamos y fresnos se entrelazaban sobre su cabeza, formando una bóveda espesa y odorífera de la cual pendían los racimos rojos de los *pirules*. Una torcaz se quejaba lastimosamente sobre su nido vacío cuyos huevos Juan había robado. Este la vió entre las ramas cárdenas de un breñal, al otro lado del barbecho, y se acordó entonces de la recomendación de su novia: "Dice el señor Cura que es pecado robarse los nidos." Aquel acento plañidero le causó cierto remordimiento, y juró no volver á despojar más nidos; comprendió que verdaderamente aquella acción era cobarde y perversa. Luego llegó á la fuente de agua potable hasta donde, á la hora del crepúsculo, iban las muchachas á llenar sus cántaros. Esta se alzaba con sus dos pilares de ladrillos rojos, su desconchado arco de un blanco sucio, su carcomido carrillo á través del cual pendía la soga húmeda, medio podrida por la acción del tiempo, entre las anchas pencas de los nopales enlazados por intrincados tallos de enredaderas silvestres, retamas y *quiebra-platos*. Un mastuerzo rozagante cuyas vivísimas flores de amarillo cadmio manchadas de rojo parecían rutilantes broches, crecía al pié mismo de las derruidas canteras, plantado por la piadosa mano de la buena Patrocinio que lo había sembrado ahí para conmemorar su pri-

mera cita con Juan Ignacio; y ahora la planta estaba ya bastante crecida: llegaba hasta el arco enredándose á él amorosamente, sirviendo de albergue á moscas de oro y á plateados insectos.

Juan detúvose un momento para contemplarla y á los recuerdos que su vida evocaba, parecióle sentir aún en sus labios el escozor de aquel beso furtivo y apasionado, el ardor de aquellas carnes sanas y duras. ¿Cuándo poseería á aquella hermosa mujer que lo traía loco de pasión? Su amor la deseaba á toda hora, lo mismo en las de plácido sueño, que en las ardientes de mediodía. Cuando él, postrado sobre la gleba, abría, removía y fecundaba las entrañas de su terruño, de aquel tranquilo rinconcito donde su anciana madre y él vivían trabajando y bendiciendo al Dios de los pobres, pensaba también en su futura familia, en los hijos que le daría aquella prometida robusta, en aquella otra diosa de la fecundidad que deseaba tener siempre á su lado, verla siempre. Por ésto apresuróse á llegar para preparar todo lo prometido hacía poco y recibirla dignamente, como convenía á una futura desposada. Además, comenzábase á sentir demasiado calor y Juan quería bañarse allá en la cola de la laguna, donde el agua era más profunda y fresca. Era su vicio. Desde niño había crecido ahí á los arrullos de las olas, entre el agua bendita que proporcionaba fecundo limo y alimento á su pequeña heredad. Amaba á la laguna con veneración; era como su hijo, como aquellas sardinas que jugueteaban entre sus aguas. Insuperable nadador dábales punto y raya á los guapos todos de la ranchería. Ninguno como él para atravesarla de orilla á orilla, ninguno como él para sacar los patos heridos por los cazadores, las monedas que el *amo* arrojaba el día de San Juan, ó para salvar á los imprudentes bañadores que se arrojaban en sus peligrosas ondas. Ella murmuraba para él sus más misteriosas canciones á la hora de la siesta ó durante

las claras noches de luna, cuando sentado al pié de sus juncales pensaba en Dios pensando en Patrocinio y esparcía sus ojos en la inmensidad del firmamento constelado y en la de la bruñida superficie líquida. Así, en cuanto terminara sus que haceres, iríase á solazar entre sus ondas para que á la llegada de Patrocinio y su confidente amiga, le encontraran muy aseado y muy buen mozo.

Por fin llegó, penetrando al cortijo por un ancho sendero enarenado á cuyos lados rastreaban las sandías y las calabazas en flor. Aspirábase en aquellas caprichosas veredas el oxígeno puro, cargado de ricas emanaciones de serpol y espliego que brotaban en la florida huerta. Otras veces, durante el mes de marzo, los duraznos se cubrían de flores rosadas y se destacaban en el fondo verdi-negro, á srechos rocalloso, de los alcores erizados de magueyes y biznagas, como inmensos ramilletes que formaban una compacta masa al enlazar sus ramas con las blancas de los perales y manzanos. Ahora la época de la floración había pasado, y los benéficos arbustos ostentaban ya sus opimos frutos que remedaban grandes rubíes, diáfanas esmeraldas y esferas de oro. Bajo ellos, se extendían, fértiles canteros de zanahorias, con sus rizadas hojas de un verde ternísimo, que ondulaban como delicadas cabelleras; en otros crecían pequeños rábanos que asomaban á flor de tierra sus raíces de un carmín puro, y betabeles de erectos tallos purpúreos con sus hojas lustrosas de un verde serio; más allá se desarrollaban las alcachofas cenicientas, semejantes á montones de hierba muerta, las coles frescas de tronc s ásperos y hojas combadas, venosas, ornamentales, recias, que al ser arrancadas rechinaban como el cuero nuevo; y por todos lados aromaban los guisantes de olor, las habas y las rosas de Castilla, lucían los pensamientos sus corolas de un lúgubre violado, fulgían las sedeñas amapolas, se cimbrea-

ban elegantemente las voluptuosas adormideras violáceas, blancas, multicolores, con sus melenas rizadas y blondas, simulando pomas de una hada coqueta y maravillosa. El agua del riego cruzaba los rumorosos maizales, atravesaba por una cañería bajo el cuartucho de las herramientas lleno de tronchos secos, de vainas de judías, de cortezas de frutas, de hojas mustias, de granos, de *olotes*, y corría después murmurando levemente entre los surcos, bajo la sombra de los altos álamos sobre los cuales cantaban los verdines— siempre acariciadora, dulce, incansable, fecundando los prados que eran el sostén de aquellos honrados labriegos. Juan Ignacio la amaba como á una hermana. A las veces deteníase á contemplarla con cariño vehemente, hundía su rostro sudoroso en ella, la acariciaba con sus manos encallecidas, y en aquel contacto había algo del beso, de un beso fraternal y espiritual, de un buz agradecido. En su cerebro pobre y rudimentario, germinaba, el amor á las fuerzas ocultas é invisibles de la Naturaleza, y aunque él no las comprendía, las presentía, admiraba en ellas la omnipotencia de aquel Sér intangible, infinitamente sabio, infinitamente bueno, que derramaba en su corazón un sincero optimismo haciéndole amar la vida en lo que tiene de más bello, de más santo y de más útil. No se preocupaba por nada, no intentaba hurgar nada. Su espíritu vivía sereno, sumido en un piélago diáfano y tranquilo, turbado solamente por aquellas humillaci nes que sufría del señor de la vecina hacienda, humillaciones que despertaban en su sangre la altivez de una raza oprimida, vejada, pasiva, que comenzaba á sentir ya el poder de su secreta fuerza. Pero estas cruzaban como relámpagos logrando apenas arrancarle un rugido de protesta que bien pronto era acallado por su naturaleza pacífica. Se conocía demasiado para dejarse llevar por su salvaje temperamento. Cuando los mozos de la aldea se mofaban de su falta de valor para

reprimir aquellas injustificadas agresiones de que era prudente víctima, se reía, despreciándolas, como un león seguro de ahogar á su enemigo á la hora que quisiera.

—Eres un gallina, Juan: el *amo* te tiene *agorzomao*......

—Dice que te ha de birlar á la novia.

—Y que ha de ser en tus barbas.

—Yo que tú no me dejaba......

—Déjenlo: tiene miedo!

A todas aquellas cuchufletas, Juan Ignacio sonreía con bondad, daba media vuelta y se alejaba con desdén, murmurando para sus adentros misteriosamente: "*¿Pa* qué?...... Me haría infeliz toda la vida y *ella* se casaría con otro......"

En el centro del huerto se levantaba su humilde cabaña de adobe, con su techo de tablas y paja, compuesta únicamente de dos piezas y una cocinita que humeaba esparciendo sus azuladas volutas sobre las frondosas copas de los morales. Las gallinas y cerdos vagaban libremente durante el día; y por la noche, aquellas dormían en las ramas de un añoso mezquite, y éstos al pié del tronco, no siendo raro que alguna rapaz lechuza ó algún ladrón zorrillo, cebara en las boruquientas aves de corral su nocturna gastronomía. Pero Juan Ignacio poseía una respetable escopeta de chimenea que ya había dado buena cuenta de los voraces pajarracos y de los nocivos carnívoros, dos de cuyos ejemplares se veían crucificados, para escarmiento de los demás, á las puertas de la choza, con lo que dicho se está que tales desmanes habían disminuido por manera notable. Asimismo, el tresalbo rocinante de Juan vagaba maniatado por las cercanías, tras el vallado, en los pastales que se extendían más allá de los alfalfales; muy de tarde en tarde se oían sus broncos relinchos, y á lo lejos podía verse su escuálida figura, su actitud filosófica, su costillar roñoso y cubierto de lobanillos, sus ancas huesosas, sus peludas piernas y su indispensable corte de *zanates* que

cabalgaba sobre su aguda espina dorsal lacerada y desprovista de pelo.

Arriba, á través de hojas y ramas, se admiraba la irreprochable limpieza del cielo que en aquel día, víspera de San Juan, aparecía bello y espléndido. Al mancebo le pareció que el casto Apóstol se ocupaba de lavarlo mejor con sus guedejas rubias como los trigales.

Siñá Ursula, la viejecita madre del hortelano, esperaba á éste sentada al pié del álamo grande, el árbol más viejo del cortijo, que según se decía, había sido plantado por su bisabuelo, un valiente guerrillero que murió "cuando la Reforma." Así, encorvada, en cuclillas, con los pobres vestidos cubriendo su cuerpo exangüe, con su rostro rugoso y pálido, sus ojos bizcos, su pelo blanco y sus anteojos negros, parecía una de esas bienhechoras hadas que disfrazadas de mendigas, esperan á los niños pobres y buenos á la entrada de los umbrosos bosques solitarios. Hablaba sola, se mojaba la punta de los dedos para enhebrar mejor su aguja y surcía unos pantalones de su hijo, trabajosamente, con sus manos pellejudas y temblorosas, salpicadas de pecas. Frente á ella se hinchaba un pavo común muy orondo, muy severo, muy fachendoso; y arriba, entre el follaje, picoteaba un *carpintero* y reñían dos gorriones desprendiendo ramitas y brotes que caían en menuda lluvia como digna ofrenda á la rústica anciana. Esta era un poco sorda y no escuchó el ruido del carromato; hasta que su conductor gritó:—"¡Eh! madre, ya vine del rancho!" sonrió á su hijo.

—¡Dios te bendiga, Juanuch !—gritó chocheando.

El muchacho fué á desuncir las mulas, las *mancornó* como él decía, y las dió libertad mientras se iba por un canasto al cuarto de las herramientas. Cuando regresó la preguntó á su madre:

—Estás *güena?*

—Sí, hijo, sí. El dolor de anoche ya se me quitó, á Dios gracias, Pero *pa* qué *queres* canasta *orita*, hombre de Dios?......

—¡Ah, madre! es que á la tarde viene *Patrocinia* con Gertrudis, y yo le dije que le iba á tener una canasta de moras, betabeles y duraznos. Voy á *cortalos*, eh? Mientras, *echa las gordas* y prepara tantito *jocoqui*, que *tamién* se los he ofrecido.

Con el dorso de la mano derecha se limpió el sudor que manaba de su frente y agregó:

—¡Ah! se me olvidaba *dicirte* que *Patrocinia quere* que le digas cómo se hace la jalea de perones.

—¡Um, qué Patrocinio! *Pos* qué ya te *contentates* con ella, *candingas?*

—Sí, madre, sí: ya hicimos las paces. Lo que yo te decía: eran puras habladas de la vieja Pioquinta.

—Más vale que sea así. Anda pues á cortar eso y vente pronto *pa* que me ayudes á regar y á barrer aquí, que está todo del asco.

Se levantó apoyada en su bordón y fué á buscar su escoba: era una viejecita á quien le gustaba tener todo en regla; y como Patrocinio era su consentida y al fin había de ser su hija, la quería deveras, le rogaba á Dios todas las noches que el *amo* no fuera á hacer una de las suyas.

Juan Ignacio cortó las más dulces moras, los mejores duraznos y los betabeles más grandes llenando con ellos el canasto. Después hizo un ramillete de rosas y pensamientos que ató con un flexible tallo acuático, y lo arrojó á la acequia para que no se marchitara. Pero antes de asear la plazoleta se fué á la orilla de la laguna donde tomó el baño que le ponía *buen mozo*, según su propio dicho, y allá volvió á sentir aquella insólita angustia en su corazón: le pareció que alguien le cogía de un pié y que intentaba atraerle al fondo, hundirle, sepultarle en el fangoso abis-

mo, bajo aquellas aguas turbias y frías. Sintió que unas uñas se clavaban en sus piernas; pero imprimió un vigoroso movimiento á su cuerpo, y logró desasirse de aquello que á él le había parecido una garra, algo como una *mano desesperada y convulsa*.

—*¡Jijo!*—exclamó ya en la orilla, ¡Buen susto me han *dao* esas hierbas!

Se miraba la pierna herida por unas zarzas que sin duda había arrastrado la corriente depositándolas en el fondo. Sin embargo, la sensación había sido muy extraña; él había jurado que era *una mano* y no una planta espinosa la que se aferrara á su pié. Quedóse preocupado, sintiendo aquel malestar indefinible que por lo raro le llamaba la atención; y se rascaba la cabeza con su movimiento acostumbrado, no acertando á explicarse aquello.

—*¡Jijo!*...... ¿por qué sería?

Pero poco á poco se vió más tranquilo, se vistió y echó á andar hacia la casa donde ya su madre le esperaba para el barrido.

—¡Cómo te has *tardao*, hombre de Dios! ¿*Pos* qué hacías?

—¿No miras que me *jui* á bañar?

—¡He, he, miren, miren al *remilgao!*

La anciana pegó varias veces con su bordón en el suelo, y mientras ella llenaba la abollada y mohosa regadera en el arroyuelo cubierto de algas y hojas secas, Juan Ignacio barría alegremente con su escoba de ramas, ya del todo repuesto de su pasada impresión, pensando en que todo aquello olería á tierrita mojada cuando llegara su Patrocinio.

Una gallina pinta, la más ponedora, cacareando escandalosamente, y las demás, en unión del gallo *bálique*, le hacían coro.

—A vèr, madrecita, *usté* ya no puede trabajar: déjeme *dí* la regadera: *croque* ya puso la "Chanfaina."

El sol caía á torrentes, un sol ardoroso de Junio que hacía vaporizar la tierra húmeda. Las golondrinas cruzaban el espacio piando locuazmente; los saúcos enanos despedían un embriagante perfume que casi asfixiaba; los cerdos perezosos dormitaban bajo el carromato, entre el estiércol caliente; una salta-pared dejaba oir su risita melodiosa en los bardales á cuya sombra descansaba el famélico penco; rojísimos *cardenales* se posaban en las ramas de los membrillos ó en la punta de los arbustos secos; las cigarras también chillaban cabe la hierba cuajada de silvestres florecillas; los salta-montes verdes, brincaban de aquí para allá; níveas nubes se acumulaban en los lejanos picachos de la sierra, reflejando sus impolutos armiños en la superficie líquida de la extensa laguna; los patos silvestres se espulgaban á la orilla del estanque ó se zambullían, nadando entre dos aguas; un halcón aleteaba grácilmente, sin avanzar ni retroceder, suspendido en el aire y lanzando su rápido "cri, cri, cri;" y de todo aquel paraje brotaba como un himno de bendición y de gratitud.

Juan Ignacio quiso regarlo todo, desde la entrada hasta la fuente. Quería que su amada entrara de una manera triunfal, y hasta tuvo el poético capricho de deshojar muchas rosas de Castilla en el sendero que olía deliciosamente. Los pájaros, como si secundaran sus afanes y comprendieran sus intenciones, gorjeaban galantemente entre los breñales de la tupida nopalera. El tenía razón al decirla: "......no ves que cuando tú vas hasta parece que cantan más bonito los *cuitlacochis*, y las rosas de Castilla *güelen* á puro cielo?"

De tal modo se ensanchaba su espíritu ante aquel prestigio del campo, que se puso á cantar alegremente una danza que le había enseñado Don Luis, el hijo del Presi-

dente Municipal que á las veces iba por ahí á cazar patos y alondras. Su afinada voz de inculto barítono resonaba ahora romántica y tierna bajo la soledad de las arboledas rumorosas:

"Morena del alma mía
si tú supieras lo que es amor...."

Completaba la sentida cuarteta entusiasmado, inspirado, declamando como un cómico ante un espejo. La imágen de su preciosa novia volvía á aparecérsele con su negra cabellera adornada por las regias amapolas que él la llevara, con sus húmedos ojazos fogosos y negros, su boca roja como la flor del nopal, sus mejillas cubiertas de leve pelusilla como los duraznos de la huerta, su cuello esbelto á la manera de los lírios, sus senos desarrolladísimos, erectísimos y ricos, su airoso talle naturalmente delicado, sin las deformaciones del corsé, sus caderas amplias, mórbidas, de hembra sana y fecunda, y sus piés breves, aquellos piés adorados por Juan y que muchas señoritas empingorotadas de la Villa envidiarían, piés que muy pronto iban á hollar como digna alfombra, los pétalos que él acababa de esparcir.

Avanzaba hacia el recodo, regando y pensando:

—"Todavía faltará una hora *pa* que vengan...." Luego reanudó su canción:

"Yo te amo con amor ardiente...."

Siguió cantando, accionando como si estuviera frente á ella, cuando resonó tras de los árboles una doble carcajada que le hizo estremecer.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! ¡Qué susto te hemos dado, Juanillo! Sigue, sigue. ¿A quién le cantabas? ¿Verdad que no nos esperabas tan temprano?......

El enamorado visionario se volvió azorado, rojo de vergüenza porque las pícaras muchachas le habían sorprendido en flagrante delito de pasión.

Entonces Patrocinio y Gertrudis que iban muy emperifolladas con sus trajes lila pálido, sus rebozos nuevos, sus delantales blanquísimos, sus collares de corales y cuentas de vidrio, sus grandes arracadas y sus zapatos de raso turco, salieron de entre los corpulentos troncos haciendo crujir las hojas secas y riéndose todavía.

Juan Ignacio, ya más repuesto de la sorpresa, adelantóse hacia ellas diciendo:

—*¡Jijo! Pos deveritas* que me madrugaron. ¡Ah qué ustedes!

Yo las esperaba hasta las tres.... Yo me dije, dije:—"lo *ques* esas no se aeolean." Y *ái* nomás que van llegando, ¡qué *demonchis!* ni las sentí *siquera*: era de que hubiera *óido* los pasos, *¿everdá?*

—Sí, pero tú verás, Juan Ignacio: nos *venimos* antes porque ésta no quiere que la vea el *niño* Cárlos; como acaba de llegar....

Gertrudis dijo estas palabras con aire quejumbroso, y Juan al oir el odiado nombre de su rival, sintió un pasajero vértigo, se puso furioso, y apretando los pesados puños y rechinando los dientes, exclamó:

—Pero *pa* qué diablos vendría *ora* ese *curro desgraciao?*

—No sé, Juan,—contestó confusa Patrocinio. No te enojes. ¿Qué nos importa él? Ya sabes que nomás soy tuya, tuya....

Le imprimió un dulce beso en la frente y le cogió del brazo.—Vamos, hombre,—añadió. ¿No te gusta que mejor me haya venido?

Juan Ignacio recordaba en aquellos momentos el pañuelo chocante de Cárlos y respondió distraído:

—Sí.... sí.... vámonos *de gilo*. Yo tampoco *quero* encontrarme con ese....

Gertrudis le tomó del otro brazo y el grupo se dirigió á la huerta.

—¡Ah! qué bonito huele! ¿verdad, Gertrudis?—dijo Patrocinio contemplando las rosas que tapizaban el camino é inclinándose para recoger una que colocó entre sus trenzas de azabache.

Juan, que por bueno olvidaba pronto sus cóleras, sonrió satisfecho. Siempre le pasaba lo mismo: al lado de Patrocinio sentíase completamente dichoso, con dicho sin nubes.

—*¡Je! Pos* las regué *pa* tí, morena! ¿Te cuadran?

—Cómo no, Juanillo. Ya sabes que las rosas son todo mi querer.

—*Ora* las verás.... *ora* las verás...... ¡Mira! están los rosales *tamañotes ansina!*....

—¡Ay qué gusto! ¿Y nos haces coronas?

—Lo que tú *queras, Patrocinia chula;* tú aquí eres la reina.

Juan esperaba *algo*. Fingía contento, pero estaba en realidad inquieto, molestado por una vaga obsesión que á pesar suyo le brotaba de los labios.

—¿Me emprestas tu *paño*, Gertrudis? Tengo una *moquera*....

—Toma mejor el mío —ofreció Patrocinio.

—No, déjalo, si nomas quería sonarme...... Este está *güeno. ¿Pa* qué te ensucio el tuyo que está blanco y limpio como el de....

—De quién?....

—De...... de...... de mi *máma*.

Aquello de *la moquera* se le había ocurrido de pronto; era una mentira. Ya cuando reflexionó había pedido el pañuelo sin necesitarlo. Fingió limpiarse y lo devolvió á tu dueña, íntegro.

—No dices que tienes catarro?—preguntó ésta mientras lo examinaba.

—No, yo no he dicho nada......

Patrocinio y Gertrudis se miraron en silencio sin que él lo notara. El tuvo un momento de pasajera tristeza y pensó lo que ya otras veces pensara: "*Pa* qué?......"

—Para que qué?—interrogó ansiosa Patrocinio.

El se asustó. Había expresado en voz alta lo que creía haber dicho ment lmente

—Tú no estás bien, Juan; algo te preocupa. ¿Estás enfermo?

—No, *mialma* sino que...... No me hagas caso, No tengo nada...... Mira; ya estoy contento,—dijo volviendo el rostro hacia el rancho.

Entraron á la propiedad.

Los pájaros seguían trinando bulliciosamente. Algunas nubes interrumpían con frecuencia la luz del sol esparciendo una agradable sombra en aquella tierra caldeada. La tarde se presentaba tibia, nublada, propicia para un agradable paseo. Una fresca brisa movía tranquilamente las frondas llevando soplos aromados que las doncellas aspiraban con visible deleite.

Patrocinio recordó las palabras del m zo y oprimió con fuerza su brazo.

—¡Cuánto pájaro y cuántas rosas tienes en tu casa, Juanillo!—le dijo mirándole amorosamente.

El no halló qué contestar, pero la contempló también como diciéndola: "Todo ésto es tuyo."

Al ruido que produjeron ya cerca de la choza, bajo los duraznos que les arañaban los rostros con la punta de sus ramas, salió á recibirlas la excelente anciana.

—¡Buenas tardes, *siñá* Ursula; buenas tardes le dé Dios! —gritaron en dúo Patrocinio y Gertrudis, abrazando cariñosamente á la señora.

—¡Ah! son ustedes? Pasen, pasen, *mialmas!* ¡qué milagro! ¡Caramba! qué hermosas de grandes están! ¡Ya *cuantísimá* que no las miraba esas caritas de rosa! Pasen, pasen.

Entraron todos, inclinándose á causa de la poca altura de la puerta. Ya dentro, Juan Ignacio las ofreció unos bancos de tres patas, y las mujeres comenzaron á hablar de sus asuntos mientras que él, sentado sobre un tronco de fresno, las escuchaba con atención, apoyados los codos en las rodillas, dándole vueltas á su sombrero de paja. La habitación estaba amueblada pobremente; algunos santos adornaban las paredes blanqueadas con cal; una cama de *tarimas* se veía en un rincón, bajo un extravagante altar dedicado á la Virgen de Guadalupe; pequeños *petates* alfombraban el piso desigual, de tierra apretada; una rinconera vieja, pintada de negro, contenía un devocionario amarillento, desencuadernado, algunas estampas y trapos sucios, y una hoja que tenía este título: "La oración del Justo Juez;" sobre un baúl verde, ilustrado con groseras rosas de un rojo abigarrado, descansaba el canasto de la costura, y en otro rincón, veíase un lío de mantas envuelto por una *zalea* negra de borrego. Era todo.

Las muchachas hablaban hasta por los codos, y la viejecita, fumando su arqueado cigarrillo de hoja de maíz, se quejaba de su dolor de cintura y de sus ojos; ya estaba, decía, con un pié en la sepultura y no veía *de á muerte;* su hijo tenía que ensartarle el hilo á la aguja porque ella, á pesar de sus gafas, no miraba de remate y además le temblaban las manos; no podía tampoco barrer: al hacerlo sentía un agudo piquete en los riñones, como si le clavaran una alezna; de modo que el pobre de Juan tenía que atender á todo; allí hacia falta una señora de su casa, que pusiera todo en orden para que su hijo pudiese atender las labores del campo.

Patrocinio se ruborizaba ante las raras miradas de su

futura suegra que la contemplaba con sus ojillos bizcos, rojizos, lacrimosos: y Gertrudis le daba de codo, envidiando en el fondo el porvenir apacible y risueño de su amiga.

Luego la plática se reanudó cuando entraron de lleno en el asunto del matrimonio; todos daban su opinión acerca de lo que se debía hacer; y tras mucho discutir, se fijó por fin el día en que debíase verificar aquel, salvo la opinión del *tío* Pablo y del señor Cura á quienes consultarían. Quedó pues definitivamente concertada la boda que sería sencilla, sin ruido, á lo pobre, á cencerros tapados. Los novios se dirigían intensas miradas de promesa, dudando todavía de que tan pronto pudieran alcanzar la soñada dicha; parecíales imposible que llegara el gran día de sus nupcias. *S'ñá* Ursula decía cómo se hacían aquellas cosas; recordaba su matrimonio y se engolfaba en sus recuerdos, entusiasmándose por grados al recordar sus tiempos de noviazgo, interrumpiendo sus frases con un expectorar continuo y cascado que agolpaba la sangre en su rostro. Gertrudis la escuchaba con arrobamiento: para ella, niña aún, en quien ya comenzaban á despertarse los instintos maternales, aquellas remembranzas la parecían cuentos fantásticos.

—De modo que así queda convenido?—preguntó Juan levantándose.

Su amada asintió con un leve movimiento de cabeza que hizo oscilar sus grandes arracadas de plata. Sin embargo, la parecía que su casamiento sería un sueño; sentía una inexplicable duda, algo así como un presentimiento de que aquello no podría realizarse nunca. ¿Por qué? ¿Acaso ella lo sabía? Y al cavilar sobre este punto, su amor por Juan Ignacio aumentaba por modo extraordinario; ya no era simplemente pasión lo que por él sentía; ahora le miraba con lástima, como si una cosa, un obstáculo, alguien, lo apartara á la fuerza de su lado. No era Cárlos el hacen-

dado aquel *algo* tan cruel que se interponía entre la mutua felicidad de ellos, no: era una barrera desconocida, infranqueable, que ella no podía precisar de una manera clara. Todos los que están á punto de realizar un ensueño largo tiempo acariciado, dudan, temen que su ambición sea chasqueada. Patrocinio no ignoraba ésto, pero aun así, lo que ella temía que sucediese, era más fuerte que tan común estado de conciencia.

Su prometido que la vió pensativa y ceñuda intempestivamente, adivinó con esa clarividencia que poseen algunas veces las almas gemelas, lo que pasaba en su razón atribulada; él también sentíase molesto, cobarde ante lo imprevisto. Tuvo sin embargo la fuerza de voluntad suficiente para reprimir sus preocupaciones y aparecer tranquilo; amaba tanto á Patrocinio, que no quería causarla ningún disgusto, sobre todo en aquel día que la había invitado á pasear.

Contra lo que ambos esperaban, (cada uno dentro su pensamiento) la comida fué alegre y bulliciosa; abundaron los platilos campestres, el caldo *gordo*, de legumbres, sazonado con *yerbabuena* y perejil, el puchero suave con chile muy picante, el queso fresco, los frijoles refritos con cebo de carnero, adornados con tajadas de chile, rebanadas de cebolla, orégano y queso, sabrosos, que hacían hebras; circuló el pulque dulce; y aquel *jocoqui* que la anciana preparara tan exquisito, y que ofreciera Juan Ignacio con verdadero orgullo, les pareció inmejorable á las invitadas de honor.

La leña verde chisporroteaba y humeaba á más y mejor en el fogón, y entonces ellas quisieron salir á la plazoleta para respirar un aire más puro. Ahí, sentadas en redor de la canasta que Juan llevara, pusiéronse á platicar confidencialmente, haciéndose cándidas travesuras en tanto que siñá Ursula les arrojaba los desperdicios de la comida á los

cerdos y á las gallinas que armaban una algarabía atroz disputándoselos, correteando por todo el cercado de carrizos secos enclavados en la tierra á guisa de pared. Todo lo que habían prometido decirse desfogando sus impresiones de tantos días, fué amenizado con ruidosas carcajadas que esparcían un consolador aliento de juventud en la huerta boscosa y feraz; y cuando ya hubieron dado buena cuenta de los sazonados frutos, hasta reverter de puro ahitos, fueron á lavarse las manos y bocas al arroyuelo que seguía susurrando dulcemente sus estrofas cristalinas.

Juan Ignacio las ofreció entonces el manojo de flores que tenía preparado, pero Patrocinio insistió en llevar más: ella quería que su amado la hiciera una corona de rosas blancas.

Internáronse pues en los gramales olorosos de donde volaba piando uno que otro *llanero*.

—Por acá, por acá están los rosales.

Florecían éstos bajo los emparrados en fruto, matizados, apetitosos y rozagantes; materialmente cubiertos de rosas, los arbustillos semejaban túmulos de armiño.

—¡Ah! qué lindos!—exclamaba embelesada Patrocinio.

Su bella figura de campesina aparecía más hermosa entre aquel follaje florido y espléndido. Las anchas pámpanas, á través de las cuales se colaba uno que otro furtivo rayo de sol, acariciaban sus mejillas irritadas y cubiertas de leve pelusilla como los duraznos; las hierbas húmedas aprisionaban sus tobillos, y la brisa jugueteaba con las blondas de su cabellera.

Juan la admiraba de rodillas, extático, enmudecido como ante una visión divina, y ella reía, reía mostrando sus blancos dientes, tan limpios como los capullos que sus virtuosas manos arrancaban. Gertrudis, un poco lejos, intentaba alcanzar un racimo de manzanas. Entonces Juan Ignacio salió de su contemplación, y recogiendo las rosas

que Patrocinio le iba arrojando en su mandil de cuero, formó una bella guirnalda que colocó unciosamente en la inocente cabeza de su amada.

—¡Ah, *Patrocinia* de mi alma! si hasta pareces la Virgen del Patrocinio que tiene el *siñor* Cura en su casa!—gritó encantado del aspecto que su novia presentaba.

Y después de darla un ardoroso beso en los labios quemantes, quedóse contemplándola, alabándola como si ella fuera obra suya; y la muchacha se dejaba admirar, conocedora de su hermosura, satisfecha de ser querida, con un aire de coquetería ingenua que le sentaba á las mil maravillas.

—¡Ah! qué bueno eres Juanillo!—le decía ella echándole los brazos al cuello.

—Y tú, qué *chula!*

—Deveras me quieres mucho, Juanillo?

—*¡Muncho, muncho!*

—¿Mucho, mucho?

—¿Y tú?

—Yo te amo como á mi vida!

—Yo *muncho* más todavía: te *quero* como á Dios!

—¡Mi Juanillo!......

—¡Mi *Patrocinia!*......

Permanecían así, abrazados estrechamente, besándose con delirio entre los rosales, bajo aquel trono de la Naturaleza, cuando resonó un balazo y un pájaro muerto cayó á dos pasos de ellos salpicando con su sangre la corona de rosas blancas de Patrocinio.

—¡Jesús!—gritó ésta temblando y refugiándose en el pecho de Juan.

—¿Qué *jué?*...... Un tiro *croque*......

—Sí ... sí.... un tiro.

—¡Ah, *jijo*!—repuso Juan Ignacio bramando de cóle

Ya sé *quién* ha sido! Por poco te matan.... Esta vez sí no se lo perdono.

Y desprendiéndose de su novia, corrió hacia el vallado sin escuchar los gritos de ésta que intentaba retenerle.

—¡Juan! ¡Juan! por Dios, ¿qué vas á hacer?.... ¡Vente! ¡vente!

Pero él ya había salido al encuentro del fátuo Carlos que escopeta en mano había penetrado á los dominios del pacífico hortelano. Y encarándose por vez primera con él, apretados aquellos puños que mancornaban un toro, le dijo lívido de ira:

—Oiga...... *amo* Don Carlos, ¿con qué derecho se viene á meter á mi huerta y tira con riesgo de matar un cristiano?

—Yo?

—¡Sí, *usté*!

—Y tú con qué derecho me hablas con tanta altanería?

—Porque puedo, porque estoy *cansao* de todo lo que su *mercé* me hace.

—¡Bah!—dijo Carlos apartándole. Déjame ir á recoger el pájaro que he matado y no me vengas con tus insolencias, que yo no soporto altiveces de nadie ni menos de un pobre *pelado* como tú......

—¡Eso sí que no!—replicó Juan Ignacio rechazándole. Aquí no pasa su mercé más *pa* adelante, porque en mi casa yo mando. *Usté* será el rey y lo que se le antoje en su hacienda, pero lo *ques* en mi huerta *usté* es un *cualquera* que viene á meterse como un ladrón. Si cree que nomás porque me *merca* la pastura *pa* las vacas y la verdura *pa* su casa, voy á dejarme que me ponga la pata en el *pescuezo* toda la vida, está *equivocao*. Ponga su huerta y déjeme en paz, que sobra quien me *merque* mis hierbas en la Villa. *Usté* lo que *quere* es robarse mis tierras..... ya lo sé; pero

no se le ha de conceder porque Dios protege á los *probes*. A la hora que se le antoja viene y me pisa mis *sembraos*, se *junta* mis frutas, echa á pastar su caballada en las labores que tanto trabajo me cuesta sembrar, tira *pa acá* como si estuviera en su casa, y todavía no contento con seguirme todos los males que puede, anda queriendo quitarme á la *Patrocinia* y eso sí que le ha de costar muy caro. Ya no estamos en aquellos tiempos, cuando yo era su esclavo y me pagaba *dos y medio* y ración. *Ora* tengo con qué irla pasando *pa* no ser ya su esclavo. Vaya á robar á los *probes* que se dejen: yo ya soy libre. Eso tenía que refregarle en la cara. Con que.... sígala *pa juera* ó lo echo á garrotazos como un perro: ya basta que los ricos manden á los *probes* como si *juéramos* sus bestias!

—¡Ah! ¿de manera es que quieres echarme á mí, á mí?.... Pues oye; ahora por capricho no me salgo. Y dices bien: te he de quitar á Patrocinio aunque tú rabies; ella me ama y me ha dado besos.... y aunque no quieras, he de hacer aquí lo que se antoje. Sí, yo soy el rico, soy el fuerte y puedo más que tú. ¿Tú qué eres? Un infeliz gañán muerto de hambre. Echame, pues si puedes....

—*Pos* mire, no sea hablador, curro...... *tal por cual*; *pa* que vea que puedo!

Y le empujó irresistiblemente haciéndole retroceder hasta el vallado, pero Juan Ignacio y él se tropezaron en un surco y cayeron forcejeando. Carlos pretendía disparar sobre él; Juan tenía sujeta la escopeta con la mano izquierda, y con la derecha le tenía cogido de la garganta. Caído debajo no podía maniobrar; Carlos llevaba toda la ventaja; revolcábanse en una lucha feroz, jadeantes, levantando nubes de polvo, mordiéndose como fieras, descargando su odio mortal. De un momento á otro podía dispararse el arma y herir á cualquiera. Juan veía aquella *mascada* que tanto le repugnaba y no podía arrancársela, desviando, ce-

mo lo hacía ya con ambas manos, laescopeta fatal que crujió entre sus manos de hierro, á punto de quebrarse. Tirado de espaldas, sintiendo sobre su atlético tórax la segunda rodilla de Carlos, se defendía únicamente á patadas, á mordiscos, intentando soterrarle para obtener todas las ventajas. Un salivazo de éste le cegó momentáneamente y Carlos se aprovechó de tal circunstancia para arrancarle la ya rota arma que Juan había partido como una caña en sus rodillas; y antes de que pudiera levantarse, las muchachas, que se iban acercando dando gritos de miedo, corrieron á desapartarles porque ya Carlos le había asestado un puñetazo bañándole en sangre el rostro...... Cuando el vencido intentó vengarse, ellas se interpusieron sujetándole fuertemente por los brazos, imposibilitándole para continuar el combate, rogándole que no cometiera un crimen. Armado de una enorme piedra, estaba espantoso, imponente como un hombre de las cavernas, con su rostro desfigurado y sangriento.

—No, Juan, por Dios, no lo mates!

Carlos que era cobarde, aprovechó aquel instante para montar en su caballo y alejarse corriendo. Ahora que ya no tenía arma sentía un miedo horrible y temía que libre Juan, le aplastara, le hiciera pedazos.

El ofendido hortelano le gritó con voz amenazadora y ronca:

—¡Ande, *curro collón*, lo *ques* esta bofetada le ha de costar la vida!

Estaba iracundo y pretendía aún darle alcance, pero las muchachas no le dejaron ir, y todos juntos regresaron á la choza, sudorosos, llenos de tierra, humillados una vez más, turbados hondamente por aquel desagradable incidente que había perturbado de un modo brutal é injusto su apacible idilio.

Ya en ella le narraron todo lo acontecido á la senda an-

ciana que se persignaba á cada momento y le daba agua con azúcar á Juan Ignacio, para que se le *bajara el coraje*. Patrocinio desgarró su *paliacate*, hizo una venda que empapada en agua fresca aplicó á la hinchada y amoratada mejilla de su novio, y como ya se iba haciendo de noche le suplicó que las acompañara hasta la orilla del *rancho*, pues temían que el vengativo Carlos atentara contra ellas aprovechando la soledad y obscuridad del camino. La viejecita se oponía, conocía muy bien á su hijo que era capaz de ir á buscar á su ofensor para lavar la afrenta; pero aquel accedió con un acento firme que no admitía réplicas, y ella tuvo que ceder con lágrimas en los ojos.

—¡Sí, Patrocinio, vamos! Y si ese...... *quere* hacerles algo, ya verá cómo *se voltea el chirrión por el palito*!

Luego, mientras las acongojadas doncellas se despedían de *siñá* Ursula, él murmuró amenazadoramente tocándose la calenturienta mejilla:

—Nos veremos.... ¡uno sobra!

El regreso fué silencioso y triste; ninguno tenía deseos de hablar. Gertrudis caminaba al frente, mirando con temor á ambos lados del sendero, como esperando á cada momento que Carlos saliese de entre la espesura para atacarles, figurándose que á la mejor resonara un tiro y Juan, Patrocinio ó ella, cayeran heridos mortalmente, estremeciéndose al oir cualquier crugido de la hojarasca. Patrocinio sollozaba colgada del brazo de Juan Ignacio que á su vez marchaba abatido, preocupado, ceñudo, tocándose de vez en cuando la hinchazón y enjugándose el inyectado ojo que le lagrimeaba.

—Quítate ese *paño*, no quiero verlo,—le dijo de pronto á su novia.

Ella se lo quitó del cuello, á pesar del frío que sentí

Y siguieron andando. Las aves se acurrucaban cabe ramas, otras aleteaban despertadas en su ligero sueño·

olas iban á morir á la orilla, cerca de los descomunales troncos cuyas raíces semejaban dorsos de dormidos dragones; se escuchaba su rumor siniestro á través del follaje verdi-negro. La laguna, en aquella hora sombría, se adivinaba profunda, plomiza, como una lámina de acero; un buho cantaba lúgubremente, posado sobre los tallos espinosos de un *cardenchi:* veíanse relucir sus ojos redondos y espectrales, como macabras estrellas en la tiniebla; los corpulentos álamos susurraban melancólicamente; las ranas emitían su fastidioso borborigmo bajo los *tulares,* y un grillo chillaba monótonamente:

—Cri, cri ... Cri, cri.

Una que otra lucecilla brillaba allá en el caserío, sobre las colinas que destacaban su silueta en un velo cárdeno y trágico. Densos nubarrones volaban por el cielo anunciando un amanecer lluvioso, impulsados por el norte frío; los muchachos de la hacienda, frente á la casa grande cuyas vidrieras se iluminaban rojizamente, habían encendido una hoguera sobre la cual saltaban dando alaridos de júbilo. Sus sombras, agigantadas fantásticamente, recorrían el caserón como diabólicas siluetas; las llamas ondulaban, crepitaban, zumbaban, reflejando su tinte sanguinolento en los troncos de los árboles y en las aguas de la laguna que ahora le parecían á Juan manchadas de sangre......

—Ya, Juanito, no te molestes más. De aquí nos vamos solitas,—dijo Patrocinio en voz baja y emocionada, tendiéndole la mano.

Juan se la estrechó en silencio, largamente, sintiendo otra vez aquel malestar indefinible que le hacía daño. Ni se acordaron de besarse como otras veces, cuando sonrientes unían sus amorosos labios en el puente.

—*Güeno,* adiós, cuidado con ese......

—Véte tranquilo.

—¡Adiós, Juan!—balbutió Gertrudis.

—¡Adiós!......

—¡Véte, mi vida; prométeme que te vas,—le suplicó Patrocinio.

Separáronse.

—¡Oye, *Patrocinia!*......

—¿Qué?—preguntó ésta volviéndose ansiosamente.

—No...... ¡nada!...... *Cuela*....

—¡Dios mío!—exclamó la muchacha sollozando y alejándose.

Treparon la cuesta y él las siguió largo rato con la vista, como se mira á los seres queridos que ya no debe uno volver á ver, magnetizado por el brillo intenso de la fogata que chisporroteaba elevando al cielo sus negras espirales. Luego se fué sumido en un estado de atonía invencible á través del cual veía todo confuso, como en sueños Aquellas figuras de rapazuelos que saltaban entre las llamas se empequeñecían ante sus veladas pupilas, giraban vertiginosamente, acercándose á veces para adquirir estupendas dimensiones. Sus gritos resonaban después vagamente; él oía todo sin percibir nada: era un estado raro de inconsciencia el que sentía. Tuvo pues que sentarse sobre el borde liso del abrevadero, para no caer, pues sus piernas, invadidas por súbito temblor se negaban á sostenerle: ésto le causaba más pena. El, tan fuerte, veíase reducido á la impotencia. Se preguntó: "¿Qué hora será?" Inclinó su cabeza sobre el pecho, cruzó los brazos, y seguía mirando aquella animada escena nocturna, sugestionado, atraído por ella; sus ojos, reflejando la llamarada, brillaban como los fosforescentes de un tigre, fijos, penetrantes, torvos. Sentía un desaliento atroz, una debilidad insólita, como si estuviera convaleciente. Toda su vida pasó por su memoria fugazmente, desde que era niño y jugaba como aquel chicos, hasta el malhadado incidente provocado por C los. Su temperamento salvaje se rebeló de pronto al re

dar este odiado nombre, y le pareció que la escena hacía poco ocurrida, había tenido lugar muchos años antes; había perdido, en aquellos instantes de tenaz desfallecimiento, la noción del tiempo; y volvía á preguntarse: "¿Qué hora será?" Por un movimiento instintivo llevóse la mano á su mejilla y se estremeció, palpitándole el corazón aceleradamente. Había olvidado el móvil que le retenía ahí. ¿Qué era éste? Ninguno. Se había sentado para esperar...... nada. ¿Nada? "Estoy loco"—pensaba. Entonces le extrañó verse allí, sobre el abrevadero, á la orilla del camino, á aquellas horas, entre la sombra de la noche, como un criminal que trama algo terrible. Hizo un esfuerzo mental para averiguar por qué estaba ahí, en aquella situación indecisa, y una oleada de sangre se le subió al rostro. ¡Ah, sí! Su permanencia tenía un objeto. Recordó todas las injurias de Carlos, *oyó* de nuevo el tiro, el grito de Patrocinio; *vió* caer al pájaro moribundo, salpicando con su inocente sangre la blancura inocente de las rosas que su novia llevaba á la cabeza como digna diadema de alma tan digna; *oyó* resonar dentro de sí mismo sus propios apóstrofes; *escuchó* la voz maldita y pedantesca del *otro*, sus resoplidos jadeantes y sus insolencias; *se vió* rodar por la gleba como siempre, él debajo, siempre abajo, humillado, mordiendo el polvo, cegado por aquel escupitajo que parecía corroerle el ojo como si le hubiesen arrojado un chorro de quemante vitriolo; el *otro*, encima, oprimiéndole el pecho con su huesosa rodilla, abofeteándole, venciéndole, siempre arriba; y luego los gritos, el lazo dulce é invencible de los brazos de su amada, lazo que á pesar de su ofuscación no pudo romper por temor de hacerla daño. Recordó también la oportuna huida del cobarde, su risa burlesca que quería aparecer tranquila y valerosa, sus amenazas de deshonra y sobre todo, ¡oh! sobre todo, su repugnante pañuelo rojo que él, Juan, no ha-

bía podido ni siquiera arrancarle como un trofeo de guerra.... "¡Miserable! lo hubiera yo matao!"—exclamó en su interior. Todavía resonaba en sus oídos el crugido de la escopeta haciéndose pedazos...... Sí, él tenía más fuerza; ¿por qué se había dejado dominar? Las sátiras de aquellos mozos que le burlaban, vinieron también á su memoria que ahora fulgía admirablemente lúcida:—"Eres un gallina, Juan: el *amo* te tiene *agorzomao*...." ¿Qué dirían ellos cuando supieran la tremenda humillación que acababa de sufrir delante de su amada? Serían capaces de pisotearle como á un trapo. ¡Ah! eso no! Esta vez la venganza sería espantosa. Todos verían que él era hombre. ¡Hombre! Esta mágica palabra bastó por sí sola para devolverle todas sus perdidas fuerzas. Lanzó un resoplido ruidoso, un aullido de fiera humillada, rechinó los dientes apretando fuertemente sus maseteros recios y correosos, y aquel movimiento le arrancó un leve grito de dolor al sentir la piel restirada en su hinchado pómulo. Esto lo hizo ponerse en pié de un salto; ahora sentíase frenético, potente, dotado de una fuerza brutal, pronto á avalanzarse sobre el enemigo que pretendía robarle su dicha toda. Una idea sobre todas le ilusionaba el cerebro: "¿Qué habría pensado Patrocinio? ¿Lo juzgaría cobarde?" Tales preguntas aumentaron su energía. Le había parecido que ella le compadecía, y únicamente se compadece á los cobardes; á los valientes no.

El tenía fuerza suficiente para todo. ¿Estaba apto? Pegó un puñetazo en una rama y ésta se desgajó. Después cogió una piedra bastante grande y la dirigió contra el tronco de un álamo: el proyectil partió zumbando como un abejorro y se incrustó en él. Juan sonrió con satisfacción y echó á andar hacia el *rancho*, mas á poco se detuvo: t aquello que acababa de practicar le parecía ridículo y c fesóse que era el miedo el único que le impulsaba á co

ter todas aquellas locuras. Volvió sobre sus pasos, resuelto á olvidarlo todo, á irse á acostar tranquilamente. ¿Tranquilamente? No, no podría; en lo sucesivo ya no habría tranquilidad para su corazón. Miró hacia atrás. Sí; ahí estaba el culpable, el que le robaba su calma, ahí bajo aquella habitación cercana que él podía distinguir, con su fachada rojiza, sus vidrieras tintas en vermellón, que relampagueaban como amenazándole, como participando de la ironía y la maldad de su dueño...... No pudo contenerse y se lanzó de nuevo hacia ella, amenazándola con el puño derecho; pero á poco una fuerza secreta le detuvo y volvió sus espaldas resuelto decididamente á regresar á su huerta donde tal vez su madre le esperaba con ansia. El buho seguía cantando siniestramente..... Juan lo espantó con rabia, pero el ave agorera fué á posarse más allá, en un mezquite cercano. Aquello le preocupó más y más. Sería mejor retirarse, ir á consolar á su pobre madre. A este nombre sagrado se sintió desfallecer de nuevo. ¿Qué haría ella abandonada si él cometía un crimen? ¿Qué haría su adorada Patrocinio? ¿Qué hacer? Su cerebro se ofuscaba, invadido su buen corazón por una inmensa piedad hacia los dos seres más queridos de su alma. No, no, por ellas no iría á cometer una mala acción; debía olvidar la magnitud de la ofensa...... ¿Olvidarla? No podría. Su razón de campesino burdo y libre no podía aún admitir semejante misericordia. Vacilaba horriblemente. Sus músculos le impelían hacia la mansión del orgulloso hacendado; pero algo muy poderoso le retenía clavado en su sitio, como si sus piés hubieran echado hondas raíces. Entonces se le ocurrió orar para que la tentación huyera con la eficacia del rezo. ¿Por qué no? Otras veces, una oportuna oración le salvaba. E intentó recitar las primeras palabras del "Padre Nuestro" que brotaron torpes

sin ilación. Entre una y otra surgía la idea que le asediaba, la imagen del ofensor, siempre. Mas si lo perdonaba, comprendería ninguno su sacrificio? Sería pues necesario castigarle. El mismo Carlos no sabría apreciar toda la nobleza de su pasivo silencio; diría que él, Juan, era un gallina, un mandria que se dejaba golpear impunemente, y hasta Patrocinio quizá opinaría lo mismo. Tal idea acabó por decidirle; todo era capaz de aceptar, menos aquel vergonzoso desdén de su amada; hasta le parecía que después de la lucha ella lo había mirado con lástima, como compadeciéndole. Ciertamente que había sido la primera en no permitir que él se hubiera vengado; pero las mujeres, á juicio de Juan, eran muy marrulleras: pasado su miedo en un conflicto, despreciaban al hombre que se dejaba domar por un rival más poderoso. El no admitía en su ignorancia, que un hombre fuerte y joven, fuera accesible al perdón de una injuria. Su naturaleza viril se indignaba ante los ataques injustificados de la suerte; no aceptaba el obstáculo; poseía el indomable tesón del hombre del campo, impuesto á luchar contra los elementos. ¿Existía una barrera? Se la destruía! ¿De qué modo? A fuerza de puñetazos si era preciso. Así se había educado él, combatiendo cara á cara al Destino. Era la personificación del Trabajo frente al Obstáculo: ¿Cómo había de huir ante éste?...... Aquel hombre se interponía en su camino, le ultrajaba, le hería en lo más sagrado; hasta una vez se había permitido insultar á su madre cuando él estaba ausente y entonces ni siquiera pudo reprocharle su infame conducta. Ya estaban cansado de aquella superioridad, de aquella cruel presión ejercida por la mano de un ser tan tonto como él, pero que se consideraba superior por el dinero. ¿Qué superioridad puede dar el nero en el corazón? Sí. ¿Qué derechos tenía Carlos so ¿él? Por qué se inmiscuía en su pacífica vida? ¿Po-

pretendía deshonrarle á su prometida? ¿Qué más podía tener Carlos, que él no lo tuviese? ¿Porque era rico? Ya le quitaría el orgullo, le *suprimiría*. Ahora había llegado al paroxismo de la cólera y creía tener la fuerza suficiente para vengarse. Sin embargo, una vez suprimido el obstáculo ¿no le odiaría también Patrocinio por haber asesinado á un hombre? ¿Qué porvenir le esperaba? Vivía él tan feliz en su casita, con su anciana madre, enmedio de sus árboles queridos, teniendo una bella novia á su lado, trabajando en la santa paz del terruño y bendiciendo á Dios todos los días! Después lo llevarían á la cárcel y todo concluiría: esperanzas, felicidad, paz. Sería un hombre marcado con el vil estigma del crimen él que tan honrado y bueno era, que respetaba tanto á sus semejantes. Pensando en ésto le acometió otro acceso de rabia. ¿Qué? Iban á destruirle toda su ventura? ¿Y por qué? ¿No había obrado bien toda su vida? ¿Entonces por qué le tentaba el diablo bajo la forma de un ricastro insolente y malévolo que trataba á los pobres como á la más despreciable carroña? ¿Era Dios tan injusto?.... Y al razonar así, con su lógica de ser inculto que no profundiza causas, rechazó la idea de olvidar su ofensa y avanzó resuelto hacia la *Casa Grande*. Iba en busca de Carlos, á retarle, á lavar con sangre la grave injuria que éste le hiciera. Ya vería que él, el *pelado*, el plebeyo, el paria, el oprimido, también tenía valor para no dejarse humillar por un cualquiera...... Máximas cristianas, consejos, razonamientos, todo lo olvidó para no satisfacer sino su propia venganza. Ya no era el muchacho bueno que practicaba el amor al prójimo con el más absoluto fanatismo: ahora se despertaba en su corazón la eterna maldad humana, aquella ráfaga de odio que hace del hombre cegado por la ira, un refinado ser nocivo, impetuoso como un huracán, agresivo como una fiera.

Atravesó el vado por el que se deslizaba el agua negruzca de la compuerta y trepó decididamente la cuesta. La hoguera, ya sin combustible, humeaba tristemente ese acre y peculiar olor de la paja quemada. Los niños se habían retirado á sus respectivas chozas; todo el *rancho* estaba en silencio, arrullado por el eterno clamoreo de la madre laguna que murmuraba quien sabe qué oraciones misteriosas; sólo uno que otro perro aullaba interrumpiendo el mutismo de la noche.

Juan Ignacio se detuvo antes de llamar á la ventana de su enemigo. Volvió á sentir una grande flacidez en sus miembros y le aterrorizó la idea de no poseer fuerzas en el momento supremo. Sin embargo, la débil luz que parpadeaba en la habitación lejana de Patrocinio, le reanimó, y llamó con resolución golpeando los cristales.

—¡Eh! ¿quién es?—preguntó Carlos desde adentro.

El nocturno y siniestro visitante sintió un vuelco en el corazón y huyó despavorido, como si hubiese escuchado la voz imposible de un muerto, arrepentido de la acción que iba á cometer.

La silueta de Carlos apareció en el cuadro de luz de la ventana abierta, y se dejó oir su voz que repetía colérica:

—¿Quién es?

Juan Ignacio, á quien en la violencia de la carrera se le había caído el sombrero rozándole la mejilla herida, se devolvió bruscamente y tocándosela, regresó, se plantó frente á frente de su rival que al verle con aquel aspecto espantable, con su ojo amoratado, la melena alborotada y su rostro desfigurado, se echó instintivamente hacia atrás.

—No tenga miedo el *amo*,—le dijo Juan en tono zumbón y tranquilo. No vengo á matarlo como los cobardes. Vengo por su *mercé pa* que me acompañe ahí *cerquita*, en el recodo de la alameda, *onde náiden* mire cómo pagan los *probes* las humillaciones de los ricos......

Su acento era seguro y agresivo, su calma verdaderamente aterradora.

—¿Qué pretendes? no te entiendo,—contestó el amedrentado Carlos.

—Ya se lo dije, no se haga el *suato*; que salga *pa* ver si *ora* me golpea otra vez.

—¡Bah! estás loco! Lárgate: yo no me desafío con *pelados* de tu calaña!—exclamó el hacendado tratando de cerrar la ventana.

Pero Juan que ya esperaba esta respuesta, le escupió el rostro diciéndole:

—¡A ver si así sale *ora*, *joto*!

—¡Ahora verás...... canalla!

Y Carlos, perdiendo su miedo, cogió una pistola que se hallaba colgada de su catre y salió violentamente saltando por la ventana.

—¡Vamos!

Huraños los dos, impelidos por el mismo afán de vengarse, descendieron la colina, brincaron el vado, atravesaron el puente y se internaron entre los añosos álamos que crecían á la orilla de la laguna.

—Aquí estamos en buen punto,—dijo el alevoso Carlos.

Rápidamente amartilló su pistola para disparar sobre el pecho del desarmado Juan Ignacio, pero éste, más listo y prevenido, se la arrebató brutalmente arrojándola á las olas que casi estrellábanse á sus plantas, y cogiéndole con furia por la garganta, le descargó varios puñetazos en la cara. El agredido trataba de librarse de aquella poderosa garra que le apretaba el cuello hasta cortarle el aliento, pero la potente mano del campesino, aquella terrible mano que mancornaba un toro, le oprimía, le asfixiaba. Ninguno de los dos decía nada: únicamente se oían sus respiciones que silbaban como las serpientes. Sus piés se hundían en el fango, hasta cerca de las rodillas, produciendo

un sordo *tló, tló*, cada vez que los sacaban para ir retrocediendo hasta la orilla del agua. Cárlos, con el rostro cárdeno, congestionado horriblemente, era empujado por el ímpetu irresistible de Juan Ignacio que logró por fin hacerle caer de espaldas á la laguna cuyas ondas chapotearon y cerráronse tragando aquellos dos cuerpos retorcidos por la ira, enlazados uno al otro con desesperación y rabia, como la acosada serpiente al tronco de una encina, como el pecado á la conciencia del hombre...... Y ahí, en la trágica tiniebla de las aguas cenagosas, en el fondo pegajoso y traidor, removido por los convulsos movimientos de aquellos dos hombres ebrios de odio, continuó la tremenda lucha, rápida, mortal, terrible como la de dos monstruos submarinos, sin que Juan soltara el cuello de su víctima, apretándolo como la tenaza al hierro, hundiéndole en el lodo negruzco y hediondo, empotrándole entre las lianas y hierbas acuáticas, pataleándole hasta que dejó de moverse, hasta que yació exangüe, suelto, flojo como una hilacha......

Ya era tiempo: Juan ascendió á la superficie ahogándose, falto de aire y de fuerza, aspirando ruidosamente, sintiendo todavía en su pié la mano engarabitada del muerto, aquella *mano desesperada y convulsa* que parecía atraerle aún hacia el fondo de aquellas aguas turbias y frías.

Espantado de su obra ganó la orilla donde ya flotaba el roto pañuelo que su rival llevaba al cuello; lo recogió maquinalmente, y sin mirar atrás, se dirigió corriendo á la casa de Patrocinio. Las aguas se aquietaron, los círculos se fueron reconcentrando, y otra vez las mansas olas siguieron cantando impasibles su monótona salmodia....



—¡Dios mío, Juan! ¡Qué has hecho!....

—Tómala: *es la mascada de él.* Te la regalo....¡Ja! ¡ja! ¡ja!....¡ja!....

Y se internó en el breñoso monte, riéndose......riéndose como un idiota.

Entretanto, el mismo buho siguió cantando lúgubremente, posado sobre los tallos espinosos de un *cardenche*; veíanse relucir sus ojos redondos y espectrales, como macabras estrellas en la tiniebla, como las ceñudas pupilas del Mal.

MYRTHO

"Mientras haya pobres no podremos proclamar la victoria del optimismo."

MYRTHO

Mi compañero me dijo:

"—....¡Pobrecilla!....

Abandonada, huérfana, sola en el mundo, como un tierno capullo arrancado por el soplo del invierno y marchitado en la plenitud de su vida, Myrtho arrastraba por calles y plazas su cuerpo casi desnudo, cubierto de sucios harapos, mostrando sus blancas formas ateridas por el frío: era una flor del arroyo, una pobrecita despreciada por sus padres, una francesita hija del crimen.

Todas las tardes desde mi ventana la veía pasar andando trabajosamente, con vacilante paso, pálida, flaca, con grandes círculos amoratados que rodeaban sus negros ojos, aquellos ojos tan expresivos y soñolientos y en los cuales se leía el amargo sufrimiento, la dolorosa resignación de los seres desamparados, sumidos en la más espantosa miseria, acostumbrados á vivir la terrible vida del dolor.

Desde muy niña dicen que fué abandonada sin que ni una persona caritativa se condoliera de aquella infeliz criatura arrojada al océano del mundo para sufrir como una mártir, destinada á soportar las más duras pruebas y á resistir con la debilidad de sus quince años, todo el enorme peso de la implacable miseria. Sola vivía y luchó sola con una firmeza de carácter y un heroísmo admirables.

Tenía solamente doce años cuando fué admitida en el único taller de modas que había por entonces en mi terruño. Ahí trabajaba todo el día, como trabajan estas pobres bestias: las costureras; desde la calle se la podía ver inclinada siempre sobre su labor, ganando con dificultades un miserable jornal que no bastaba á cubrir sus más urgentes necesidades.

Silenciosa, muda como la Miseria misma, apenas si entreabría sus delicados labios para lanzar un doloroso suspiro ó bien para pedir á sus compañeras de trabajo un objeto cualquiera. Estas se burlaban de ella, la injuriaban lanzándole duras palabras, injustos reproches, y la insultaban constantemente con refinada saña á ella tan bondadosa, tan buena y tan pura...... Y á todos aquellos insultos, ante aquella avalancha de palabras soeces, permanecía silenciosa, resignada; solamente una lágrima furtiva se escapaba de sus ojos y resbalando por sus pálidas mejillas, iba á caer en la costura como única protesta contra la crueldad de las miserables que no respetaban la terrible situación de su negro infortunio!

¡Oh, qué tristes ideas se acumulaban en mi cerebro cuando la veía pasar silenciosamente por la desierta calle! Mi espíritu vagando en un cielo brumoso y triste se abismaba en dolorosos pensamientos. Su imagen aparecía en mi mente con todos los detalles de su miseria, y casi á todas horas, durante el día como en la noche, la veía cruzar siempre pensativa, siempre melancólica, con la mirada fija en el suelo, como buscando en las entrañas de la tierra un consolador reposo para su alma moribunda.

Y así se deslizaban los días de su existencia, lentos, monótonos, interminables, sin una palabra de consuelo, un instante de gozo, sin una mano amiga que mitigara miseria. Muchas veces me ví tentado á socorrerla y tonces me apostaba en la esquina por donde ella tenía

pasar; la seguía, llegaba á su lado, pero un respeto involuntario, el temor de que rechazara mi pobre dádiva, me contenía y sin atreverme á seguir adelante, la miraba perderse allá á lo lejos confundida entre la indiferente multitud...... ¡Ah! entonces era yo ingenuo y bueno: tenía quince años y creía en todo. Aquella niña, sinceramente me causaba una piedad profunda. Yo no escribía todavía. Este tormento de trasladar al papel todas mis sensaciones, venía en camino, aún no se revelaba; así mi martirio era peor porque no podía ni siquiera desfogar mis impresiones. Era, en fin, un niño, un ser dispuesto á hermanarse con todos los dolores. Ahora ¡ay! no sé si creo en algo y si soy bueno aún. Me da miedo decir que tengo piedad de los pobres.

Pero en aquel tiempo,—parece que fué ayer,—le declaraba sin temor y los egoístas decían: "¡Es una criatura!" Tengo la firme convicción de que hoy, si defendiera á los miserables, esos mismos egoístas me declararían loco. Para ir con mi época, prefiero pues ser loco por dentro y cuerdo por fuera...... ¿Y tú?

Myrtho sufría también este desprecio de la gente, y yo, al no atreverme á socorrerla con algo del *domingo* que mi madre me daba, regresaba yo á mi casa con el corazón oprimido, sintiendo en mi conciencia un vago remordimiento como si tuviera que reprocharme alguna falta grave. Pero ¿qué podían mis mezquinos recursos contra su infortunio? ¡Consolarla!...... ¿Y para qué? ¿Acaso necesitaba ella de consuelos? Aislada como una flor parásita en el árido desierto de la existencia, languidecía minada por la tisis, abatida por el hambre. El mismo aislamiento y la triste soledad á que estaba condenada, habían convertido su carácter en huraño, enfriado las infinitas ternuras de su alma con el hielo de un forzoso egoísmo.

Cada vez que me acercaba para hablarla, interesado vi-

vamente en mitigar de algún modo sus crueles dolores, retrocedía asustada, mirándome con extrañeza, como admirada de encontrar en este vasto sepulcro que se llama mundo, un ser que se interesara por ella. Sin embargo, y á pesar de su ingrata repulsión, coloreábanse ligeramente sus mejillas, se animaban con extraños fulgores sus lindos ojos, y sus labios temblorosos balbutían un "¡gracias!" imperceptible que hacía vibrar hasta la última fibra sensible de mi alma. Después alargaba su manecita fina y delicada, y rozando levemente mi mano se despedía sonriendo con infinita tristeza...... Tú creías entonces que yo estaba enamorado de ella. No. Yo estaba enamorado de su tristeza. ¿Comprendes ahora por qué hago versos?......

A su contacto me estremecía involuntariamente. Aquella mano sudorosa, con un sudor raro, me comunicaba el frío que circulaba por sus venas, y como si éste invadiera mi pecho, sentía en mi cerebro la presión de lúgubres ideas, de extrañas nostalgias, de inmortales connubios, el amor en fin, á lo Infinito, el ansia de irme á otra vida perfecta, y el llanto, un llanto amargo ahogaba mis sollozos que brotaban en el silencio sepulcral de mis primeras noches de insomnio.

Me has pedido un cuento de otoño y el cuento es éste: interprétalo como quieras para tus "Bocetos."

Una tarde otoñal como ésta, recogí del jardín vecino los últimos lírios blancos que languidecían en un apartado rincón, y formando un pequeño ramillete se lo ofrecí á Myrtho que aquella vez salía más tarde que de costumbre. Mi obsequio le causó profunda alegría. Aspiró con verdadera delicia el perfume de sus corolas de raso, le dió mil y mil vueltas entre sus manecitas, y sonriendo ufana, casi alegre, me estrechó con relativa fuerza mi mano ex... mando:

—¡Gracias, amigo mío, me gustan mucho estas hermosas flores!

Y prendiéndolas en su pecho con una coquetería infantil, se alejó sonriendo......

Aquel ramo fué mi primera y última ofrenda, la única dádiva que ella había aceptado.

Después de muchos días de dolorosa ausencia, la encontré una noche. ¡Fué la última vez que la ví! Caminaba tambaleándose, apoyándose con dificultad en las burdas paredes de la callejuela sombría. ¡Pobrecilla!...... Su palidez había aumentado mucho y resaltaba aún más con el negro traje que llevaba. Tosía con una tos seca y áspera; en sus ojos, más expresivos que nunca, existía un brillo interno, un fulgor extrahumano, algo inexplicable que no era lo que yo estaba acostumbrado á ver en ellos cuando fijaba en mis ojos sus tímidas miradas. Su cabeza, cubierta con un chal desgarrado y verdoso, aparecía lánguida, dulce, angelical, como la cabeza de una virgen enferma......

El invierno, el implacable invierno con su fúnebre cortejo de nubes sombrías y de copos de nieve, la mataba lentamente, marchitándola como á una florecilla silvestre y delicada. Y se moría, se moría en plena juventud, soñando tal vez en poéticos idilios, en amores de madres, en dichas que ya nunca llegarían.

¿Recuerdas aquella nevada? Fué tremenda. Empezaron á caer copos de nieve que poco á poco se fueron acumulando en las calles solitarias, en las plazas desiertas, en las azoteas y tejados, en los altos cerros, hasta formar una blanca alfombra limpia, pura, que se extendía por todas partes, que lo invadía todo, envolviendo á la ciudad en su inmenso sudario. Muchos pobres murieron de frío. Y Myrtho, la enfermita de ojos negros y soñadores, semirecostada en el ángulo de una pared; salpicada de plumitas níveas, quedó ahí muda y rígida, oprimiendo con su mano

congelada el pequeño ramillete de lírios ya marchitos, marchitos. Por sus labios aún vagaba una sonrisa, una sonrisa cruel que arrancaba lágrimas de amargura; y su cabeza cubierta con el chal desgarrado y verdoso, aparecía lánguida, dulce, angelical, como la cabeza de una virgen enferma...... ¡Oh! la miseria, la terrible miseria de la vida!......

Es un cuento romántico, verdad? Parece increíble que estas pobres criaturas mueran de hambre y frío cuando hay miles de almas que pudieran socorrerlas. Y sin embargo, mueren...... ¡Comprendes ahora por qué soy malo, por qué ya no creo en...... nada, por qué ansío morir y por qué hago versos tristísimos?......"

* * *

Calló.

Callé.

La lluvia gemía como si Dios lamentara haber creado una humanidad tan egoísta.

En pleno ensueño

"Para el mundo, que sin fe
presume mucho y ve poco,
es necio el que menos ve,
y el que ve más es un loco.
¡Pascal, pues con santo anhelo
te mata del cielo el mal,
vuélvete á tu patria el cielo!....

Campoamor. Doloras LVI.

EN PLENO ENSUEÑO

Una tarde calurosa de estío, el sol, un ardiente disco de oro, lanzaba sobre la adormecida ciudad sus flamantes rayos haciendo brillar las cúpulas de las torres que se elevaban majestuosamente entre una atmósfera tranquila y sofocante por la cual revoloteaban como numeroso enjambre de insectillos de oro, infinidad de luminosos átomos, áurea nube del rojizo polvo de las avenidas que se levantaban á cierta altura envolviendo á la ciudad en una gasa dorada, sutil y transparente.

Era una de esas tardes pesadas y sofocantes, sin el más ligero soplo de viento y en las cuales la naturaleza entera parece sumergida en un profundo letargo. Los campos brillaban como mares de esmeralda y las ondas del San Pedro, como escamas movedizas de oro; las hojas de los álamos, ora amarillentas como viejo peluche, ora argentadas como láminas de plata mate, cuchicheaban levemente con los errantes insectos que apenas si turbaban con sus dulces zumbidos la calma y el silencio que reinaban por doquier. El cielo simulaba un inmenso y pálido zafiro; las amapolas doblaban sus rojos pétalos sobre los trigales, y las aves cansadas de revolotear entre las frondas, dormitaban en los blancos nidos.

Allá en la vega, bajo la fresca sombra de los corpulentos

árboles, las vacas cerraban pesadamente sus párpados, rumiando filosóficamente echadas sobre el verde pasto; las cigarras producían con el rapidísimo frote de sus élitros un grito agudo y monótono; los gavilanes trazaban grandes círculos en el espacio, y las culebras, á la orilla del agua, entre los juncos, agitaban nerviosamente sus delgadas lenguas de fuego.

Recostado perezosamente sobre un mullido tapiz de fresco césped; amparado por la benéfica sombra proyectada por un frondoso y perfumado jazmín cuyo penetrante aroma circulaba deliciosamente en mi redor, contemplaba embebido y somnoliento la insondable región del infinito. Mis párpados se entornaban dulcemente, y gozando de la calma del cuerpo al par que de la del espíritu, flotaba mi pensamiento en las inconmensurables alturas donde brillan los millones de refulgentes astros que giran vertiginosamente en el vacío llenándolo de vida, de animación y de esplendor, con el eterno movimiento de sus poderosísimas fuerzas equilibradas sapientemente por una Mano invisible y un Cerebro maravilloso.

El fuego de aquella tarde se comunicaba á mi espíritu, y éste, desprendiéndose de la tosca materia, tendía sus alas para elevarse con ansioso vuelo hacia la diáfana comba del firmamento irisado con las radiaciones del Astro-Rey, iluminado con las ráfagas que como apocalípticas espadas de fuego, atravesaban la atmósfera y herían la tierra.

Encontrábame en uno de esos momentos de plácido arrobamiento durante los cuales se hace abstracción del *yo* material, se olvida todo lo que nos rodea para dar franca libertad á la fantasía, al otro *yo* inmaterial, el alma, que abandonando las pesadas cadenas terrestres, se eleva purificándose y yendo á flotar á otros mundos más perfectos. Los sufrimientos huyen, disípanse las nubes sombrías acumuladas en nuestra mente, cesan los dolores que nos aquejan, la

razón se purifica como el cielo después de la tempestad, el ensueño se apodera del alma, la presta sus blancas alas, la envuelve en su manto inconsútil de ideales gasas, la impulsa con un soplo divino, y arrebatándola de las tiránicas garras de la envoltura humana, la pasea por los países luminosos del sumo idealismo, haciéndola gozar de todas las delicias celestiales desconocidas hasta entonces para ella. Sepultamos todas nuestras amargas penas que se evaporan como las negras espirales del humo; volvemos á los primeros años risueños de la inocencia, y avanzando en pleno ensueño, contemplamos absortos, estupendos horizontes que nuestra razón ó nuestra imaginación reflejan levemente velados por misteriosas brumas que son las brumas del saber. El hombre brutal desaparece para dejar campo libre al espíritu soñador. El mundo nuestro, despreciable é insignificante átomo perdido en el abismo de lo infinito, parece como que se hunde en la nada con toda su legión de crímenes, de vicios, de perversidades, de odios sin nombre; y perplejos, mirando cómo circulan en torno nuestro gigantes planetas deslumbradores cuya existencia y esencia ni siquiera soñábamos; astros que se cruzan en todas direcciones dejando en el vacío irisadas estelas de cambiantes luces que forman una intrincable red de rayos verdes como esmeraldas, rojos como carbúnculos, azules como zafiros, argentados como diamantes, áureos como jacintos, violados como amatistas, multicolores como ópalos, nos preguntamos si realmente, es decir, terrenalmente existimos, ó si muertos ya, nuestra alma es la única que viaja de universo en universo, de centro en centro, de luz en luz, caminando radiante de felicidad, ebria de dicha antes no sentida, luminosa, diáfana, rápida, hacia la perfección psíquica que debe desarrollarse en el formidable caos del infinito eterno.

En nuestro viaje romántico, ideal y encantador, nada

nos admira después de contemplar tantas maravillas ocultas por las distancias enormes que separan á los mundos siderales, puesto que, por medio del pensamiento ayudado por la ciencia, pasamos de un espectáculo bello y grandioso, á otro sublime; y de éste á otro indescriptible hasta estrellarnos contra esta palabra tremenda, sin nombre completo: ¡eterno!

Y creemos formar parte ya de ese gigantesco núcleo, como retenidos por innumerables fuerzas dinámicas invisibles que nos atraen y nos empujan haciéndonos girar con velocidades prodigiosas en torno de un centro que no está en ninguna parte, de un punto que también cambia de lugar á medida que avanzamos; y así seguimos volando eternamente como átomos infinitamente pequeños circundados por átomos infinitamente grandes en la misteriosa evolución de los mundos y de las cosas, dirigiéndonos sin rumbo aparente hacia un ideal desconocido que huye, huye siempre, persiguiendo á la muerte en cualquier sistema para revivir en otro cualquiera, juguetes siempre de las transformaciones perpetuas, esclavos de la ley de la destrucción que es la ley de la creación, siempre en pos de ese Sublime Ideal que se pierde en las sombras de los tiempos: ¡Dios!

¡Oh, maravilloso poder el del ensueño!

Pensativo y extasiado con tales ideas que hervían en mi ardorosa mente como candentes globulillos que chisporrotearan en un caldeado crisol, me abismaba en contemplaciones divinas, aceptando la realidad, pero prefiriendo la idealidad, deslumbrado ante la nítida blancura de ligeras nubecillas que flotaban por el cenit como bandada de palomas níveas; y adormecido paulatinamente caí en un tado de sopor muy parecido al de la fiebre. Me inva una torpeza inaudita; mis músculos se aflojaban; cruj mis huesos; un espantoso desquiciamiento conmovía t

mi ser; y pasada esta rara crisis, las pulsaciones de mi corazón se iban debilitando, la sangre afluía á mi cerebro no alcanzando ya las extremidades que se congelaban poco á poco; mis articulaciones se paralizaban y un dulce vértigo se apoderaba de mi mente sumergiéndome en un éxtasis voluptuoso, jamás sentido. Mi respiración se debilitaba y era tan leve que apenas hubiera podido empañar la superficie de un espejo. Yo me daba cuenta perfectamente de que la vida huía de mi cuerpo, pero á pesar de todo, el pensamiento permanecía lúcido y normal; podía recordar hasta los menores detalles de mi vida, y no me causaba ningún sufrimiento desprenderme de la existencia terrena al sentir que mi alma se desligaba de la materia: era como si mis despojos fueran de otro y yo permaneciese aún vivo, pero ya diáfano y leve como el mismo aire. Una sola idea me atormentaba: la de morir en la acepción brutal y completa de la palabra. Que falleciera mi cuerpo, que lo sepultaran, que lo devoraran los gusanos de la tumba, que descompuesto fuera á engendrar nuevas y diversas vidas, que resucitara en otros organismos, animales, vegetales y hasta minerales, pero que *la conciencia vital del yo* no dejara de existir; ésto era lo que me importaba. Podía admitir la ingratitud del mundo, el olvido, el desprecio, la total extinción de mi paso por la tierra en la memeria de todos mis conocidos, menos este egoísta pensamiento: *dejar de ser para siempre.*

Sin embargo, muy pronto me convencí de que seguía viviendo una vida meramente psíquica; sentí un vago estremecimiento como el aleteo de un abanico, como una caricia de la brisa, como un dulcísimo beso, y lanzando la última humana mirada, indecisa y débil, á la nubecilla que se cernía allá arriba, ví cómo iban brotando de su seno dos brillantes alas nacaradas que se tendían amorosamente en los aires; después se alargó girando con len-

titud apenas perceptible, apareció una silueta informe, luego una cabeza de ángel, divina, rubia, de dorada cabellera que ondeaba despidiendo vaporosas nubecillas de áureos copos. Más blanca que la nieve más pura, aterciopelada como una azucena, su espaciosa frente en cuyo centro lucía un rutilante astro, brillaba con un hermoso fulgor, rodeada por una aureola argentada en la que titilaban millares de pequeñísimas estrellas. Sus ojos eran diáfanos, extraños, comparables á dos ópalos; sus finos labios también imposibles y ligeramente nacarados; sus mejillas, róseas, y su cuello, de una flexibilidad y morbidez incomparables.

La celeste visión fué tomando forma; apareció un cuerpo transparente, impalpable, envuelto en una tela tan sutil, tan delicada, tan vaporosa, que parecía de luz, de átomos, de aire. Una sonrisa inocente animaba su deslumbradora belleza, y un raro perfume, casto y delicioso como la mezcla de mil aromas, rodeaba de prestigio sus divinas formas. Sus alas se perdían en el infinito, transparentes, inconmensurables.

Se inclinó dulcemente, me rodeó con sus esculturales brazos, y sin que yo sintiera el más leve contacto, me ví arrebatado por aquella fantástica visión hacia las ondas inexplorables del éter eterno.

—¡Ven!—me dijo. Estás muerto......

Y ascendimos vertiginosamente durante unos momentos que para los hombres eran siglos.

Nuestro miserable mundo desapareció como por encanto y empezaron á surgir entre una atmósfera toda de luz, grandiosos planetas que deslumbraban con todos los colores del iris, desde el verde más puro hasta el rojo más intenso pasando por todas las gradaciones del colorido. Mi vista podía desafiar impunemente sus ardientes rayos que atravesaban fácilmente el aéreo cuerpo de mi celes

guía, y yo no hallaba qué admirar más, si la virginal hermosura de ésta, ó la inenarrable de aquellos.

Avanzaban majestuosamente hacia nosotros, gigantescos soles purpúreos con sus flavas cabelleras que ondulaban zumbando cual bogueras infernales; soles violados, de un violado tierno, se perdían semejantes á inmensas amatistas entre la niebla; soles amarillos paseaban sus gemas claras, transparentes, á través de nuestro camino; soles azules como perdidas margaritas centelleaban á nuestros piés; soles blancos, lechosos, apagados, giraban sobre nuestras cabezas; soles tornasoles se mezclaban á todos como en un gran kaleidoscopio, se precipitaban con velocidades prodigiosas, sin chocarse, aparentemente sin órbitas determinadas, pero obedeciendo á una ley fija é inmutable, irisando el vacío con cascadas de luces; era aquello florecencia maravillosa del color, de la curva, de la armonía; como una fantástica orgía de fuentes luminosas dentro de un topacio cristalino; como una danza rutilante y mágica de florones, de ramilletes, de *bouquets*, de explosiones, de ramificaciones, de montañas apocalípticas, de regueros interminables, de cráteres enormes que despedían raudales de diamantes, y penachos de rubíes; un derrame desenfrenado de torrentes lumínicos, una locura de luz que derramaba todas sus brillantes y hermosas pedrerías, toda la escala de sus creaciones deslumbrantes que anonadaban completamente mi espíritu. Y de cada vez más, sentía la necesidad de ver nuevos sistemas, de embriagarme de luz, de volverme yo mismo un carbúnculo para participar del baile vertiginoso que miriadas de astros efectuaban en la sala del infinito.

Después huyó el enjambre deslumbrador, evapórose perdido en las lejanas neblinas, y contemplé otros soles y otros mundos más bellos; estrellas que pasaban brusca-

mente dejando tras sí, caudas brillantísimas de argentado polvo; cometas monstruosos que se retorcían como formidables basiliscos; nebulosas que aparecían como océanos de diamantes, vastas, sin fin; mundos muertos que pasaban á mi lado como silenciosos espectros; planetas en formación que se agrietaban, que se consolidaban, que comenzaban á engendrar nuevas humanidades; universos nuevos que huían con furioso vuelo, todo un caos en fin, que danzaba, revoloteaba, fulgía, silbaba, se precipitaba, zumbaba, se destruía para renacer más bello, volaba hacia la eternidad en una noche sin fin, por siglos y siglos, siempre avanzando con espantosa rapidez, sin llegar ¡jamás, jamás, jamás!

—¡Mira!—exclamó de pronto mi guía.

Un globo color de rosa como una aurora de primavera se encaminaba hacia nosotros. Bien pronto estuvo al alcance de mis ojos, y entonces me invadió una felicidad embriagadora; sentí que una dicha inefable se apoderaba de mi alma. Por todas partes oíanse rumores de besos, cuchicheos de seres inmortales, batir de alas temblorosas, dulces y melodiosos cantos, pero tan tiernos, tan leves, tan apasionados, que resonaban en mi redor como un concierto de arpas invisibles que subyugaba y extasiaba. Se oían también armoniosas sinfonías de aves que mezclaban sus himnos, sus trinos y sus gorjeos, el misterioso rumor de las caricias que formaban en aquel mundo predestinado un sempiterno suspiro, amoroso y lánguido, cadencioso y ultra-terrestre. Ocultos laúdes preludiaban soñolientas sonatas, dulcísimas canciones voluptuosas que surgían de aquel mundo encantador entre el ambiente apacible de una perpetua Primavera bañada por la rósea claridad de una aurora perenne. Mil mansos arroyuelos serpenteaban fértiles prados y cármenes floridos de donde brotaban [illegible] mas de flores y frutos extraños; las corolas rebosante[illegible]

néctares deliciosos, alimentaban á los millones de seres alados, jóvenes, hermosos, enamorados, que vagaban enlazados en celestial idilio. Ideales templos de cristal, con sus cúpulas y torres de oro, sus escalinatas de nácar, sus pórticos de mármol y sus naves llenas de guirnaldas de rosas y de festones de azahares, se alzaban por doquiera, sumidos en una tenue luz nupcial y campanas argentinas llamaban con sus himnos epitalámicos á la misa de la juventud.

—¡Oh, qué hermoso mundo!—exclamé con febril entusiasmo.

—Es el País del Amor,—contestó sonriendo mi ángel de las alas nacaradas.

—¿Y vos quién sóis?—interrogué.

—Soy el Ensueño,—dijo arrebatándome de aquel paraíso.

—¡Oh, dejadme aquí,—supliqué elevando las manos en actitud de plegaria.

—Ven, ven,—repuso inexorable. El Amor es una bella mentira. El Amor se acaba. Ven......

Vagamos durante algunos momentos por el abismo azulado. Pasábamos como rayos por universos nuevos, sin que mi razón tuviera noción exacta de las incalculables distancias recorridas. Yo veía insondables negruras, vacíos inmensos desprovistos de vida, vorágines que causaban vértigos horribles, mas luego reaparecían otros núcleos disipábase la tiniebla y seguía el desfile eterno de naturalezas nuevas.

—¿Cuándo llegaremos al Fin de lo Infinito?—me preguntaba yo angustiosamente.

Un planeta perfiló su figura á lo lejos, y no pude reprimir un gesto de estupor y de sorpresa. ¿Cómo? ¿Volvíamos otra vez á la Tierra? Los océanos, los volcanes, las serranías, los continentes, las islas, los ríos, las ciudades,

la época, todo era igual en conformación y edad á nuestro globo.

Adivinó mi guía la admiración que de mí se apoderaba y contestó:

—¡No, no es la Tierra! Tu insignificante mundo se halla ahora á millones de infinitos de infinitos de distancia...... El mundo que miras, también se llama Tierra; tiene un sol como el tuyo, las mismas estaciones, idéntica configuración, iguales habitantes, semejante duración que el tuyo. ¿Acaso crees que tu mezquino planeta es el único en la creación?

Yo miré y oí con toda la fuerza de mis ojos y oídos. ¡Sí! Aquella era otra humanidad igual á la nuestra, de un parecido sorprendente. En aquel momento de su historia, los hombres se ocupaban en destrozarse mútuamente. También como nosotros, tuvieron un hombre infinitamente bueno llamado Cristo, que difundió imperecederas doctrinas proclamando el reinado de la igualdad, de la fraternidad, del amor; y también fué sacrificado como el nuestro y se olvidaron sus nobilísimas enseñanzas. A la sazón, aquellos otros hombres se odiaban á muerte; mil calamidades azotaban su mundo en el cual imperaban la maldad, la tiranía, el dolor, el egoísmo, el robo, el asesinato, el incesto, el vicio, la degradación, el orgullo, la vanidad, la injusticia, la prostitución, todas las pasiones malas que encierra el alma humana. Naciones enteras, por el más fútil motivo, se despedazaban como iracundos tigres defendiendo derechos que ellas mismas habían inventado. El rugir de los cañones, el silbido de las balas, los bélicos toques de guerra se oían aquí y allá enmedio de las humaredas tenebrosas de los incendios. Desoladores ayes partían de aldeas, pueblos y ciudades; campos en ruina mostraban su pasado esplendor; familias enteras emigraban en busca de paz, aterrorizadas, hambrientas, heridas; los hombres lla-

maban patriotismo á la ley de destrucción, alzaban sus banderas, abandonaban á sus hijos, tiraban el arado, dejaban el hogar y el trabajo para hacerse esclavos de una cosa que llamaban disciplina, y para militar bajo las órdenes de los gobiernos que intrigaban en cuestión de intereses, sacrificando á aquellas estúpidas turbas que no comprendían todavía la altísima misión del hombre sobre la tierra. Millones de viudas y huérfanos lloraban la pérdida de algún ser querido, maldiciendo la guerra que las sumía en la más espantosa miseria Y sin embargo, en otras naciones, la vida seguía impasible, traficando los seres en su eterno afán de amontonar oro y poder, para vivir en la opulencia mientras los pobres iban cubiertos de andrajos, sin pan, sin abrigo, sin hogares, abandonados á sus propios vicios y á su forzosa degradación moral. Aquellas grandes ciudades, eran focos de corrupciones indecibles; en ellas reinaba el egoísmo como principal factor de la existencia. Al lado de fabulosos millonarios, vagaban niños, mujeres, ancianos, obreros y obreras que sin trabajo, se morían de hambre. Los corazones se habían hecho insensibles, duros como el granito; los ojos sólo veían oro por todas partes; los oídos, sólo escuchaban este grito: ¡Oro! Las manos se afanaban por buscar de cualquiera manera el codiciado metal; los cerebros se engañaban unos á otros para adquirirlo. Ciencias, artes, industrias, religiones, tendían hacia el rico mineral: una gran cruz de oro se erguía hasta el infinito, y á su pié se hallaba prosternada la humanidad aquella. Dios no existía, no se creía en él, se le odiaba. El Oro había creado el Universo: á El se dirigían todas las plegarias; la humanidad padecía delirio de grandeza: estaba loca! Lo más santo, lo más puro, lo más bello, lo más bueno, habían desaparecido del alma para ser substituido por lo más perverso, lo más encenegado, lo más monstruoso y lo más malvado. La fraternidad que debía

unir aquellos pechos, había muerto. La fe que debía hacerlos creyentes, había huído. En cada ser se veía un enemigo. El escepticismo plantaba su siniestro cetro en aquel mundo, y la duda corroía el cerebro de cada uno de sus habitantes. Gloria, virtud, creencia, todo había caído en la tumba de las cosas para siempre muertas!

Sus habitantes se levantaban ansiosos por echarse en busca de una moneda. Al robo se le llamaba trabajo. Al poder, virtud. A la hipocresía, urbanidad. A la tiranía, libertad. Al odio, amor. Al mercantilismo, religión. Al engaño, inteligencia. A la destrucción, patriotismo. Al vicio, civilización. A la ignorancia, ciencia. A la fealdad, arte. Al amor, necedad. Al orgullo, modestia. A Dios, nada! Era el mundo de las contradicciones. No se quería ver el cielo porque el negocio no daba tiempo para ello. No se oraba porque no se sentía. El sentimiento se llamaba Satán. La vanidad, era la Verdad. La Verdad, era mentira. Existía tal número de ocupaciones, de complicaciones, de dogmas, de leyes y de minucias, que la razón se volvía humo, sin acertar á ¡dirigirse en aquel caos espantoso de ideas. Los buenos se tornaban malos, los malos, peores. Se vivía de prisa, de prisa, sin pensar en nada estable, sin preguntarle al espíritu ¿á dónde vamos? ¿qué será de nosotros? ¿A la muerte? Nos burlamos de ella.

Y así, aquella humanidad iba corriendo, empujando los de atrás á los de la vanguardia, contagiándoles, comunicándoles su sed de oro y placeres, inyectándoles su hastío, gangrenándoles el corazón con el fatalismo, de prisa, siempre de prisa...... El caído, el débil, el inválido, era pisoteado con indiferencia: no había tiempo para levantarle; era preciso avanzar, avanzar. El Destino, como un corneta de órdenes, tocaba desde el Palacio del Mal, á *redoblado*, y la muchedumbre inmensa marchaba de prisa, de prisa siempre, camino del castigo, atropellándose, al

ñaleándose, cegada, sorda, anguetiada, desdeñando la voz profética del cielo que decía: "Sé buena, humilde y amorosa, y serás feliz eternamente."

—¡Eh! poetastro, mendigo, socialista, loco!

Las voces insultantes continuaban azotándome, brotando de aquel mundo como un solo grito formidable.

Volvióse mi ángel y exclamó con amarga sonrisa:

—¿Ya ves como también son hombres?......

Pero cesó el infernal griterío de la ciega turba, y el planeta maldito se perdió entre las sombras de su infortunio, de prisa, de prisa, de prisa siempre......

Yo me sentía inmensamente triste á pesar de viajar con mi guía el Ensueño. Una honda piedad se despertaba en mi corazón, tan honda y tan amarga, que el sufrimiento de aquella humanidad parecía haberse reconcentrado en mi pecho.

Otro astro verde, diamantinamente verde, avanzó entonces hacia nosotros, girando como un ojo de sirena, fascinador y misericordioso.

—Es el mundo de la Esperanza,—dijo mi guía.

En él, todos sus habitantes yacían sentados, con la mirada en lo alto, esperando, esperando......

Pero ¡ay! como el anterior, huyó con una velocidad prodigiosa.

—¡Oh, sí, todo muere, todo, hasta la esperanza!

Apareció repentinamente ante mi vista un gran planeta gris envuelto en densa y pálida bruma. Pronto llegó á nuestro alcance y pude escuchar un extraño concierto que se levantaba de él. Era éste un triste clamoreo de gemidos, suspiros, ayes y llantos que resonaban melancólicamente á través de la niebla. Se oían por todas partes quejas desgarradoras, imprecaciones que brotaban lúgubremente, voces ocultas que clamaban dolorosamente, lastimeros llantos, ahogados sollozos, ruegos y súplicas, duros

apóstrofes, versos maldicientes, horribles blasfemias, tristes oraciones, espantosos anatemas, lentas salmodias que se confundían con el siniestro tañido de invisibles bronces que tocaban á muerto bajo aquel cielo sombrío y enfermo, que gemía derramando perenne lluvia de amargas lágrimas.....

Sentí un hálito frío como el primer soplo del invierno; un vago temblor me sacudía cruelmente, y con una tristeza inexplicable, y una hipocondría profunda, interrogué á mi ángel bueno:

—Es el mundo del Desengaño,—me contestó con infinita pena. Retirémonos; es un país bien triste.... Va también de prisa hacia la Muerte. Todo va hacia Ella y Ella hacia Dios.

—¡Sí! ¡sí! tengo miedo......

Y un temblor convulso agitaba todo mi ser.

Seguimos caminando silenciosamente.

El cielo se tornaba horrible y obscuro. Ni un sol, ni un astro perdido, ni un mundo nuevo, ni un cometa, ni una estrella errante: el vacío, el terrible desierto de la nada, la inmensa cuenca, el misterioso boquerón de la tumba y del silencio eterno!

Mas de pronto ví avanzar una sombría nube rojiza que nublaba mi vista. Infinidad de moléculas me azotaban, me envolvían, me asfixiaban, me sepultaban...... ¡Dios mío!...... Apoderóse de mí un terror invencible, inaudito, espantoso! Miré á todos lados: mi guía había desaparecido, y solo, perdido entre aquella obscura y terrorífica nube de polvo sangriento, lancé un ronco y estentóreo grito de tremenda desesperación:

—¡Dios mío! ¡*Mi* Dios! ¿Dónde estoy?

Y una voz estruendosa que resonó espantosamente conmoviendo aquellas horribles tinieblas, contestó:

—¡Desventurado! estás en la eterna tumba del O

vido!...... Osaste soñar y este es tu castigo. ¡Ay de los que sueñan en el mundo!

—Pero vos, vos, maldito fantasma que me rodeáis, que estáis en mí, que veo y no veo, ¿quién sois?

—¡La Realidad!

***

Desperté bruscamente.

Debió prolongarse mucho mi sueño, porque ya el sol ocultaba su disco de flamante púrpura tras las nieblas de la lejanía. Los pastores regresaban cantando sus tristes bucólicas; las alondras aleteaban en las ramas buscando su nocturno albergue; las campanas de las iglesias repetían el místico toque del Angelus, y la luna como pálida sacerdotiza, oficiaba en el templo constelado de la Noche, iluminando con su luz vaga los poéticos idilios de las almas enamoradas. Y una voz divina me decía:

—Esta es la Verdad: amar, ser bueno y creer en Dios.

FIN.

INDICE



Obras del mismo autor

PUBLICADAS:

Confesión.—La sorpresa.—Palabras póstumas.
Brozas. (Poesías.)

EN PRENSA:

Preludios y Brumas. (Poesías profusamente ilustradas por el mismo autor.)

EN PREPARACION:

Pensamientos.
Mortajas. (Poesías.)
Lucina. (Novela.)
Escalios. (Poesías.)
Bocetos metropolitanos. (Cuentos.)
Carbunclos. (Poesias.)
Mis reflexiones. (Estudios.)
Cantos de syringa. (Poesías.)
Cuentos espectrales.
Matojos. (Cuentos.)



